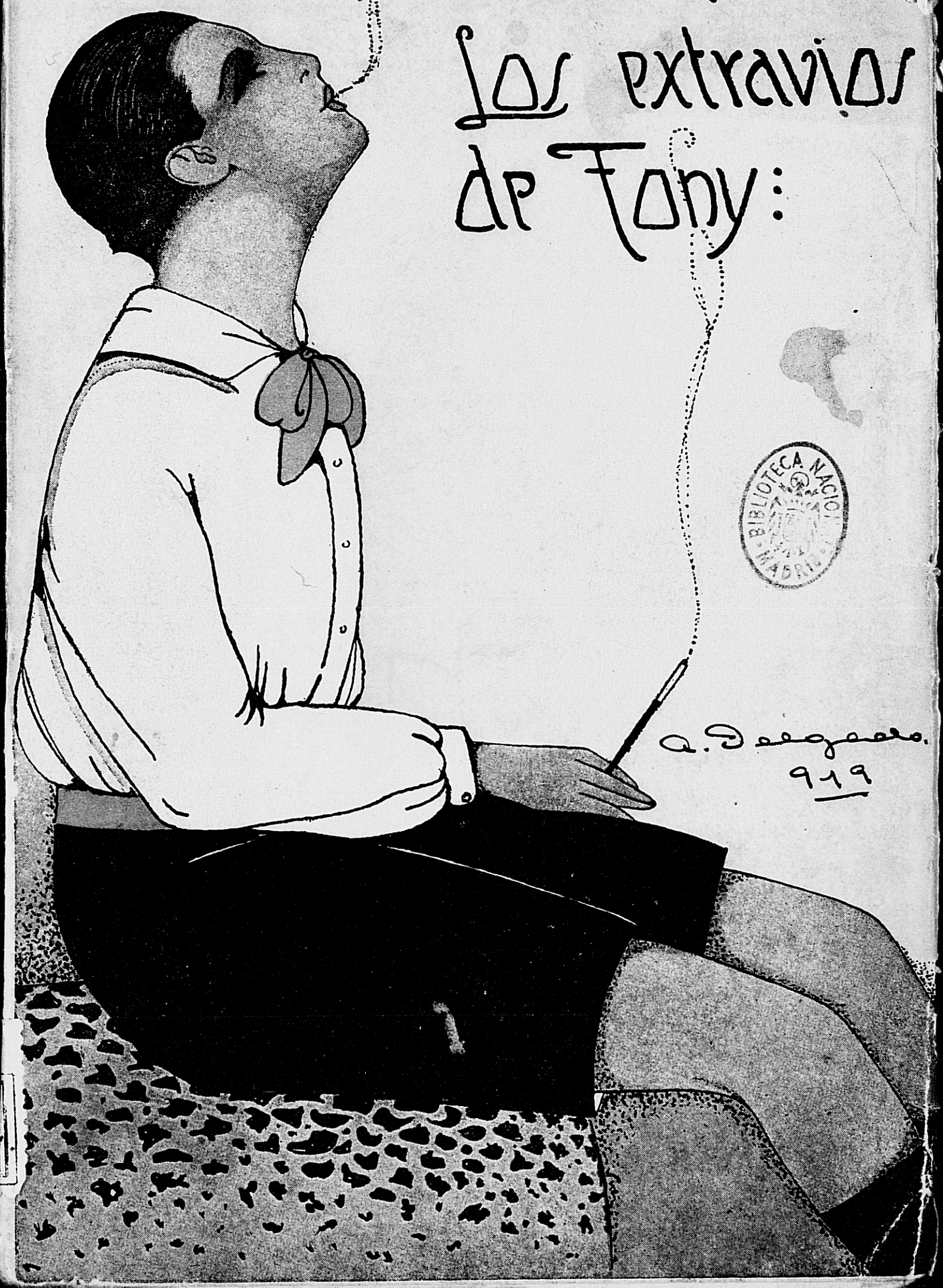
Alvaro Retana

Los extravios de Tony:



BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID

A. Salgado.
919

7
116097

ALVARO RETANA

LOS EXTRAVIOS DE TONY

OBRAS DEL AUTOR

LOS EXTRAVIOS DE TONY

PRÓXIMAMENTE

11697

OBRAS DEL AUTOR

Al borde del pecado (novela).
El capricho de la marquesa (tríptico galante).
La carne de tablado (novela).
Ninfas y sátiros (novela).
Los extravíos de Tony (novela) 2.ª edición.

PRÓXIMAMENTE

El octavo pecado capital (novela).
El crepúsculo de las furcias (novela).—Segunda parte de *La carne de tablado.*
El apio maravilloso (Historia de un modisto-dibujante-bailarín.

R 329655

ALVARO RETANA

LOS EXTRAVIOS DE TONY

(CONFESIONES AMORALES DE UN COLEGIAL INGENUO)

NOVELA

SEGUNDA EDICIÓN



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

BIBLIOTECA HISPANIA

R 329655

ALVARO RETANA

LOS EXTRAVIOS DE TONY

(CONFESIONES AMORALES DE UN COLEGIAL INGENUO)

NOVELA

SEGUNDA EDICIÓN





BIBLIOTECA HISPANIA

Levantina de Artes Gráficas—Cartagena-Madrid

PRIMERA PARTE

I

Hoy 4 de Octubre de 1910, cumplo quince años y voy por primera vez al colegio.

Me llamo Antonio Fontanar y no tengo padres ni hermanos. Solo cuento con un tío y tutor, bastante feo, hermano de papá, casado con tía Enriqueta, hermana de mi madre—una adorable mujercita, rubia, menuda y sentimental a quien asedia la cuarentena,—y una preciosa prima de trece años llamada Anita, fruto de la colaboración matrimonial de mis citados tíos.

El tío es literato y cultiva la novela realista: lo cual quiere decir que sus libros no son los más apropósitos para ser declarados de texto en los colegios de las Madres Ursulinas. Sin embargo, tío Manuel ha conquistado una gran reputación con sus numerosas producciones, entre las cuales se destacan con luz propia *A las finas hierbas*, expresiva historia de la intimidad de dos amigos de la infancia; *El úl-*

timo pliegue, aventuras de un marquesito decadente y *Mi Nina*, delicada y original novela en que se demuestra al público civilizado que las mujeres honradas deben cambiar de amante todos los años por Pascua florida o antes si hubiera peligro de muerte.

El principio fundamental de tío Manuel en Literatura es que conviene exaltar y divinizar cuanto revista carácter de placer erótico: nada de respeto a los hipócritas prejuicios de la sociedad moderna que cohibe las expansiones de la carne y abajo el tartufismo contemporáneo. ¡Viva el goce sexual y entreguémonos a él con frenesí aunque perezcan las repúblicas y sucumban las monarquías!

Con semejante orientación, no hay que decir que el tío ha conseguido un público idólatra, ávido de europeizarse, que compra sus obras como si fueran reliquias. En la prensa le llaman a diario «el maestro genial de la novela naturalista», y su personalidad disfruta de una veneración indiscutible. Solo cuenta con la enemiga de escaso número de críticos que naturalmente, están considerados como unos perillanes hambrientos, envidiosos de la gloria mundial de tío Manuel.

Nuestro hogar, sin embargo, es absoluta negación de la literatura del cabeza de familia. Particularmente tío Manuel sustenta la teo-

ría de que el hombre debe ser antes que nada HOMBRE—así, con mayúsculas, pero conviene educarle desde pequeñito en la observancia de los más rutinarios deberes. La mujer ha de desarrollarse confortada en la religión católica, alejada de las lecturas malsanas, sin contacto con amistades peligrosas y consciente de sus actos, siempre encaminados a cimentar su honorabilidad. Según tío Manuel, una cosa es lo que se escribe y otra lo que se vive. Y por tanto, todas esas teorías disolventes que propaga en sus libros con la exclusiva idea de procurarse un resultado económico envidiable, no rezan con nuestra existencia íntima, toda ecuanimidad, austeridad y dignidad. Así sucede, que tío Manuel nos obliga a todos a oir misa entera los domingos y fiestas de guardar y a observar durante el resto de la semana una conducta circunspecta.

Tío Manuel fiscaliza nuestras amistades para evitar que nos rocemos con gente indecorosa, y, ¡guay, del que osare aventurar en su presencia una idea en pugna con la moral a usol Porque, como nos repite con frecuencia «la tranquilidad en el hogar solo se consigue ejercitándose en el trabajo, lejos de vicios, tentaciones y locuras y fortalecidos con la idea de Dios.» Sobre todo insiste mucho en advertir-

nos los peligros que acarrea la lectura de libros pecaminosos y sobre todo los suyos. Nos está terminantemente prohibido entrar en su biblioteca, guardadora de tres mil volúmenes plagados de adorables y lozanas desvergüenzas más o menos literarias (a veces, por si el texto no fuese suficientemente diáfano hay novelas con ilustraciones que iluminarían al más obtuso); pero en honor a la verdad, debo decir que esos tres mil volúmenes que tan furiosamente vedados nos están a todos, han sido mis mejores amigos desde que empecé a deletrear.

Lo más sensible es que estos libros me han revelado que *existe* una *existencia* bastante más amena y alocada que esta tan monótona que me veo obligado a arrastrar en el seno doméstico. Soy voluptuoso, comodón y rebelde como un gato y todo en mí parece entonar un canto a la independencia. Los libros han creado en lo más íntimo de mi sér un deseo insaciable de correr y volar libremente, de cambiar impresiones con personas de uno y otro sexo y rabio por abrir los ojos a una realidad de explendores sexuales y de emociones inesperadas que me sustraigan a este agobiante secuestro familiar que exaspera mi sensibilidad. Me gustaría campar por mis respetos, opinar sinceramente, obrar a mi antojo,

enredarme a bofetadas con cuantos me contrarien, embriagarme en voluptuosidades que solo conozco por las descripciones de autores experimentados, y hay momentos en que me siento tan emprendedor que no vacilaría en retar al sér más peligroso de la tierra. Sin embargo, he tenido que resignarme a vivir quince años encerrado en nuestro hotel de la calle de Velázquez, sin novia y sin otro solaz que los tres mil volúmenes de mi tío que se encargaban de avisar en mí la fiebre de un anhelo irrealizable.

Tío Manuel está empleado en una casa de banca extranjera que le retribuye generosamente por ocho horas diarias de oficina, colabora en algunas revistas ilustradas y emplea el resto del día y parte de la noche en urdir sus estimulantes producciones.

Tía Enriqueta está muy metida con la clerecía—se prohibe comentar—y en su obsesión eclesiástica no para en casa sino a las horas de comer. Figura con algún cargo en todas las juntas directivas de congregaciones con carácter religioso y se ocupa de mí justamente lo poco que yo deseo.

Forman un matrimonio singular; él va diariamente a su Banco tres horas por la mañana—de diez a una—y cinco por la tarde—de tres a ocho—y después de comer consagra

las noches hasta las dos al trabajo literario; y ella dédica las mañanas y las tardes a sus negocios con los curas, descuidando bastante la vigilancia de su hija, confiada a una francesa linda y joven, distinguida y gentil, que la instruye, la viste—yo me conformaría conque me desnudase—y la saca a paseo cuando Anita lo exije.

Y yo usaba (en el buen sentido de la palabra) de un angustioso preceptor, cincuentón, calvo—más que el máximun—gordo, bajo y de malos instintos. Un dramaturgo, más famoso por sus entreactos que por sus actos, se lo vendió a papá cuando yo frisaba en los diez años y hasta la fecha no me ha abandonado más que para dormir; y aun así y todo si yo se lo hubiera permitido puede que también hubiera hecho irrupción en mi cama.

El tío, nunca había querido hasta ahora que yo cursase mis estudios en ningún centro de enseñanza, para evitar que me malease y me había dotado del antedicho preceptor, llamado don Reyes; un hombre malvado que ha dirigido mis estudios atormentándome al tomarme la lección con su gesto de Herodes, me ha acompañado siempre que he ido al teatro—todos los domingos y vísperas de días festivos—y ha gozado incomprensiblemente

de una voluptuosidad sin límites, molestándome en lo que estaba a su alcance.

Yo pensaba ya en matarle para deshacerme de él, cuando don Reyes anunció que se iba de casa arrastrado a Valencia para una boda muy conveniente. ¡Allí mueral...

Tío Manuel vencido por mis súplicas ha accedido a que yo prosiguiese los estudios del bachillerato en un colegio en lugar de buscarme un nuevo tirano y he respirado con satisfacción. ¡Tengo una idea tan bonita de lo que debe ser un colegio! ¡Allí debe de reinar la alegría, el bullicio y el encanto de la vida que no he gozado jamás y que tanto ansío!...

¡Oh, qué felicidad! ¡Ya estoy libre de la odiosa tiranía de don Reyes! ¡Cuánto mejor estaría yo con una francesita como Mery la institutriz de mi prima!...

La boda de don Reyes—¿con qué arpía se casará mi macabro opresor de cinco años?—ha sido un lazo para él y la libertad para mí. No sé como no me he revelado en tanto tiempo contra este hombre trágico, que me trataba como si fuera mi verdugo, ensañándose fieramente conmigo si le contrariaba. ¡Hombre funesto a quien quisiera ver mancillado siete veces consecutivas por el sér más despreciable de la tierra!

Con este odiado don Reyes fuí al Colegio

Aristocrático a ponerme de acuerdo con el director respecto a mis estudios. Tío Manuel no podía abandonar su oficina, ni tía Enriqueta las cosas de los curas. Durante el camino don Reyes, taciturno y sombrío, me auguró toda clase de males intentando convencerme de que el colegio es una especie de caja de Pandora.

—Viviste feliz hasta el presente, sin más amigos que yo—gruñía mi preceptor atusándose los síntomas de su bigote,—y añadía agoreramente.—Tus nuevas amistades te acarrearán disgustos y quebraderos de cabeza de los cuales no sabrás cómo salir. ¡Necio! ¡Más te valía solicitar otro preceptor!...

Callaba unos minutos y transcurridos proseguía con énfasis de actor de Novedades.

—Por supuesto, otro como yo no encontrarás...

Tras una breve pausa, reanudaba sus lamentaciones.

—¡Pobre de ti, Antoñito, si ahora que despiertas a la vida no tienes un guía afortunado!...

Yo asentía maquinalmente, acelerando el paso para llegar prestamente al colegio y entornaba los ojos, recordando mi infancia triste y desolada a solas con don Reyes, sin un amigo a quien querer, ni una novia a quien

desear, viendo únicamente a las horas de comer a los tíos y a mi prima Anita, insoportable en su papel de rica heredera y niña a la moderna.

A veces, siéntome invadido por una extraña vehemencia y deseoso de no sé qué expansiones arbitrarias me hubiese echado a la calle para marchar sin rumbo fijo en pos de un ideal que ni siquiera sospecho. Esto no obstante, nunca me quejé de mi soledad espiritual y jamás insinué la idea de que apetecía amigos y libertad. Hubiera creido rebajarme y eso... ¡Oh, no! Yo no me rebajaré más que ante el sér a quien ame, y hoy por hoy «lo que se dice amar» no amo a nadie.

Don Reyes me pellizcaba suavemente sacándome de mis abstracciones.

—¿En qué piensas? ¿Estás abstraído? ¿Qué te ocurre?

—Nada—murmuraba yo respirando contento al ver que mi liberación iba a ser una realidad.

Soñaba despierto que era recibido en el colegio con palmas y olés, como saludan a los diestros en los toros y entreveía multitud de rostros inquietos dispuestos a admirarme (yo creo que valgo un poco) al percatarse de mi

valía. Y entre todos surgía al fin el amigo ideal, un inseparable mío, compañero de correrías y cómplice en diabluras, a quien poder contarle mis alegrías y mis inquietudes...

He aquí por qué corría apresuradamente hacia el Colegio Aristocrático.

II

Me levanto a las siete para ir temprano al colegio. Me lavo, me peino, me visto y me contemplo en el espejo. Aprovecharé la ocasión para hacer mi semblanza.

Todo lo más desarrollado y confortable que puede estar un chico de quince años. Poseo muslos espléndidos que podrían ser una perdición debajo de unas faldas, cintura desarrollada y amplia tabla del pecho. De cara puedo pasar. Blanco. El pelo negro, que peino con raya; los ojos como el pelo; pero sin raya de ninguna clase; la nariz casi griega, y la boca siempre encendida. Arrogante, eso sí; muy arrogante. Visto de marinera y pantalón corto—con gran escándalo de los transeuntes—y llevo el cuello al aire. Aunque he luchado lo indecible con los tíos para ir vestido de americana, no he conseguido otra cosa que ser amonestado cumplidamente por este *deseo*

malsano de disfrazarme de hombre antes de tiempo.

—¡Caramba con el monigote!—ha exclamado tío Manuel—No levanta medio metro del sueló y ya quiere presumir de hombrecito.

Soy simpático, al decir de las criadas de casa, mis únicas fuentes de información para el particular. «Una tontería de niño», como dice tía Enriqueta, que me admira como una obra de arte de su difunta hermana. Según ella, el día que yo me lance a robar corazones no se van a encontrar ni los moldes. Yo no he tenido inconveniente de creer su afirmación. ¡Ah! La abuelita, a la diestra de Dios Padre. Allí nos espere muchos años.

Desayuno veloz. Rabio por conocer el colegio Aristocrático. ¡Cuándo será hora!

Las nueve de la mañana. Salgo de casa completamente solo, después de besar a los tíos y hacer una mueca burlona a Anita.

—¡Que seas bueno!—me recomienda tía Enriqueta—¡Cuidadito con lo que haces por el camino!

—¡Ojo!; que desde hoy eres un hombre—descubre tío Manuel.

—Adiós, ridículo—chilla mi prima.

Ando deprisa, impaciente por llegar cuanto antes al colegio, y, un poquito de frío, algo

molesto, colorea mis narices, haciéndome cosquillas en las piernas.

Llego en seguida, casi jadeante subo los cuatro escalones del colegio y penetro en el salón de estudio.

Mi aparición, lejos de causar estupor, pasa inadvertida con algo de desencanto por mi parte. Entre el desconcierto y el escándalo reinantes, apenas puedo distinguir la voz simpática del director, que me ordena pasándome cariñosamente la mano por la cabeza:

—Señor Fontanar, colóquese provisionalmente en aquel banco, entre aquellos dos niños.

Obedezco, sentándome *entre aquellos dos niños*, y como primera providencia decido enterarme del sitio en que estoy.

Un gran salón, casi cuadrado. En la pared principal, una tarima levanta la mesa del director, sobre cuya cabeza se cierne un crucifijo. A ambos lados de la mesa, dos balcones sin baranditas completamente abiertos—¡ya notaba yo aquí fresco!—delatan el jardín de recreo, al cual bajaremos según presumo por las coquetonas escalerillas de madera, cuya balaustrada veo perfectamente desde mi asiento. Enfrente de cada balcón, dos puertas que dan acceso al salón de estudio, y entre las dos citadas puertas, corren unos bancos muy altos adosados a la pared. De las otras dos pa-

redes no tengo nada grave que revelar: bancos adosados a ellas, y se acabaron los misterios. Sabiamente alineados para que los alumnos no den la espalda al director—¡qué sotana tan verde la suya, Dios mío!—varias mesas paralelas, otras perpendiculares a éstas y todas en torno a la de don León.

¿Decorado? Unos bustos de hombres célebres con faces aburridas colgados de trecho en trecho, y algún que otro mapa cuya suciedad empieza a irritarme. Un encerado en un punto estratégico, aprovechando que falta un banco de los adosados a la pared, y *rien de plus*, que diría Mery.

A mí me han asignado puesto en uno de estos bancos entre dos muchachos de mi edad. Uno es muy blanco, tiene el pelo rubio, los ojos azules, inmensos, con expresión ingenua y lleva un delantal negro. Parece muy inteligente. Veamos.

—Oye, ¿haces el favor de decirme por qué hay aquí tanto ruido?

El interpelado me mira con ojos extraviados, y el otro, que es moreno mate, con ojos negros de sultán y manos infinitas—manos de *claqueur*—exclama sin poderse contener, pero hierático y solemne:

—¿No ves que estamos a principio de curso, hombre?

Y pronuncia la palabra *hombre*, como si en realidad me hubiera llamado analfabeto.

—¡Claro!—añade el de los ojos ingenuos.—Todos los años pasa igual. ¿No comprendes que hasta que nos pongan puestos fijos y nos den los libros y nos designen las horas de clase no puede haber orden?

El ruido arrecia hasta el extremo de tener don León que agitar la campanilla con unción sagrada, como si agitara los huesos de una mártir.

—¡Cómo se conoce que eres nuevo!—brama el de los ojos africanos.

—Dispensad—repongo—; es la primera vez que asisto a un colegio.

—¡Ah, sí? ¿Pues dónde estudiabas?—replica el rubio.

—En mi casa, con un preceptor; y a fin de curso me examinaba por libre en el Instituto del Cardenal Cisneros.—Y continúo triunfalmente:—En junio terminé el cuarto año. He tenido en todas las asignaturas del bachillerato sobresaliente, y en varias matrícula de honor. Ahora empezaré el quinto.

Mis vecinos de asiento deciden asombrarse. El de los ojos bereberes mira al de los ojos de cielo como previniéndole: ¿Has visto éste? ¡Sería capaz de matar a su madre!

—¿Cómo te llamas?—pregunta el del rostro pálido.

—Antonio Fontanar—contesto.—En mi casa me llaman *Tony*.

—Dime—pregunta con viveza el de los ojos celestes—; ¿eres pariente de ese Fontanar que hace novelas?

—Sí—contesto sencillamente—; es tío mio.

—Yo he leído algunas obras de él—prosigue con calor—. Mi hermano Abelardo las compra sin que se enteren en casa, porque como son tan... verdes.—Luego añade sonriendo maligno. Tu tío debe de ser un punto que ¡yá, ya! ¡Cuidado con las cosas que escribe! Debe de estar todo el día de juerga con mujeres. ¡Cómo envidio su vida! ¡Habrá que ver las conquistas que hará! Estará harto de correrla!

A mí me ha dado vergüenza confesarles que mi tío es un burgués apacible y morigerado que no tiene querida, que no sale después de comer, que rinde culto a las buenas costumbres, que no juega ni se emborracha, ni siquiera pega a mi tía; y para no deshacerle una leyenda de «terrible Don Juan, gallardo y calavera», desvío el tema de la conversación, diciendo:

—Y vosotros ¿cómo os llamáis?

—Yo, Julio Molina—ruge el de las manos prolongadas.

—Yo, Carlos Flores de Tejada—contesta tímidamente el otro.

—Mi padre es juez—dice con firmeza el de los ojos centelleantes.

—El mío es marqués—dice inmediatamente Flores.

—Yo no tengo padre—y bajo los ojos.

Silencio embarazoso por algunos momentos, y transcurridos, tornamos a hablar. Charlamos de cosas de cierto interés. Me entero de que don León dice misa en la parroquia de la Concepción, y que gasta un humor excelente. En el colegio hay diez y siete profesores y unos doscientos alumnos, entre los de primaria y segunda enseñanza. Los jueves salimos todos de excursión, y a los más aplicados se les permite en las horas de estudio pasear por el jardín repasando, en lugar de hacerlo arriba.

Simulando indiferencia por lo que me cuenta el comunicativo Flores, no pierdo ni un detalle de su encantadora conversación, más que por lo que cuenta, por el agradable timbre de voz del chiquillo.

La egipcia figura de Molina, entretenida en discutir con el compañero próximo, hace caso omiso de nosotros.

—¿Quién es aquel rubito con melenas?—pregunto señalándoselo a Flores.

—Armando Villamoral—responde el interrogado.

—¿Y aquellos dos del rincón?—vuelvo a insistir.—En mi vida ví dos chicos más raros. ¡Si parecen dos niñas! ¡Anda, y el uno se da polvos! ¡Y el otro también!... Cualquiera diría que son dos duquesas versallescas.

—¡Qué cosas tienes!—suelta Carlos Flores. —Puede que sea verdad; pero no lo creo, porque son muy amigos míos. Uno es Pepito Ribes y el otro Rodrigo Díaz de Vivar. ¡Desciende del Cid Campeador!

Me estremezco suponiendo la cara que pondría el bravo esposo de doña Jimena viendo a un descendiente suyo retocado y con el peinado a lo bella Otero.

Flores no deja de mirar a las duquesas, y, de pronto, un infeliz que a penas contará quince años y ya es ventrudo y regordete como un abate de los tiempos de Mozart, se aproxima a «ellas», rebosante de colores, salud y satisfacción por sus carnes esponjosas.

—Aquel de negro que habla a las «duquesas» —dice riendo Flores—es Mansilla.

—Tiene todo el tipo de un abate—indico yo,—y por lo que se vé es íntimo de las «duquesas».

En efecto, el abate Mansilla que lleva un traje negro de americana y pantalón corto, medias negras y zapatos de charol, da palmaditas en el rostro a Pepito Ribes y pellizca

galantemente a Rodrigo Díaz, el más empolvado, y que además cultiva la barra de carmín. Las «duquesitas» no sabiendo como corresponder a los cumplidos del obeso abate, le hacen sitio entre «ellas» para que se siente, y él, agradecido, se sienta con un cuidado extraordinario; como si temiera lastimar las blancas carnes de sus «amiguitas».

Suenan las once. El director da dos palmadas, y la clase entera se abalanza—como la canalla en los cines—hacia los balcones y escaleras abajo asaltan tumultosamente el jardín.

Me doy cuenta de que me he quedado sólo con Flores, cuando éste, agarrándome del brazo, me dice dulcemente:

—Ven, vamos a recreo, te enseñaré el jardín y jugaremos juntos.

Me dejo conducir y bajamos con lentitud por las escalerillas verdes...

III

El jardín de recreo es un solar que no tiene de jardín más que una cinta de vegetación de dos metros de ancha a todo su alrededor.

En una esquina de la cuadrada explanada un quiosco más o menos árabe—casi oculto por juguetona hiedra—puede servir de refugio a los temperamentos bucólicos, y haciendo *pendant* con este rincón poético, una estufa de cristales preservada por tupido alambrado acoge a las plantas sensibles que se *indisponen* en invierno. Este invernadero tiene puerta, a diferencia del quiosco, que carece de ella, y favorece con su defecto la irrupción de los profanos; y entre la perfumada estufa y el inodoro quiosco, cuatro bancos de piedra desafían a la intemperie.

Carlos ha hecho fijar mi atención en lo cuidadita que está la parte de jardinería—obra de los primarianos—y la agradable tempera-

tura que se disfruta en el invernadero, y como no es aficionado a jugar, según confesión propia, hemos paseado hablando y reposado luego dentro del quiosco.

Con su charla insinuante y acariciadora, su expresión de ingenuidad, su cabecita blanca y rubia y el delantal negro, más que un colegial parece un héroe de novela moderna, escogido para ser emparejado con la Claudina de Willy, y gracias a él he conocido nombres y costumbres muy originales de algunos compañeros.

—Ese del traje verde botella con pantorrillas aflautadas, a pesar de las gordísimas medias que lleva, es Daniel Estebas, lioso como pocos, te lo juro. Sus padres son el conde de Revuelto y la marquesa de Revenga; sus tíos, los duques de Portal; sus abuelos son barones: su sangre es casi azul. Está muy metido en la aristocracia y sabe una de chismes de la alta sociedad que no tiene fin... Ya te los contará; a todo el colegio se los cuenta en cuanto puede.

Aquellos dos sentados en el banco, son Piñana y Medrano. Piñana está estudiando el sexto año y a los dos los llamamos los inseparables, porque se quieren mucho, y eso que cada dos días se pelean. Pero en seguida hacen las paces, y si vuelven a regañar se reconcilian a los dos días siguientes. Medrano es aquel que pinta y Piñana el que le estámirando. Piñana hace versos a la Fornarina. Viven en un mundo apartado del nuestro y se creen seres superiores. ¡Si vieras!... Yo estoy maravillado de que me distingan.

Instintivamente, siento simpatía por aquellos dos muñecos de manos aristocráticas y ruego a Carlos que me acerque a ellos.

—¡Hola, Medrano! ¡Hola, Piñana!—dice Flores.

Medrano deja de pintar escrutándome con disimulo mientras muerde el lápiz, y Piñana se muestra displicente: entorna los ojos, arquea las cejas y arruga la frente.

CARLOS.—Oye, Medrano, tienes ahí algo pintado por tí para que lo vea éste. Le he dicho que pintas muy bien.

MEDRANO.—Gracias, eres muy amable; eso no es cierto. Si entiende, ya verá como es verdad lo que digo.

CARLOS.—No seas modesto; pintas muy bien. ¿Verdad, Piñana?

PIÑANA.—*(Con autoridad).*—Demasiado bien.

YO.—Me alegraré tener un compañero artista. Soy muy aficionado a las Bellas Artes. *(Agresivamente sin saber por qué.)* Sé distinguir.

PIÑANA.—*(con un gesto retador de duda).* —*Distinguir*, ¿de qué y en qué?

YO.—De todo y en todo: distingo, incluso los necios de los tontos.

Medrano coloca en mis manos un cuaderno solicitando con los ojos benevolencia, y Piñana se muerde los labios.

YO.—Muy bonitas; son unas figuras de mujer muy bonitas: recuerdan a Guillaume.

MEDRANO.—Cierto: procuro imitar a Guillaume cuando pinto.

PIÑANA.—(*Sorprendido por mi sabiduría*). —¿De qué conoces los dibujos de Guillaume?

YO.—(*Riendo*).—De vista.

CARLOS.—¿Verdad que pinta muy bien?

YO.—¡Oh, sí; muy bien! Si quisieras darme dos o tres cosas para mi prima Anita, te lo agradecería.

MEDRANO. — Ya lo creo. Contentísimo. Toma.

YO.—No se me olvidará tu gentileza. ¿Eres Medrano?

MEDRANO.—Sí. ¿Tú eres nuevo, no? ¿Cómo te llamas?

YO.—Antonio Fontanar.

PIÑANA.—Tienes un nombre de chico que se sale de lo vulgar.

YO.—Cada cual tiene nombre de lo que es ¡simple!

Nos alejamos repartiendo un *hasta luego* afectuoso a Medrano y una mueca de desdén a su íntimo.

—Piñana se queda de mal humor—empieza Carlos.

—Que se quede—replico.—No estoy dispuesto a soportar las inconveniencias de nadie.

—Yo me alegro—confiesa Flores.—Se da Piñaná una importancia en el colegio, ¡con eso de que hace versos!... Te advierto que a mí no me gustan.—Y añade arrepentido *por si fuesen buenos.*—Por lo menos algunos.

Seguimos parloteando de lo lindo, y noto que le he sido muy simpático a Flores. Se reconoce inferior, me admira y trata de demostrarme su adhesión.

—¿Quieres venir a pasar la tarde conmigo en casa? Seguramente le agradarás a mamá. Le entusiasman los chicos inteligentes: Luis le entusiasmaba.

—¿Quién es Luis?—pregunto yo.

—Luis es el amigo de mi hermano Abelardo. Tengo otro hermano mayor que me lleva dos años, ¿sabes? Cumplió diez y siete hace poco. Va a la Universidad.

Esta pícara memoria me ha hecho acordarme de Luis y de Marcelo, los amiguitos de Claudina en París, y digo para confirmar mis sospechas:

—¿Se quieren mucho?

—¡Oh, mucho! Pero nadie lo diría. Guardan sus demostraciones de cariño para cuando están solos.

—¡Tate!—exclamo yo por lo bajo.

Y me sonrío satisfecho, como si hubiera descubierto la tumba de don Oppas.

IV

LLEGO a casa a las doce y cinco acompañado hasta la puerta por Carlitos Flores y su criado.—Carlos vive cerca de donde yo vivo—y lleno de júbilo abrazo a los tíos y pellizco a Anita, que me llama bárbaro.

Sirven el almuerzo en seguida, y yo le amenizo contando impresiones fresquitas que traigo del colegio ¡y mi júbilo contagia a Anita, que pregunta si no podría ir ella también al Colegio Aristocrático. Explico cómo puedo considerarme feliz desde que voy a la escuela, y tía Enriqueta, que no sale de su asombro, nos deja en el arrobamiento natural sin entremeses. Tío Manuel no lee, según su costumbre, y Anita se siente democrática.

Luego relato cómo he hecho amistad con el hijo del marqués de Flores y que me ha pedido en recreo que vaya a pasar con él el resto de la tarde, a la salida de clase, y agrego que me ha acompañado hasta el hotel, y tía Enriqueta

se estremece enorgullecida por la distinción de que me hace objeto tan calificado aristócrata. Hay lamentaciones de tío Manuel—el asado está inabordable—y curiosidad de Anita, que quiere conocer a mi amigo *ipso facto*.

Los tíos me conceden permiso para visitar a mi compañero de colegio, y de sobremesa prometo secretamente a mi prima traer mañana a Carlos a jugar con nosotros.

V

Por la tarde, otra vez al colegio; y a mi entrada, el reloj del salón de estudio acusa las dos. Soy puntual, no se me negará.

El director no está, y un alumno de quinto, en su puesto, vigila con negligencia. Pocos chicos.

En su sitio Carlos Flores, irradia felicidad por sus ojos al verme.

—Estoy aquí desde la una y media esperándote.

—Gracias—he respondido al sentarme a su lado.

Medrano y Piñana cuchichean en su mesa observándome. De repente se acercan a mí: y la voz forzadamente amable de Piñana, dice:

—Oye, Fontanar, ¿no estarás enfadado conmigo? Sentiría que me tomases antipatía porque esta mañana haya estado contigo algo incorrecto.

Contesto:

—¿Enfadarme? ¿Por qué? Eres tú quien debió enfadarse, pues fuiste el que escuchó cosas peores.

A Carlos le agrada que Piñana se humille ante mí y Medrano parece disgustado por la difícil situación de su amigo. Yo rompo la violencia de la situación diciendo al pintor:

—Mi prima me ha dicho que te salude y te dé las gracias por los dibujos que me diste.

La conversación, hábilmente cambiada por mí, nos lleva a una *entente cordiale*. Ellos se sientan a nuestro lado y en un rumoroso discreteo pasamos largo rato.

Piñana es un muchacho algo más alto que yo, y aunque Carlos me ha asegurado que tiene diez y siete años, representa dos más. En su rostro, friamente cordial; en su contorno fino de lebrel que adelgaza su traje negro, y en el timbre de su voz, hay un propósito deliberado de alejar cuanto signifique infantilidad. En cambio Medrano, con su cara de pepona color de rosa, su traje de terciopelo negro, su cuello blanco almidonado, su corbata roja y su aire infantil, diríase que trata de retener encarnizadamente la niñez. Está en quinto año, como yo; pero si me dijera que acaba de empezar el bachillerato, no me hubiera costado trabajo creerlo.

Piñana, que alardea de intelectual y tiene escrito un drama en cuatro jornadas, con cuya lectura nos ha amenazado, siente debilidad por Maeterlink, Rostand, D'Anunzzio y Benavente; odia a María Guerrero, y además está secretamente enamorado, aunque todo el colegio lo sabe, de la Fornarina, a quien dedica versos, algunos de los cuales me lee. A mí no me desagradan del todo, porque a nuestra edad no somos los críticos exigentes, ni los artistas prodigan obras de arte.

De tres y media a cuatro bajamos a recreo. En el quiosco se improvisa una tertulia de artistas. Yo, Flores, Piñana, Medrano, Julio Molina, el de los ademanes fieros, y Maza, el amigo del alma de Molina, que tiene una gorduna simpática y se urga continuamente las narices, a pesar de que ya no cumplirá los diez y seis años, se come los lápices, se roe las uñas y se limpia los dientes con una plumilla de escribir.

He notado que Maza no opina otra cosa que lo que dice su amigo Molina, y si Julio cree que la Guerrero es una diosa de la escena, Maza no creerá jamás lo contrario... a menos que el de los ojos de odalisca varíe de parecer.

Cuando más enfrascados estamos discutiendo sobre las pantorillas de Julita Fons, se presentan las «duquesas» en el quiosco acompañadas del abate Mansilla, que, «atraídas» por el grupo que formamos, quiere inquirir por qué no jugamos al marro o a la olla.

—Yo creo—dice trágicamente Molina—que las pantorrillas de la Fons son insuperables.

—¡Insuperables!—repite como un eco Maza.

—Yo no las he visto más que en postales —interrumpe melifluamente Pepito Ribes—; pero creo que no tienen nada de particular. Son unas pantorrillas corrientes. Las mías o las de Vivar no les tienen que envidiar nada.

Reímos todos; yo con más estrépito, porque todavía no estoy acostumbrado a sus manifestaciones femeniles, y sólo Carlos Flores devora en silencio su hilaridad. El abate pone en su risa un dejo de amargura que me intriga. (Juraría que ese chico es víctima de las «duquesas» maquiavélicas).

Rodrigo Díaz de Vivar sospecha que él vestido con las *toilettes* de Julita Fons, resultaría mejor que ella, y después de anonadarnos con tan peregrina revelación, se aleja con Ribes, no sin meter en medio a su ventripotente amigo el abate Mansilla.

Al retirarse ellos, nuestras miradas se cruzan habladoras. Yo les arrojo al rostro, irónico, un «¡pero qué monos sois!», y Ribes trata de ablandarme, como diciéndome al oír las risas del corrillo: ¡Ay, desgraciado del que nace hermoso!

Irse ellos y exponer Piñana sus dudas acerca de la moralidad de los tres, todo es uno. Es desde hace algún tiempo... no puede precisar desde cuándo, pero no debe estar muy lejano desde luego. Misteriosamente, mientras que Maza en silencio dedica sus manos de hortera a la policía e higiene de su apéndice nasal, nos dice que Rodrigo Díaz de Vivar, Pepito Ribes y Mansilla... ¡qué horror! vale más no apuntar lo que él supone que hacen.

Todos le escuchaban sin inmutarse, como quien oye un cuento por vigésima vez, y yo, interesado, le pido que detalle, que puntualice, que exponga los secretos de ese *menage a trois;* pero Piñana, con sus respuestas ambiguas, lejos de aplacar mi curiosidad la irrita más, porque no hay nada que exaspere tanto nuestros nervios como sorprender un secreto del cual se ignora el principio, y cuyo fin se teme desconocer.

El recreo termina. Subimos al salón de es-

tudio y en el resto de clase no puedo coordinar mis ideas, preocupado con *las cosas* que hacen las «duquesitas» y el magnífico abate.

Porque mi fantasía concibe lo que puede hacer un muchacho sólo, lo que hagan dos... ¡Pero tres!...

Francamente, no me figuro nada. Y he de enterarme ¡vaya si me entero!, de por qué engorda tan espléndidamente Mansilla.

Las cinco. A casa de Carlos Flores, con mi simpático amigo de los ojos azules.

VI

GOYA número 1. Casa de elegante apariencia: Cuatro pisos. Ascensor. Supongo que habrá calefacción central.

Tal es, a breves rasgos, la morada de Flores por de fuera. Veamos cómo está por dentro.

Buena escalera, por la que corre una alfombra azul que sujetan varillas doradas en cada peldaño. Espejos que me ayudan a recomponer mi vestimenta y bancos en cada piso. Nada más.

Llamamos en el principal, y nos abre una mujer más fea que Ontiveros, alta, de pelo rojo, formas acaballadas y perfil dramático, pero coquetonamente enjaezada.

La maldita me quita el gabán con una habilidad inenarrable y vase al galope después de colgarle en el perchero. Carlos me introduce en su cuarto y nos disponemos a lavarnos para merendar. Siento pasos de caballo,

y la criada—atiende por Estrella—emerge en la habitación trayendo agua caliente. Vase ondulando graciosamente los lomos y la oigo relinchar por los pasillos.

Mientras nos lavamos las manos—prolijamente yo para que se note mi pulcritud—inspecciono la amplia alcoba. Dos camas, y entre ellas una mesita de noche; un armario de luna, inglés; lavabo; una percha, y a la cabecera de los lechos dos mártires de ambos sexos, de esos cien veces violados y escarnecidos.

El gabinete para uso de los dos hermanos —deduzco que la otra cama es del hermano de Carlos—no está mal decorado. Verde pálido la pared; mesa de escritorio algo reducida; una estantería con libros seleccionados; sillas, tapices, puerta, retratos de tenores de ópera y numerosos toreros y una *chaise-longue*.

—¿Qué te parece mi cuarto?—pregunta Flores, dejando escapar el jabón y escalofriándome con el ruido que hace el cepillo de las uñas al frotarse vertiginosamente.

—Digno de ti—le digo pasando mi mano mojada por su cara de ingenuo.

—¿Te gusta la *chaise-longue*?

Me fijo en la *chaise*. Se ve que persona de influencia en el cuarto ha puesto los cinco sentidos en su presentación. Una drapería de terciopelo labrado la recorre en su totalidad y grandes almohadones descansan en sitio estratégico. A sus pies hay una soberbia piel de tigre y más que una *chaise-longue* inofensiva parece un lecho propicio a las violaciones.

—Está muy artística. ¿Quién la ha puesto así?

—Entre mi hermano Abelardo y Luisito. Abelardo dice que Cleopatra rediviva no la desdeñaría para yacer con Marco Antonio y Luis que echado en esa *chaise-longue* ha empezado a darse cuenta de lo que puede ser el amor.

Y sonrío y pienso para mis adentros que este Abelardo y este Luis *se las traen*.

Terminada nuestra labor de aseo, nos presentamos a la madre de Carlos, que lee en un gabinete y mi presencia es celebrada ruidosamente por la hermosísima marquesa.

—¿Quién es este chico tan guapo que viene contigo?—dice la mamá de Flores, rubia y torneada como una encarnación de Rubens, llena de encanto otoñal y aristocrático, besándome en los ojos.—Muy precioso. ¡Pero muy precioso! ¿Cómo te llamas?

Balbuzco mi nombre conmovido por los

transportes de alegría de la expresiva dama, y no por eso deja de pellizcarme.

—Tiene cara de pillo,—insiste.—Solo por eso te voy a dar unos bombones que tenía reservados para los pillos. ¡Vaya con Tony Fontanar!

Vase por los bombones a su armario. Los distribuye, dándome la mayor parte, y me sienta a su lado obligándome a que le cuente *cosas*.

Con gran satisfacción de Carlos, que me mira complacido, charlo bastante amenamente largo rato provocando continuamente con mis ingenuidades la risa de la marquesa.

Charla que charla, transcurren dos horas y a las siete indico que debo emprender la vuelta a casa para estudiar un rato antes de cenar. Opónese en un principio la opípara marquesa; pero le convence mi temor de que no me dejen volver otro día si no retorno hoy pronto a casa. Me despido de ella, llevándome cuatro besos suyos que me llegan al alma y un abrazo de Carlos que me da sin poderse contener en la escalera y que no me emociona tanto.

El criado de ellos me trae a casa y a la hora de comer todavía estoy aturdido y sin saber cómo explicar las múltiples sensaciones que he experimentado en mi primer día de

clase. El cambio total de vida me ha sacudido de la existencia vegetativa que hubiera concluido anulándome y me ha hecho pensar en los encantos de la vida mundana.

Al meterme en la cama no concilio el sueño. Vuelvo a vivir en la imaginación el día de hoy recreándome en el recuerdo exacto de las frases que he escuchado al fiero Molina, el de los ojos de cielo. Las contrafiguras de Díaz de Vivar, Mansilla y Pepito Ribes, bailan ante mis ojos admirados un minué mozartiano y Piñana y Medrano me brindan otra vez los frutos de su arte.

Cuando el sueño me rinde oigo las doce campanadas.

—¡Qué tarde es!—murmuro revolviéndome entre las sábanas. Y me decido a dormir.

¡Siempre acabaré soñando con la mamá de Carlos!....

VII

OCTUBRE, 5.

Segundo día de colegio y tan divertido como el primero.

Hoy ha quedado formalizado el orden de las clases. Los de quinto año tenemos, Dibujo, segundo curso; Física y Psicología y Lógica por la mañana y Fisiología e Higiene y Literatura por la tarde.

Los alumnos de quinto año somos: Flores, Molina, Maza, Medrano, Díaz de Vivar, Mansillas, Ribes, Estebas y yo.

El director nos ha dado los libros y programas de cada asignatura, —ya se les pondrá a las familas en la cuenta del mes, corregida y aumentada, —y desde mañana empezarán las clases.

He pasado todo el día al lado de Carlos. Me ha contado que le he caído en gracia a su mamá y que quiere verme a menudo por allí. Su hermano Abelardo quiere ser amigo mío

con gran disgusto de Luis, y su padre se va a quedar una tarde solo para conocerme.

Carlos me dice todo esto entusiasmado, iluminado el rostro por una vehemente felicidad y repitiéndome sin cesar que le soy muy simpático y el amigo que más quiere.

—¡Pero si me conoces de ayer!...

Sí; pero te quiero como si te conociera de muchos años. De todos los amigos que he tenido, eres tú el único que me ha interesado. Quizás sea porque eres el más listo de todos. Tal vez porque eres simpático y tienes cara de bueno. No lo sé. A lo mejor es por las dos cosas juntas.

Yo le pregunto si quiere venir hoy a devolverme la visita que le hice ayer.

—Con mucho gusto.

Le hablo de mi bella tía pintada como una muñeca de peluquería y encantadora como pocas cuando no habla de temas eclesiásticos, de mi graciosa prima Anita, de la apetitosa institutriz, de mi ilustre tío Manuel y hasta de sus «terribles orgías dignas de la Roma decadente, y de sus bacanales con misas negras y violaciones de adolescentes de ambos sexos», que no existen más que en mi desbordante imaginación alocada por la lectura de esas novelas que mi tío llama de «perversión», «amorales» o «renovadoras».

VIII

Cinco de Octubre por la tarde.

A la salida del colegio me traigo a Carlos a mi casa, después de haberme pasado antes por la suya para pedir permiso a su espléndida mamá.

En el hotel, nadie. El tío en su oficina, fraguando monstruosidades, probablemente, y tía Enriqueta y Anita salieron con rumbo desconocido.

Mery, lectora, yace doliente en un sofá del comedor con la cabellera desordenada, el seno palpitante y las faldas por las rodillas, y al vernos entrar se yergue con rapidez cerrando el libro que ojeaba. ¡La muy indecente! ¡He reconocido el libro por la portada! ¡*La virgen enardecida*, de tío Manuel! Una novela en que su autor ha realizado un verdadero *tour de force*, describiendo los múltiples procedimientos de goce a que recurre una joven completamente soltera que desea mantener íntegra su virginidad, y al mismo tiempo se abrasa en la hoguera de un deseo insaciable.

Mery debe haber cogido el libro de la biblioteca, esa estancia cuya puerta no podemos abrir ni más ni menos que si se tratara de la famosa habitación de Barba Azul, guardadora de secretos terribles, y es posible que estuviese purgando ardorosamente su atrevimiento.

—Es preciso que nos dé usted de merendar —digo a Mery.

Mery obedece arreglándose las ropas mientras suspira con languidez, y empiezo a comprender que hemos interrumpido sus ensueños. Sospecho que la hemos hecho un flaco servicio, pues tal vez, como la protagonista de *La virgen enardecida* soñase con los atrevimientos de un galán y obsequiándose ella misma se forjara la ilusión de que la obsequiaba él.

Carlos y yo, sentados en dos sillones del comedor contemplamos regocijados la actitud de Mery. La cuitada se lleva las dos manos a los pechos dándose masajes circulares, operación que lejos de apaciguarla la enardece haciendo que su respiración sea más fatigada, y luego se restrega las caderas con fruición haciéndose la distraída. Nos abrasa a miradas, como los hebreos ante la llegada del maná salvador. Sus ojos castaños, cobran reflejos de oro cercándose de ojeras violáceas.

Su boquita—que parece una cereza, partida por gala en dos—casi sangra de la fuerza conque se muerde los labios, y su gracioso contorno gatuno se retuerce impaciente, como esperando algo que no se realiza.

Es un descuido de Mery, Carlos murmura a mi oído:

—¡Cualquiera diría que estamos en Enero!

Yo asiento con la cabeza y decido abordar a Mery, en vista de que se le ha anticipado el calendario.

—Mery, ¿quiere usted que juguemos los tres a algo?

—Bueno—responde en francés la linda y calefacta parisina—¿pero a qué?

—Podemos jugar al tute—indica Flores.

—Eso, al tute; a lo que jugamos con los tíos algunas noches. ¿Sabe usted, Mery?

—Pero...—advierte Mery—yo no tengo dinero...

—¡Ah, no importa!—contesto yo.—Y una idea luminosa brota de mi mente.—Si perdemos, nosotros la pagamos a usted, ¿sabe Mery? y si usted pierde nos da un beso. ¿Hace? No es mala combinación.

Mery se sonroja un poquito, Carlos más, y se normalizan los colores cuando nos sentamos los tres a la mesa redonda del comedor, donde dormían las revistas ilustradas que tiramos sobre un sillón.

Comienza el juego con las anteriores condiciones, y desde el principio la suerte le es adversa a Mery. Flores canta las cuarenta y yo veinte en oros y veinte en copas. Las diez de últimas son para Mery; pero así y todo, tras de contar y ajustar las cuentas, resulta que le debe a Carlos doce besos y a mí quince.

¡Sensación!

Mery trata de arreglar las cosas sin ósculos; pero Carlos y yo que estamos bajo los efectos de los excesos que hemos cometido debajo de la mesa con las piernas de la no menos soliviantada Mery, no la relevamos de su compromiso.

La francesita está rabiando por pagar; pero no quiere demostrarlo *para que no digamos*, y Flores, a quien mi audacia presta alientos, propone a Mery que se apague la luz y nos dé los besos a obscuras.

Así lo hacemos y Mery se sienta en el sofá. Yo apago y con Carlos me lanzo sobre ella furiosamente. En la obscuridad misteriosa del comedor suenan besos; besos fuertes y apretados en la boca, en los ojos, en el cuello y en la nuca de Mery. En su pelo dorado, en su garganta de nieve y hasta en su afilada barbilla.

Ella pierde el pudor por completo y sus

besos se convierten en mordiscos. Sus blancas manitas de muñeca nos registran con avidez sin olvidarse del más picaresco lugar, y sobre cada una de sus piernas, Carlos y yo, entonamos un madrigal en besos a la perfección de su rostro, adjudicándonos cada uno la mitad de su cara. Siento que una mano diminuta guía calladamente la mía hacia el más profundo escondite de Mery, y al poco rato retiro la mano buscando el pañuelo. Suspiros deliciosos de Mery, que cae en el sofá como embriagada, y un grito de Carlos por que le han mordido en un ojo.

Un rato inquietante que no sabemos qué determinación adoptar, y en seguida enciendo la luz.

Como si no hubiera ocurrido nada extraordinario. Se ha alterado el sonrosado de l- mejillas de Mery un tanto, pero no mucho as mirada de Flores, es más ingenua que .La y yo, a juzgar por el espejo, estoy a' nunca tranquilo, si cabe. Algo más

Indudablemente a las personas no nos descomponen ciertas c distinguidas

La complacida Mery se osas sonriéndonos con agradec va del comedor le devolvemos su sonris miento, y nosotros reti amos después a m a análogamente y nos cemos unos minutos í cuarto. Allí permane- indecisos como avergon-

zados de nuestra reciente acción, sin atrevernos a hablar. Maquinalmente Flores toma una de mis manos y ambos nos recriminamos mutuamente con los ojos.

El reloj acusando las siete y media, turba el diálogo de nuestras miradas y Flores rompe el silencio, murmurando:

—Voy a marcharme, Tony... Ya es la hora...

—Como quieras—respondo.

Le ayudo a ponerse el gabán y le acompaño hasta la verja del jardín, despidiéndolo con un abrazo muy fuerte.

—Adiós, hasta mañana...

IX

El mismo día por la noche.

La aventura de esta tarde me ha revelado la mucha razón que asiste a tío Manuel al oponerse a cuanto signifique renovación y aire de fuera. Su principio de cerrar herméticamente las puertas del hogar para evitar infecciones domésticas no es ninguna arbitrariedad, sino una prueba más de su conocimiento del mundo.

Parece mentira que un hombre tan inéditamente feo, largo y seco, con su aire de empleado de una funeraria, silencioso y desapacible tenga una penetración tan extraordinaria para advertir por donde viene el peligro. Sin la complicidad de Carlos Flores, yo no me hubiera atrevido jamás a atentar abiertamente contra la integridad de Mery. Yo hubiera estado toda la vida a su lado devorándome en un deseo insensato de hacer lo que hemos hecho esta tarde; pero nunca me hubiera atre-

vido—creo yo—a «invitarla al vals». Ha sido precisa la compañía de Carlos para decidirme a tomar la ofensiva. Bien es verdad que la ocasión la pintan calva y esta tarde la lectura de *La virgen enardecida* había producido en la institutriz de mi prima un efecto fulminante y favorecedor que no podíamos dejar de aprovechar en beneficio propio.

¡Siempre teniendo que reconocer la sapiencia e infalibilidad de tío Manuel! ¡A esto conducen las lecturas prohibidas! ¡Pobre Mery! ¡Lo extraño es que esto no haya sucedido antes! Ahora me explico el origen de sus constantes ojeras. Por lo visto Mery busca como yo, en la biblioteca del tío sus autores predilectos y se consume encendiendo la hoguera de un anhelo que ninguno de la casa puede apagar.

Mery debe de estar como yo, inflamada de curiosidad y de inpaciencia, despojada de todo candor e iniciada en el secreto de un placer aprendido en los libros, que por los prejuicios sociales nos está terminantemente vedado. Y tenemos que contener y disimular nuestros instintos para no incurrir en el pecado ante los ojos del cabeza de familia. Mery vive seguramente como yo, sabiendo teóricamente *todo;* pero sin atreverse a llevarlo a la práctica. Esta tarde su espíritu ha flaqueado,

porque, sin duda, ese vaho cálido y sensual que parece desprenderse de todas las novelas de tío Manuel, ha sacudido su naturaleza joven, predisponiéndola a una razonable concesión.

Realmente, yo bien conozco la intensidad del martirio que supone vivir alentando una esperanza que tarda demasiado en realizarse. Hasta el día de hoy me he pasado las mañanas encerrado en mi cuarto, estudiando oficialmente; pero ilustrándome, dicho sea *sotto vocce,* en materias que es muy posible que no me hiciera ninguna falta conocer. Por las tardes, salía con mi preceptor después de almorzar, hasta las cinco, y a las seis, después de haber merendado, daba a don Reyes mis lecciones. Descansaba de siete a nueve, y a las diez, una vez comido, me iba a soñar sobre las diversas clases de motivos sobre el tema erótico, saboreado durante la mañana. Y así un día y otro día, suspirando por una independencia irrealizable, hinchado de lujuria cerebral y teniendo que fingir un comedimiento o un aire casto que hacían más doloroso mi sacrificio.

¡Desventurada Mery, que por lo visto se dedica, igual que yo, a documentarse en la obra literaria de tío Manuel sin disponer de otro calmante para su ánimo exasperado que

los sanos consejos del dueño de la casa, implacable condenador de «esas gentes despreciables que viven para el pecado y la ignominia, sin comprender que la verdadera felicidad consiste en mantenerse puro, sin contactos carnales ni cumplicaciones de los sentidos».

Mery es otra víctima de la literatura del cabeza de familia. Esta tarde he tenido ocasión de percatarme de ello. Y por cierto, que ahora en la cama me felicito por este descubrimiento, pues no tendría nada de particular que si las circunstancias me favoreciesen... una vez dado el primer paso... En fin, no quiero pensar en lo que puede suceder.

X

ULTIMOS de Octubre...

Encantado de mi nueva vida de colegial, me he olvidado de proseguir mi diario hasta hoy, que lo reanudo haciendo un balance aproximado de mis impresiones en estos veintitantos días de silencio.

En primer lugar, deseo que conste que ya me he familiarizado definitivamente con la vida estudiantil y que vivo feliz alegrándome de haber nacido.

En tantos días he intimado más con Carlos Flores, mi compañero de ojos azules; con Julio Molina, el de mirar africano, y, como es de suponer, con su eco Maza.

Daniel Estebas, el hijo de la condesa de Revenga y el marqués de Revuelto, me ha contado las mil y una aventuras de los más populares aristócratas de uno y otro sexo, y con este motivo he notado que este muchacho sobrepuja en imaginación a Javier de Monte-

pín, pues con seguridad que si le hablasen de las once mil vírgenes las inventaba un lío a cada una.

Ha tenido la avilantez de hablarme de la madre de Carlos en una forma que favorece muy poco al marqués de Flores. Según Este bas, la ninfa rubeniana, con su aspecto de deidad mitológica convertida en honrada madre de familia, no pasa de ser un pellejo desorejado—textual—. A creer a Estebas, la áurea marquesa ha puesto de su parte todo lo posible para que su linajudo esposo figure dignamente junto a los cornudos más prestigiosos de la Historia. Unicamente Napoleón podría colocarse al lado del marqués de Flores sin temor a incurrir en inferioridad. La marquesa no se priva de nada y desde los amigos de su esposo hasta el último ayuda de cámara, pasando por los compañeros de colegio de sus hijos, no ha habido seducción que no haya intentado con éxito. Y lo más sensible es que esto lo sepa todo el mundo, menos el interesado. Luego Estebas me ha garantizado formalmente—por si acaso yo no me lo hubiese figurado—que el hermano mayor de Carlos es, en el terreno sexual un viajero incansable a quien lo mismo le da embarcarse en un trasatlántico que tomar el ferrocarril.

Piñana continúa rimando piropos a la Forcarina y Medrano pintando maravillosas figuras de mujer. Me he distanciado algo de ellos, por no aguantar a Piñana.

También he trabado amistad con dos chicos de cuarto año en extremo interesantes.

Uno se llama Julio Chacón y su notoriedad estriba en la abundancia de sus posaderas. Todo el resto de su persona es insignificante comparado con tan importante parte de su organismo. De lejos me pareció tonto y de cerca me convencí que no tengo mala vista, y le trato porque me produce hilaridad el estar cerca de un individuo cuya parte posterior puede competir con la de la reina Isabel II.

El otro atiende por Eduardo Martínez Colombo; es un buen chico, ingenuo, servicial y aplicadito; pero no hay medio de entenderle cuando habla, como no sea por intuición. Confidencialmente me ha revelado que si le hablan de su madre se pone *intransitable*. Que no va a la Puerta del Sol los domingos porque está *impotente*, que el respetable trasero de Chacón es para *estupefactar al más retrógrado*, etc., y otras más agradabilísimas barbaridades que me han hecho pasar momentos deliciosos.

Colombo es amigo entrañable de los Villamoral, dos chicos gemelos de tercer año que a pesar de sus trece corridos todavía peinan

melenas a lo Claudina, y como Colombo gasta cara de *clonw*, contrariado cuando pasea entre sus dos amigos parecen un terceto de excéntricos.

Los Villamoral no son malos muchachos. Armando se perece por adoptar posturas voluptuosas. Se sienta a la oriental, como yo digo, esto es: medio tumbado, con el codo en el banco y la mano en la cabeza; entorna los ojos como si soñase despierto, y a lo mejor suspira sorprendido, como si le hubieran encargado en sueños de formar Gabinete. El otro Villamoral, Félix, es la encarnación del mal humor. Una vez que le pedí un libro, después de negármelo, me miró con expresión de parturienta a quien quisieran arrebatar su fruto, y cierto día en que le pregunté por su hermano Armando que estaba enfermo, me contestó que se hallaba agonizante y que si no se moría al siguiente día lo pensaba matar «para quitarle penas».

Otros muchachos dignos de estudio son Joaquinito Mendoza y Manolo Manzanedo.

El primero contará trece abriles, y es alto, delgadito, con esbeltez de flor y en su rostro intensamente pálido no hay más colores que el rojo de los labios y el verde de los ojos, unos ojos inmensos que parecen abismarse en la esperanza de una violación.

Manolo Manzanedo contará catorce años, es moreno claro, de carnes blandas y satinadas y posee la boca más graciosa del mundo. Imposible hallar unos labios tan finos y alargados, tan sin dibujo y tan delicadamente entreabiertos como los suyos. Cerrada su boca da la sensación de la boca de una hucha—ayer mismo se enfureció porque yo le eché diez céntimos aprovechando un descuido suyo—y sonriente corre sin freno a las orejas con una voluptuosidad inenarrable. Ambos me exasperan por su frenética aplicación. Los ponen como modelos de colegiales y de buena gana los despellejaría porque acaparan las mejores notas, y a su lado no hay modo de destacarse; se puede ser tan aplicado como ellos, pero más no, y esto me desespera.

A más de éstos he hecho otros amígos; pero por ahora no son dignos de ser sacados a plaza.

Los tíos están encantados de mi aplicación y los profesores también, pues en todas las clases soy el número uno con gran envidia de Ribes, Mansilla y Díaz de Vivar que sin duda querrían verme detrás de ellos.

En las tardes que he vuelto por casa de Flores he conocido a su hermano Abelardo y a su inseparable Luisito.

Los dos tienen diez y ocho años; son blan-

cos, de ojos claros y brillantes y parecidísimas figuras y están constantemente devorándose con las miradas, como esos novios que se arrullan en los cines, sin miedo al qué dirán.

He simpatizado con ellos y me han ofrecido llevarme esta Noche buena a casa de la Teresona, una señora muy respetable que vigila a unas niñas más frágiles que la porcelana de Sevres, algunas de las cuales tienen predilección por ellos.

¿Será verdad?

XI

Tres de Noviembre... Jueves...

Día de excursión. El tiempo está inmejorable y la de hoy es una tarde otoñal en que las hojas secas se desprenden de los árboles con tristeza, poniendo en su caída la última frivolidad; tarde de esas que hacen entonar a los poetas y en que conciben sus paisajes los pintores; tarde que haría las delicias de los faunos para seguir a las bacantes en una carrera de amor. ¡Qué inspirado estoy!...

El director nos lleva a la Ciudad Lineal por la calle de Goya arriba perdiendo el tiempo lamentablemente en rogar al enjambre del Colegio Aristocrático que modere sus gritos.

Julio Molina es portador de dos balones con los cuales se saciarán los entusiastas del *foot-ball*, y Maza, a su lado, acarrea no solo su merienda—¡oh, debe de ser heliogabalesca!, si no, la de Molina, que hace reir por su insignificancia.

«Las duquesas» estrenan hoy corbatas iguales, blancas con pintas verdes que son las únicas notas de color de sus trajes oscuros, ajustados para que modelen las caderas y excesivamente cortos para lucir las pantorrillas. El abate Mansilla, cuya sola presencia me transportan al Versalles del siglo XVIII, murmura a sus oídos palabras misteriosas. Acaso chismes del rey Sol, peticiones amorosas de un bravo coracero o un gentil estudiante de *Saint-Cyr*.

Piñana y Medrano, fraternalmente cogidos del brazo, caminan en silencio y por sus rostros comprendo su aburrimiento ante la monotonía y suciedad del camino.

Los Villamoral, con Chacón y Colombo, van en perfecta armonía hablando de sus cosas. En tanto no se hable de las nalgas del último, todo irá como una seda; pero si se alude a su riqueza de posaderas, ya la cuestión ha de tomar terrible rumbo.

Joaquín Mendoza y Manzanedo, van los últimos de la carabana, perdido Joaquinito en sus anhelos culpables y Manolo ojeando una revista galante ilustrada que le hace prolongar su sonrisa hasta más allá de la realidad.

Daniel Estebas viene con Carlos y conmigo poniéndonos al corriente de las intimidades sicalípticas de nuestra aristocracia.

Charla que charla, llegamos hasta las Ventas, donde nos aguarda el tren tranvía de la Ciudad Lineal. Se organiza un partido de *foot-ball* y los espíritus contrarios a tan maldito sport entretenemos nuestro ocio por la avenida central merendando pacíficamente como unos buenos burgueses. Al final del partido quedan cinco o seis chicos con coscorrones, balonazos, patadas y otros excesos, y eso lejos de apaciguarlos los enardece y presta brios.

—El próximo jueves—vocifera uno a quien le han propinado diez patadas en las espinillas y seis trastazos en la cabeza—se repetirá el partido. ¡Y ya veremos si se me dá un solo golpe!

—¿Has oído?—dice Carlos.—Pues el jueves pasado recibió tantos golpes como hoy. Y el jueves anterior los mismos que el jueves pasado.

Emprendemos la vuelta al colegio porque la noche se avecina. El vocerío que intentaba callar el director a la ida ha cesado al regreso. Todos tornan marchitos como si hubieran sido violados por un negro del Senegal y de noche completamente entramos en el Colegio Aristocrático.

XII

VEINTICINCO de Noviembre...

Día desagradable y frío como pocos. Bien se ve que el invierno está sobre nosotros.

Hoy no ha venido Carlos al Colegio, ignoro por qué causa y en el recreo fué donde más lo eché de menos. Aburrido y sin saber qué hacer abordé el terceto Ribes-Mansilla-Díaz de Vivar.

Sentados en el quiosco departían amigablemente huyendo del general bullicio y al entrar yo, los ojos delicadamente sombreados de Rodrigo me envolvieron en una dulce mirada. Mansilla suspiró hinchando un poco más su panza de batracio que me indigna, y Pepito Ribes cantó melifluamente:

—Fontanar, Fontanar, ¿cómo es que no vienes hoy con Carlos, ¿estáis regañados?

—Nada de eso—respondo a Ribes—yo no regaño con los amigos a quienes quiero, y

de Flores puedo decir sin mentir que lo quiero.

—¡Ay, qué suerte tienen algunos!—exclama osadamente Ribes.

El abate dejó que sus mejillas abombadas se coloreasen y Pepito tornó a mirarme con anhelo. Yo correspondí a sus miradas amorosas dedicándole una sonrisa alentadora de la que nunca me arrepentiré, pues gracias a ella sé parte de lo que tanto me intrigaba, y entonces murmuró algo en la oreja de su gentil compañero, Rodrigo Díaz de Vivar, que le hizo salir en seguida del quiosco avalorado por el abate.

Al quedarnos solos, Pepito Ribes acercóse a mi, sentóse a mi lado y después de cogerme una mano a *la negligé* me dijo pérfidamente:

—Dime, Fontañar: ¿te gustan las chicas?

Yo no respondía y puse los ojos en blanco. En vista de esto añadió mi bonito interlocutor más solapadamente:

—¿Y los chicos?

Salí de mi éxtasis. Pepito sonrió esperando una afirmación; pero yo contesté diplomáticamente:

—Nunca he pensado en ellos.

El se cortó por mi evasiva; pero se repuso inmediatamente viendo que no me indignaba la pregunta.

—Oye, Fontanar, te voy a ser franco. Nos eres muy simpático y si pensases del mismo modo que nosotros te divertirías de lo lindo.

Yo me hice el interesante *dejándome querer* como medio seguro de llegar a intimar con «las duquesas» y conocer sus secretos, y después de un momento de conversación muy pintoresca sobre este tema, y durante el cual Pepito no cesó de acariciarme discreta y persuasivamente, propuso:

—¿Quieres venir esta tarde a jugar con nosotros a mi casa?

—¿Quienes sois vosotros?

—Rodrigo y yo.

Quedé indeciso un instante; pero repuesto de mi sorpresa contesté: ¡Bueno! pensando para mis adentros que por muy mal que me fuese *esta tarde*, peor me iría solo en casa, solo y sin compañía de Carlos. Me remordía la conciencia serle ingrato no yendo a saber si estaba enfermo; pero el deseo de conocer a Pepito y a Rodrigo *en su casa*, me hizo olvidarlo todo.

Antes de salir del quiosco, Pepito Ribes quiso sellar nuestra entrevista con un apasionado abrazo. Yo dispuesto a no indignarme, me contuve reflexionando:

—Si eso hace conmigo que apenas me co-

noce ¿qué hará con Mansillla y Díaz de Vivar sus íntimos y consejeros?

Y yo necesito forzosamente saber lo que hacen estos chicos... o lo que sean...

El criado me llevó a casa de Ribes a las cinco y media. Vive lejos. Al final de la calle de Goya en un hotel de apariencia. Mi llegada fué saludada con gritos jubilosos de Pepito y de Rodrigo que como es su vecino estaba allí.

—Han salido papá y mamá; ya verás como nos vamos a divertir, Tony.

Aunque había merendado en casa me obligaron a tomar té con ellos y las hermanas de Ribes, dos gemelas preciosas—algo mayores que él—que son el vivo retrato de su hermano.

Terminada mi segunda merienda nos encerramos en el cuarto de Pepito, y allí me dijo éste con su vocecita de nena mimosa:

Escucha, Tony. ¡Te suplicamos que nos des palabra de honor de que esto que vas a ver, no se lo dirás nunca a nadie!

Juré por mi problemático honor y luego agregó Pepito haciendo un mohín rebosante de coquetería:

—Calcula tú qué escándalo si supieran esto en el colegio nuestros enemigos. Como

nos tienen tanta envidia, si llegaran a enterarse serían capaces de ponernos de oro y azul, sin motivo.

—Porque en el fondo somos unos buenos chicos—añadió Díaz de Vivar.—Un poco alocados; pero nada más. Nuestras excentricidades son todas de buen gusto.

Yo les miraba sorprendido interrogándoles con los ojos:.

—¡Qué preparáis! ¡Con qué novedad insólita me vais a confundir!

Ellos comprendiéndolo creyeron llegado el momento oportuno de epatarme, apagaron la luz con mi consentimiento y por cinco minutos me sumergieron en una lobreguez inquietante.

Silencio macabro. Luego un poco de ruido. Oí crugir una puerta—no sé si del armario o de la habitación—y sentir que una caja se desplomaba lánguidamente. Frou-frou de sedas. Olores voluptuosos. Unos zapatitos taconeando con picardía. Rizos sedosos posándose en mi frente. Otros rizos perfumados reposando sobre una de mis mejillas. Se me arrastró hasta un diván y allí me besaron y me callé. Me volvieron a besar dos boquitas que olían a menta, se me palpó y se intentó algo que suelo hacer a veces sin intervención ajena.

Entonces comenzaron a intranquilizarme

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

unos suspiros entrecortados y más besos y en vista de que mi desasosiego no decrecía encendí la luz y me llevé la más estupenda sorpresa que podía imaginarme.

Mis compañeros de colegio habían desaparecido y en su lugar dos chiquillas preciosas divinamente vestidas y coquetonamente peinadas bajaban los ojos como avergonzadas.

La voz de Pepito salió del rostro de una de las nenas y exclamó:

—¡Qué sorpresa! ¿verdad Tony? ¿Quién te lo iba a decir?

Estupefacción mía cuando la voz de Rodrigo interrogó:

—¿Cuál te gusta más?

Creía ser víctima de una alucinación extraña y cerré los ojos para reflexionar y hacerme cargo de la situación. Mentiría si dijese que me indigné. Aquella aventura me proporcionaba un agradable cosquilleo porque tenía el sabor malsano de las escenas de *Dedé*. Habíame de pronto convertido en un personaje de novela amoral y si bien mi papel no me complacía, tampoco me exasperaba. Puesto que el pecado ya estaba cometido y mi curiosidad satisfecha, estimé que lo más prudente era retirarme dejando la pregunta de Rodrigo sin contestación.

Me despedí protestando un repentino do-

lor de cabeza y mientras me dirigía a mi casa, por el camino, me felicitaba interiormente por mi perspicacia.

—¡Cuando yo decía que estos chicos eran de cuidado!...

Sin embargo... no me explico cómo tienen bastante con Mansilla ni estoy muy seguro de lo que pueden hacer los tres juntos...

XIII

SEIS de Diciembre...
Sin novedad hasta ahora.

Hoy visita extraordinaria al Museo de Pinturas, milagro que han conseguido Piñana y Medrano tras no pocos esfuerzos.

Molina frunce el ceño con fiereza sin hablar durante el camino, como si temiese hallar el abracadabra en el Museo; por el contrario a Pepito Ribes que salta retozón, como si en la sala de retratos esperase encontrar a don Juan de Austria en traje de baño; y Chacón y su trasero gozan la compañía de tres zánganos de sexto año que no paran de pellizcarle.

Daniel Estebas con los Villamoral y Colombo, forman otro grupo sugestivo en que no se sabe qué admirar más, si las chimografías dal primero, la ambigua hermosura de los melenudos gemelos o las barbaridades de Colombo.

Don León viene el último entre Piñana y

Medrano. Piñana con las manos en los bolsillos serio y pensativo y Medrano riendo sus frivolidades.

Rodrigo Díaz se sonroja por lo que va murmurando a su oído el abate. Ya me supongo que no serán madrigales y Maza con sus dedos en las narices prescinde del mundo engolfado en su tarea inquisidora. De cuando en cuando se muerde las uñas para variar y roe el consabido lápiz.

Carlos y yo cogidos afectuosamente del brazo, nos distraemos hablando de nosotros mismos y observando a los demás.

A las tres irrumpimos en el Museo. Los porteros nos reciben con desconfianza como si estuviésemos excomulgados y don León vence sus escrúpulos mostrándoles el permiso del director del Museo.

No sé cómo no se lo ha restregado por los hocicos a uno de los guardianes que se resistía a franquearnos el paso. ¡Qué hombre más ordinario!

¡Qué incitante resulta *La maja desnuda de Goya*, a pesar de ser paticorta, tener los pechos separados de este a oeste, las caderas donde todo tenemos las rodillas y la expresión de rumiante adormecida! Hace *pendant* con ella la vestida y entre los dos se encuentra Goya retratado por Vicente López, con todo el aspecto de mastodonte furioso.

Con el Greco no transijo a pesar de que a ciertas figuras se les puede decir ¡Buenos ojos tienes! y mejor preferiría dormir con un caballo a tener en mi casa un cuadro suyo.

¡Qué fructífera campaña harían en un teatro de varietés las tres Gracias redivivas! ¡Con qué maestría cantarían la pulga descubriendo al recogerse la camisa sus carnes abombadas, viejas y repugnantes como las de nuestras más encopetadas coupletistas!

¿Y éstas eran las tres gracias? Quizás lleven ese nombre porque en privado alardeasen de chistosas y humorísticas; pero en lo que al físico atañe opto por doña Úrsula con automóvil y todo. Por lo demás, el cuadro se recomienda por sí solo para anunciar una vaquería suiza.

Esa otra inmensa gorda que retrató Tiziano, el maestro y enemigo encarnizado de Tintoretto, con un hombre absurdo—digo absurdo porque no se concibe que un «hombre» al lado de una mujer encueros tan flamenca como ella, se ponga a tocar el piano con la misma indiferencia que si el desnudo fuese el de un cesante de consumos—me hace el mismo efecto que el de un paquidermo reclinado en un sofá. ¡Oh, sus carnes mantecosas y

abundantes!—que diría Goy de Silva—la verdad es que me dan una visión poco amable de las Mujeres de su siglo. Más de cuatro se consolarían a sí mismos en aquellas edades con tal de evitar el roce con tan descomunales montones de carne tan poco apetitosa. Reflexionando serenamente casi estoy por admitir que el hombre absurdo prefiera tocar el piano a tocar a la rebosante rubia.

Los cuadros de Murillo huelen a chocolate de Matías López y a Sacristía, excepto el de Santa Isabel que huele a mugre, a manos sucias y a pies poco aseados.

Wateau debió querer decir en sus escenas, amoríos, citas galantes, besos furtivos y corazones que suspiran entre blondas. Y esto saben revelarnos sus paisajes deliciosos en cuyo ambiente parece vibrar la música sutil del beso robado por un gentil galán a una linda duquesa. En la verde arboleda se creen adivinar los escondites de los enamorados de otros tiempos de leyenda señoril.

Teniers es el pintor de los aldeanos. Unos aldeanos ingenuos que se emborrachan continuamente y hacen cosas de perro en los rincones, como dice Manuel Machado.

Me gusta la suprema distinción, el bello gesto de los Van-dik. Caballeros que si hablasen sería para cantar madrigales con voz

de plata. Caballeros de manos primorosas, manitas de azucena por donde corren hilos azulados. Caballeros cuyo arte de enamorar sería tan complicado como el encaje de sus bocamangas. (¿Dónde habré leído yo esto?)

Bien por los panoramas de Van Artois, panoramas de ensueño, como cunas de gnomos, y por los Glauber y los de Boht.

¡Ole las siluetas de las posturas de Gentileschi y el colorido de sus toaletas de brocado!

Toda clase de escuelas, de estilos y de tendencias desfilan ante nuestros ojos conmoviendo con toda su grandeza artística al Colegio Aristocrático sin distinción de sexos. Desde Molina hasta Vivar y Pepe Ribes.

Por la noche sueño con los paisajes bellamente sombríos de del Mazo, con los principescos de Claudio de Lorena y con las hermosas mujeres de Guido Reni.

Sueño amores con una linda aldeana de Wateau y al despertarme advierto vestigios de una posesión que realmente no se ha verificado.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

VEINTE de Diciembre...

La Nochebuena, ese gran acontecimiento para el colegio avanza, y desde el día diez empezamos a escribir orlas y más orlas dedicadas a nuestras familias pidiendo—algunos con mejor letra que ortografía—el aguinaldo.

Esta costumbre de los colegios me resulta altamente ridícula y por manifestarlo «en pública subasta» como dice Colombo, me encierran en una de las habitaciones extremas del colegio, condenado a meditar en soledad durante la hora de recreo. El castigo es algo severo y se emplea por primera vez conmigo debido a que en un momento de inspiración dije a uno de los chicos que más me fastidiaba con sus argumentos, que buscase en el diccionario el adjetivo más molesto correspondiente a la letra C, y que se lo aplicara a su padre en la cabecera de la orla. El interesado

ha presentado una queja al director y hasta parece ser que ha pronunciado una palabra que ofende por igual a los autores de sus días y don León que es incapaz de comprender que solo se trataba de una broma «muy siglo XVIII» ha dispuesto mi encierro por «procaz y deslenguado».

Todo cuanto revista carácter de arbitrariedad me enfurece y encrespa. La encerrona me ofusca y me humilla por lo que tiene de violencia; pero al mismo tiempo mi indomable orgullo me impide solicitar perdón. De buena gana empezaría a destrozar las mesas y las sillas de la estancia o a promover un ruido infernal, cuando la puerta de mi cárcel se abre cautelosamente y entra don Fernando, el profesor de dibujo, que es un muchacho de unos veintisiete años, alto, de figura muy elegante y que por cierto tiene escandalizados a los chicos del colegio por la frecuencia con que cambia de corbatas, de calzado, de vestidos, y... de perfumes.

Don Fernando, es un guapo mozo, moreno y afeitado, al que según rumor público se disputan las mujeres, aunque a mí se me figura que él no debe de poner de su parte nada para volverlas locas. Pertenece a una familia aristocrática y está casado con una muchacha cubana bastante rica, física y económicamente

considerada. Es uno de estos jóvenes del día que no tienen otro mérito que el de una figura decorativa y una carrera que no ejerce, y figura en el cuadro de profesores del colegio desde hace cinco años para justificar ante la opinión pública que hace algo.

En el colegio se dice que su figura aristocrática y sus hermosos ojos negros han provocado algún suicido femenino; pero a mí no me chocaría nada que esa versión fuera totalmente fantástica.

—Señor Fontanar—me dice con acento dulce y cariñoso—acabo de saber por el señor director que estaba usted castigado e inmediatamente he intercedido en favor suyo para que le perdonase. Es usted un alumno muy inteligente y simpático y como no merece pasarse una hora encerrado, he creído un deber de justicia solicitar de don León clemencia para usted.

—Muchas gracias—contesto algo extrañado por aquella simpatía que ignoraba haber despertado en un profesor del colegio que apenas cambiaba conmigo la palabra durante las horas de clase.

—Sería una pena—prosigue don Fernando dulcificando aún más el tono de su voz—que mientras todo el colegio se divierte usted estuviese aquí aburrido y contrariado.

—Oh, eso no,—respondo yo recogiendo mi libro de Física—se me hubiera pasado el tiempo sin sentir, repasando...

—Lo creo. Es usted un muchacho muy estudioso. Lo sé por mis propios compañeros. Esto me hace admirarle a usted. Desgraciadamente no abundan los alumnos inteligentes y amantes del estudio. Los que ocupan los primeros puestos, son, por lo general, loritos que se aprenden las lecciones mecánicamente. Son incapaces de digerir lo que aprenden de memoria a costa de enormes esfuerzos. En cambio usted, tengo entendido que posee una gran disposición para aprender lo que sea sin esfuerzo apenas. Por supuesto tiene usted a quien salir. Su papá de usted fué un abogado de muchísima nombradía por su talento privilegiado.

—Es usted muy amable—interrumpo disponiéndome a salir.—No merezco tantos elogios.

—Impaciente, añado:

—Voy a bajar al jardín.

—¿Tan pronto?—pregunta don Fernando reteniéndome por un brazo.—¿Tan desagradable le es a usted mi compañía?

—No señor,—digo con viveza.—Pero es que quiero que vean mis compañeros que me han levantado el arresto.

—No se preocupe usted por eso. Es una

puerilidad. Precisamente tenía yo muchas ganas de charlar un rato largamente con usted.

—Abajo podemos hablar paseando, de todo lo que usted quiera.

—Sí; tiene usted razón—contesta él—pero abajo no sé si podría yo hacer libremente una petición.

—Usted dirá—digo yo intrigado sentándome sobre una mesa.

Don Fernando se acerca a mí y mientras me arregla el lazo de la corbata con sus manos que parecen de marfil por lo bien cuidadas y con las uñas brillantes y pulidas como espejos rosados, expone:

—Yo tengo mucha curiosidad por conocer todas las obras de su tío de usted; pero como son tantas tengo miedo a comprarlas. Y he pensado que si usted fuera amable podría hacerme un gran favor: írmelas prestando una a una, en la seguridad de que yo se las devolvería incólumes. Me parece que no le sería a usted imposible complacerme.

Don Fernando es tan agradable y además lo pide con tanta gentileza que yo le prometo atenderle; pero recomendándole que me guarde el secreto.

—Ya sabía yo que usted me complacería, señor Fontanar. Es usted un muchacho encantador. Presumo que vamos a ser muy bue-

nos amigos. Aquí donde me ve usted yo tengo un espíritu casi infantil. Estoy más distraído al lado de ustedes que junto a los hombres de mi edad. Por supuesto, cuando los chicos son como usted.—Luego cambiando bruscamente de conversación, añade don Fernando:

—¿No tiene usted hermanos, verdad?

—No señor,—respondo—solo tengo una prima dos años más joven que yo. Dicen que se parece algo a mí.

—Entonces será muy bonita,—exclama él sonriendo y cogiéndome una mano.

Yo, francamente persuadido de que la petición de los libros de mi tío ha sido un pretexto para llegar a este extremo, no me atrevo a responder y miro al techo.

—Tiene usted unos ojos muy bonitos, señor Fontanar. ¿No se lo han dicho a usted nunca?

—Sí,—contesto cínicamente.—Hace muy pocos días Pepito Ribes me lo decía en su casa.

—¿Pero va usted a casa de Pepito Ribes? —pregunta don Fernando abriendo unos ojos como platos.—¿Como Díaz de Vivar? ¿Como Mansilla? Yo no creí que usted tuviese amistad íntima con ellos.

—Eh, eh,—protesto cómicamente enojado

—yo no tengo intimidad con ningún chico del colegio.

—Ya me chocaba a mí—exclama don Fernando sacando un paquete de bombones de los cuales me ofrece.—Y le voy a ser franco —continúa—no es que yo me asuste de nada, porque fíjese usted: yo soy un hombre a la moderna, he viajado, lo comprendo y lo disculpo todo y es más... hasta hay cosas que... no me parecen del todo mal; pero con lo que no transijo, es, con la ostentación. Y estos niños parecen complacerse con exteriorizar cosas que hoy por hoy la sociedad no acepta. Usted ya me comprenderá, señor Fontanar... Hay momentos en nuestra vida en que no podemos resistirnos a la tentación de un capricho que la mitad de las veces carece de importancia; otras veces nuestro instinto nos lleva por determinados derroteros; pero ¿por qué vamos a enterar a nadie de nuestras debilidades? No es que yo afirme que Mansilla, Ribes y Vivar, sean culpables de algo bochornoso; pero la verdad, sino lo son, lo parecen. Yo no le recomiendo a usted que frecuente su casa, porque se pervertiría y sería una lástima. Un muchacho tan mono, tan formalito, caer con una gente así...

Indudablemente no es la primera vez que don Fernando ha solicitado clemencia para un

alumno inteligente y simpático, condenado a encerrona. Se advierte que le gusta interesarse por ellos,—sobre todo si tienen los ojos bonitos—y que conoce todo el A B C del arte de aparecer irresistible.

Pero conmigo le fallan toda su sabiduría morbosa y su ciencia de aproximación, porque transcurrida una hora de diálogo de novela muy «siglo XIX» en que don Fernando me cita los nombres de todos los grandes hombres que no se han arruinado por las mujeres, estamos como al principio. Antes de abandonar la estancia, don Fernando me despide estrechando fuertemente mis dos manos y me repite:

—Ya sabe usted que tenemos que ser muy buenos amigos. No vea usted en mí al profesor de dibujo, sino más bien a un camarada suyo. Hágase usted cuenta de que soy otro Carlos Flores. ¿No salen ustedes por la tarde solos? El día que usted quiera pueden venir a visitar mi estudio. Después podemos ir los tres al cine. Me figuro que Carlitos no será tan absorbente como su hermano.

—¡Ah! ¿Conoce usted a Abelardo?—pregunto.

—Ya lo creo. Tuve la suerte de darle clase cuando estudiaba el bachillerato. También era un chiquillo adorable por lo estudioso y lo

simpático; pero era demasiado vehemente y cuando se aferraba a una amistad pretendía que fuese con carácter exclusivo. Entonces fuímos muy amigos y hasta le puse mejores notas de las que en realidad merecía; pero cuando él entró en la Universidad y yo me casé, dejamos de vernos. Creo que ahora ha cambiado mucho... Adiós, le ruego que no diga a nadie nada de esto que hemos hablado... Usted es un chico de talento y ya se hará el cargo de que la gente es muy mala... además hay personas que no saben interpretar bien el sentido de las cosas... En fin... no deje usted de traerme mañana una novela de su tío...

Cuando entro en el salón de estudio, suben todos los chicos de recreo. Los de primera enseñanza se reparten por sus departamentos respectivos y los de segunda nos acomodamos en nuestros puestos. Carlos a mi lado exclama compungido:

—Chico, ¡qué fracaso! He estado toda la hora de recreo con don León rogándole que te perdonase y de ninguna manera ha accedido. Por cierto que ¿sabes quien le pedía insistentemente que te levantara el arresto? Don Fernando, el profesor de dibujo. Pero

ni por esas; don León se emperró en que te habías de cargar una hora repasando y se ha salido con la suya.

Me he guardado de comunicar a Flores cuanto me ha sucedido en esa hora de encierro, que él cree he pasado solo y aburrido, y no ha podido comprender, por tanto, la causa de mi enigmática sonrisa al oirle asegurarme:

—¿Sabes que por lo visto le eres muy simpático a don Fernando?

II

Veintiuno de Diciembre...

Esta tarde hubiera paseado solo durante la hora de recreo, porque Carlos no ha venido, a no ser porque me han hecho compañía Julio Molina y su inseparable Maza.

—Pero Fontanar,—dice Julio con gesto a lo Colombo—¿por qué has protestado de una costumbre tan «invertebrada» como las de las orlas de navidad?

—Es una lástima que te hayas quedado castigado ayer por una cosa tan tonta—añade Maza.

Viendo que por primera vez en el tiempo que los conozco Maza dice algo que no he oído antes a Molina, me quedo estático.

—Ya veis—contesto saliendo de mi apoteosis.

—Si nos lo hubieran permitido—continúa Julio—como los amigos son para las ocasiones, hubiéramos subido a acompañarte; pero eso no está permitido.

Protesto de su hipotético sacrificio y ellos insisten en que se hubieran quedado gustosos conmigo. Molina además me dice que ayer tenía una gran noticia que darme.

—¿Qué era ello?—pregunto.

—Pues que ayer por la mañana—ruge Molina en tonos dramáticos, he leído una «Chismografía» de *Caramanchel* en *La Correspondencia de España*, interesantísima: María Guerrero va a estrenar un drama de Marquina verdaderamente grandioso.

—Grandioso—subraya Maza.

—Figúrate—continúa Julio—que en uno de los dos actos, ante la Guerrero moribunda descuartizan a una hija suya de once años.

—¡De once años!—comenta Maza.

—Y la Guerrero como es de suponer no sobrevive a la catástrofe.

—¡No sobrevive!—continúa Maza.

—¿Y la hija?—pregunto yo.

—Se queda descuartizada; pero me supongo que entre bastidores la recompondrán. De lo contrario sucumbirá también.

—¡Eso es extraordinario! ¡Piramidal!

—Creo—añade proféticamente Molina—que la Guerrero va a causar la epatación general con unos gritos nunca oídos y unos vestidos encargados a París expresamente.

—¿Los gritos, también?

—¡Ah! ¡Los gritos no sé de donde los sacará!

Divagando sobre la futura tragedia estamos largo rato entretenidos, hasta que concluye el recreo y subimos todos acaudillados por el ínclito don León, cuyo rostro de momia faraónica denota una felicidad suprema.

De súbito don León flamea al aire su cabellera violeta y llamándome aparte me notifica que el criado de los marqueses de Flores, ha venido por mí de parte de sus señoritos y que como favor especial me consiente «fumarme» la última clase y se encargará de hacer saber a «mi distinguida familia» donde he ido.

Un adiós cariñoso entonces a Maza y a Molina y a casa de Carlitos Flores.

Al salir a la calle siento frío y los débiles rayos del sol me acarician suavemente las orejas mientras un fuerte viento indiscreto me ajusta el gabán remarcando mis líneas.

Meto las manos después de enguantarlas en los bolsillos del gabán, me calo la gorra desafiando la temperatura y echo a andar con el criado de los Flores. En el camino dos muchachas me miran entusiasmadas chichisbeando entre sí. Me parece oir a una: *me lo comería* y adivino que lo que sigue diciendo

al oído de su amiga es una porquería. Yo, no las concedo importancia y apresuro el paso ávido de llegar cuanto antes a casa de Flores. Sobre todo rabio por ver a su madre siempre tan cariñosa conmigo y que cada día que pasa me seduce más con sus cabellos abundantes como dos olas de fuego recogidas en la nuca, su nariz palpitante, su boca gruesa y repintada, sus ojos que el kool prolonga hacia las sienes y sus blancas manos diminutas, diáfanas y alargadas, con suavidad de flor. Llevo algunas noches soñando con el sinuoso contorno de su figura de matrona que anima al andar el balanceo de los senos y el vaivén de las caderas y aún no hace cuatro noches desperté sobresaltado creyendo que me tenía entre sus brazos.

¡Qué dulce es soñar!... Porque la verdad es que únicamente en sueños puedo alimentar la idea de una posible avenencia con la madre de mi amigo... a pesar de que a oir a Daniel Estebas, la deliciosa marquesa es ¡una gallina de la aristocracia!

En casa de Flores no hay absolutamente nadie más que la marquesa. Me extraño, y al manifestar a la madre de Carlos mi sorpresa por no encontrar a sus hijos ésta me expone después de contemplarme satisfecha largo rato:

—No están. Hoy ha almorzado aquí Luisito, el amigo de Abelardo y han salido los tres en el auto a la Moncloa.

—¿Entonces cómo han mandado por mí al Colegio?

—Ha sido cosa mía; un pretexto para que vinieras. Quería hablarte a solas. ¿Qué tal se porta Carlitos en el Colegio?

Antes de contestarla miro a la espléndida marquesa de arriba a abajo. Está hermosísima, algo lúbrica y ella también me examina con fruición. Concluído mi reconocimiento le respondo:

—Bien. Se porta bien. ¿Tiene usted otras noticias?

—No. Pero quería cerciorarme por un compañero suyo y nadie mejor que tú para el caso.

—Pues ya lo sabe usted, se porta muy bien. Es el segundo de clase, y no es el primero porque estoy yo, que si no...

Un rato embarazoso en que no sé qué hacer, si quedarme o marcharme. La marquesa al parecer me recomendaría lo primero; pero yo, que no opino como la marquesa me despido.

Calla, tontín. No te dejo ir de ninguna manera. ¿Dónde vas? Aguarda a Carlitos Ya tardarán poco en venir los chicos.

Anochece. El gabinete de la marquesa está

casi a oscuras. Solo un poco de claridad se filtra por las cortinas de batista blanca que oculta el balcón y en esta penumbra encantadora me siento desfallecer y lloraría de buena gana. La marquesa no habla y yo no sé qué conversación iniciar. Medio hundido en el sofá quisiera por arte de magia desaparecer para conjurar la violencia de la situación.

De pronto la marquesa deja caer el libro que leía, se levanta y se sienta a mi lado en el sofá.

A oscuras por completo, una voz dulcemente cariñosa rezó en mi oído:

—¡Tony, Tony, qué mono eres!

Juraría que sueño.

—¡Si tú supieras!

Y la voz no vuelve a inquietarme.

En silencio, en medio de una quietud misteriosa, una boca busca la mía y unos dientes menudos me muerden la lengua; me siento furiosamente besado en los ojos, y una mano ávida me registra descubriendo lo apetecido. Yo inmóvil empiezo a comprender. La mano emprende diestramente una tarea agradable para mí y al principio no me satisface porque no estoy acostumbrado a manejos extraños; pero acabo por tumbarme completamente para facilitar la labor de esa mano suavísima y microscópica, por su facultad de agrandar

los objetos. Claro que acabo exasperándome, porque siempre que emprendo una aventura sea con quien sea, no pasamos de esto, como si no existieran en el mundo otros recursos o como si esto fuera la novedad del día.

Menos mal que la mano parece percatarse de mi pensamiento y bruscamente abandona su empresa para cerrar la puerta con llave, y no tarda dos minutos en levantarme y desnudarme. Al volverme a acostar en el sofá, está ocupado y lo hago boca abajo. Ahora la mano sirve de guía y siento una rara impresión que va traduciéndose en placer según me oprimo nerviosamente contra el cuerpo que me separa del sofá.

¡Dios mío, ya es hora! ¡Ya... ya... ya...! Tanto tiempo soñando con *esto* que ahora no tiene para mí sabor de realidad! Me parece que estoy leyendo una novela erótica o todo lo más que atravieso por un sueño alocado. Experimento análoga sensación a la del vendedor de aceitunas de las mil y una noches, que sin esperarlo ni darse cuenta, hállase de repente acostado sobre la hija de un rey. Si la marquesa de Flores no es hija de una testa coronada merecería serlo por sus admirables cualidades y radiante generosidad.

¡Qué placer! Me desmayo y por un momen-

to pienso hallarme en otro mundo delicioso del que nunca quisiera volver.

Y así media hora sin hacer ruido. Junta con otra mi boca y junto con otro mi cuerpo.

Pasado un cuarto de hora, la mano vuelve a entrar en funciones para separarnos, y luego me viste amorosamente.

—¿Me quieres?—pregunta a mi oído la boquita que he besado.

—No tengo inconveniente—contesto.

Se hace la luz y aquí no ha pasado nada. La marquesa está en su silla con el libro en la mano.

—¿Habré sido víctima de una pesadilla?—me pregunto.

En vista de que no vienen los chicos decido retirarme y noto que la marquesa no se opone.

—Indudablemente no he soñado—me respondo.

Llego a casa bajo la impresión que ha obrado en mí la escena del sofá y aunque al principio no acierto a explicármela, después de deducción en deducción consigo darme cuenta de todo.

Como atropelladamente—¿por qué, Dios mío?—y ya en la cama reflexiono sobre la

trascendencia de mi aventura de hoy. Es la primera vez en mi vida que voy tan lejos con una mujer y justo es reconocer que aunque metiéndome en terreno desconocido procedí valientemente y no estuve incorrecto. ¡Lo que hace conocer teóricamente una asignatura!...

Eso sí, temo que la marquesa—digo María Luisa—no haya quedado satisfecha de mi parquedad puesto que solo he podido demostrarla tres veces que no me era indiferente; pero es que es más fácil tener la boca abierta que el brazo estirado. Además ¡es la primera vez! y los actores, mucho mejor que la noche del estreno representan la obra en días consecutivos.

¡Uf, qué sueño! ¡Me dormí!

III

TREINTA Y UNO de Diciembre...

Navidad está en su apogeo y reina un tiempo magnífico que hace más amable las vacaciones.

Esta tarde salgo con Carlos y su madre a ver los nacimientos de Santa Cruz, y allí encontramos a tía Enriqueta con dos amigas suyas y a mi primita Anita con la exquisita Mery.

Le decimos adiós por la ventanilla del coche y Anita no deja de mirar a Carlos con curiosidad malsana. Concibo su inquietud porque en tres meses que somos amigos, no lo conocía personalmente aún, y disculpo el brillo de los hermosos ojos de mi prima contemplando a mi compañero de colegio que en realidad es un chico muy guapo.

—¿Sabes que tu prima es una divinidad?—exclama la madre de Flores—¡Qué chiquilla más linda! ¡Parece una muñeca!

—¡Es verdad!—agrega Carlos.—¡Qué criatura más bonita! Se parece algo a tí; solo que ella es rubia y parece aún más blanca.—Luego a mi oído murmura en un descuido de su madre.—¡Chico, no te ofendas, pero tu prima Anita me gusta una enormidad! ¡Lo que es como yo tuviera una prima así, no quiero pensar lo que iba a pasar en casa cualquier día!...

En todo el camino, no se cansa la marquesa de pellizcarme aprovechando las distracciones de su hijo, como si en lugar de tres días que llevamos sin cometer ninguna maldad, hiciera cinco años, y al bajar Flores en *La Mallorquina* por el postre, llega en su desenfreno a donde no llegaría una bacante enloquecida.

El auto nos pasea luego por la Castellana y si en el desfile no me pongo serio, vuelvo incompleto a casa.

A las siete me dejan en el hotel. Abrazo a Carlos—¡cómo aprieta el condenado!—y estrecho la mano de su madre como los niños bien educaditos. Carlos asoma la cabeza por la ventanilla del coche sonriéndome y yo le despido agitando un pañuelo, antes de cerrar la puerta de la verja.

Anita me increpa a mi llegada.

—¡Pícaro! ¡Qué amigos tan guapos tienes! ¡Ya podías buscarme tres o cuatro así!...

—¡Anita!—gime su madre—¡no seas loca! ¡Si te oyera tu padre!...

—Bueno, cuatro no,—rectifica Anita—porque son muchos; pero uno sí. Yo necesito un amigo a todo trance.

—Anita—insiste tía Enriqueta—no desvaríes.

—Sí, mamá. Pero ¿no soy una muchacha que ya pronto cumpliré catorce años? ¿Qué de particular tiene que quiera un novio? Tú según dices te casaste a los trece. Yo no pido tanto, con un novio me conformo.

Y calla. Pero a la hora de cenar me recrimina con los ojos. Disculpo su indignación porque mi prima ya ha entrado en la edad en que las muchachas suspiran por un galán que las cante a la reja, y al ver a Carlos—¡es claro!—ha tenido que sobreexcitarse.

¡Pobre Anita! Lo siento porque como bonita es bonita, y siempre es un dolor que una linda muchacha sufra por cualquier cosa. No contesto a la miradas retadoras que me dirige y me entretengo en pasar revista a sus encantos.

La verdad es que tiene razón Carlos. Mi prima—no me había fijado hasta hoy—es una criatura monísima. Tan blanca, con los ojos tan negros y el pelo tan rubio, la nariz a la griega, la boca algo menuda y la barbilla pun-

tiaguda y sonrosada, resulta una mujercita adorable, cuya belleza aumentan los lazos del pelo que sujetan sus rizos al lado izquierdo y el traje azul marino muy ceñido, con pieles por abajo.

¡Muy mona! ¡Sí; muy mona! ¡Una muñeca preciosa, como dice la madre de Flores! ¡Me gusta! ¡Vaya si me gusta! ¿Cómo no me había fijado yo antes? ¡Más que gustarme me alucina!

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Seré capaz de haberme dejado cautivar por los hechizos de mi prima después de tantos años de vivir indiferente junto a ellos?...

Pues lamentable es confesarlo; pero... así sucede.

He aquí un caso tan gracioso como vulgar: un primo enamorado de una prima. Reflexiono, engullendo rosbiff, sobre la gravedad y trascendencia de mi descubrimiento y busco anhelosamente una explicación que me convenza del por qué de este súbito enamoramiento, sin encontrarla.

Me he enamorado, porque sí. Por una manifestación de ese desequilibrio que creo haber notado en mí y que tal vez me haga mañana enamorarme de tía Enriqueta... o de tío Manuel. También es posible que no esté enamorado, sino que sienta únicamente un deseo malsano de confabulación erótica.

Anita comiendo hace esta noche una serie de coqueterías intolerables y se diría que ha descubierto mi inoportuna pasión y trata de alentarla. Deja de mirarme irritada y se sonríe con la expresión de Salomé—princesa de Judea—el grabado del comedor.

Loco por las sonrisas de mi prima, me levanto de la mesa, doy mis besos de despedida a mis tíos y me retiro a mi cuarto. Me acuesto y no concilio el sueño. La imaginación sigue torturándome con el recuerdo de Anita y me parece que una voz desconocida —la del Pecado acaso—murmura a mis oídos palabras dulces, insinuantes, animadoras a una aventura culpable. Esta voz misteriosa y alentadora me impide dormir afeándome mi pusilanimidad y repite sin cesar con su perverso acento:

«El Pecado es la más sabrosa de las prohibiciones, y la Moral y los Prejuicios unos señores absurdos que sistemáticamente se oponen a nuestra felicidad»...

—¿Si iré a volverme loco?—me digo oyendo que en el reloj del comedor dan las doce.

Calma completa; no se oye ningún ruido y todos duermen.

De improviso en la alcoba contigua—la de Anita—encienden luz y siento que mi prima se levanta de su cama, abre un armario, luego lo vuelve a cerrar y se mete en la cama dejando la luz encendida lo menos diez minutos. Detengo la respiración mientras me pregunto intrigado. ¿Qué hará? y lo comprendo todo—como en las comedias—al escuchar el ruido de una mano volviendo las hojas de un libro. Anita lee.

Sin poderme contener salto a oscuras de mi lecho, salgo al pasillo—¡qué frío!—y miro por la cerradura del cuarto de mi prima. En efecto, Anita lee ávidamente devorando casi el tomo y me horripilo llorando por su inocencia muerta. ¡La muy bribona! Por la pasta reconozco *Mi pieza (Memorias de un artillero)* una novela del tío que ha debido de arramblarla de la biblioteca en un momento en que la habitación maldita encontrábase abierta. ¡Con los grabados que tiene, Dios mío!... Me explico que la indecentona elija estas horas para deleitarse con tal libro! ¡Como que una lámina representa un hombre y una mujer haciendo porquerías, otra una mujer y un hombre en variaciones sobre el mismo tema y así sucesivamente las restantes. ¡Hasta un analfabeto se enteraría del argumento de la obra!

Anita parece angustiada por la lectura y hasta los ojos se le hunden como abrasados por la llama de un deseo prohibido. La camisa se le ha deslizado dejando al descubierto unos hombros exquisitos, que deben de saber a chocolate Suchard y su pecho tiembla levemente entre una nube de encajes vaporosos. No resisto a la tentación porque aquello es superior a mis fuerzas, y además me estoy helando en el pasillo, y abro la puerta. Anita apaga la luz, esconde el libro bajo la almohada y yo, cautelosamente, me acerco a ella diciendo muy quedito:

—Anita, no te asustes; soy yo.

—¡Tony!—exclama ella—¿Qué quieres?

—Vengo a decirte una cosa.

Mi prima repuesta del susto recobra la calma y aunque no enciende la luz me suplica:

—¿Qué quieres? Dí; ¿qué quieres?

—Decirte que mañana vendrá Carlos a casa.

—¿Nada más? — pregunta ella con voz opaca.

—Sí; muchas cosas más que te iré diciendo; pero... tengo frío; déjame que me meta en tu cama.

Anita se debe ruborizar por mi proposición y no responde. Yo valeroso aprovecho

su silencio y su estupor para inmiscuirme en su lecho.

—¡Tony!... ¡qué estás haciendo! ¡Si se enterasen!—suspiró ella.

—No se enterarán—respondo yo con voz tranquilizadora.

Mi prima se baja la camisa instintivamente todo lo que puede, y yo, que tengo gran frío por el tiempo que falto de la cama, me arroximo a ella que a mi contacto se estremece como si la hubiera picado un reptil.

—Anita, tengo frío...—murmuro acercándome más ella.

Mi prima no contesta. Ese instinto que nos advierte el peligro la hace enmudecer y yo tampoco me atrevo a decir nada. Cuando el frío desaparece, reacciono y mi rostro besa audazmente al de Anita. A ella entonces le castañetean los dientes y yo acaricio sus brazos suavemente, besándola en el pecho con voluptuosidad. Anita respira fatigosamente, sin rechazarme, y yo envalentonado procuro levantar su camisita; pero se la ha ajustado al cuerpo y resulta difícil mi tarea.

Otro beso en la boca, un beso que es más bien un mordisco, y el obstáculo queda por encima de su cintura. Momento decisivo. Mi prima tiembla de un modo alarmante al advertir mis propósitos y cruza las piernas defendiéndose; pero nuevos y ardientes besos la desfallecen haciendo latir su corazón con violencia.

Primero me incrusto a ella nada más; pero Anita se enardece y se agita de tal modo junto a mí, que casi me hace daño. Luego trata de iniciarme en un camino que ya me figuraba y el pecado comienza.

Anita inundada por un oleaje de curiosidades y deseos, enloquecida por el fuego que la abrasa, me muerde furiosamente y estremecida por bruscas sacudidas me pide que calme su delirio totalmente.

Yo paso unos momentos de angustia parecidos a los de una persona que trata de forzar una cerradura, y cuando en un desesperado y bravo esfuerzo de mi parte queda el cerrojo descorrido para siempre, Anita y yo nos embriagamos de placer sintiéndonos transportados a la Gloria. Luego ella suspira dolorosamente pugnando por contener sus sollozos y yo para consolarla oprimo su cuerpo entre mis brazos hartándome de su carne perfumada.

Estrechamente unidos y abrazados cambiamos largos besos como presintiendo que no vamos a repetir esta locura, hasta que dos campanadas nos sacan de este éxtasis amoroso.

—¡Qué hemos hecho, Anita!—exclamo.

Me levanto y tambaleándome torno a mi cuarto. Ya en mi cama quedo satisfecho.

¡Anita ha sido mía!

Luego me arrepiento y me dan ganas de llorar. ¡El caso es que si pudiera remediar lo ocurrido!... ¡Pobre Anita!...

A dormir... a dormir...

IV

UNO de Enero de 1911...

Me voy solito a la Castellana, sin desayunar, a pasear a pie luciendo mi primer pantalón largo que ha sido necesario adoptar a exigencias de mi desarrollo. No he querido ver a Anita porque la conciencia osa remorderme por mi fechoría de ayer y necesito que el aire fresco de la mañana despeje mi cabeza incendiada.

Yo no trato de sostener mi inocencia. Es muy posible que haya obrado anoche pésimamente; pero creo que el medio ambiente es el que ha favorecido la catástrofe. Y es que triunfante de la aparente moralidad que reina en casa, percíbese el aroma de sensualidad que despide la bibloteca del tío Manuel. Indudablemente casi todos los individuos del hogar estamos inflamados de una lujuria triste y escondida que algún día tenía que estallar violentamente.

Es inútil que tío Manuel trate de cautivarnos con sus himnos a la santidad doméstica. La moral de sus libros influye en nuestras existencias implacablemente, y el mal que sin duda alguna causan sus novelas en otros hogares es el mismo que produce en el suyo. Anita, Mery y yo, aspiramos por la obra literaria de tío Manuel una ética malsana y en sus páginas excitantes encontramos el fuego que nos consume silenciosamente.

Ni a mí me ha parecido monstruoso asaltar la alcoba de mi prima ni a ella complacerme. Estamos acostumbrados a ver en las obras del tío la apología del incesto o del adulterio y cualquiera situación erótica, por ignominiosa que sea, nos parece la cosa más natural del mundo. Yo me maravillo de que hayamos podido estar tanto tiempo engañándonos unos a otros. Todos estamos enfermos de obscenidad y debido únicamente a la estrechísima vigilancia y al aislamiento en que vivimos nos ha sobrevivido hasta ahora el fracaso de las caretas. Pero ya nos hemos despojado de las máscaras que velaban nuestra putrefacción moral. Anita y Mery están prostituídas espiritualmente como lo estoy yo, y como es posible que lo esté tía Enriqueta.

Sentado en un banco de Recoletos medito sobre la trascendencia de la escena de anoche

y recordando cómo fué la cosa, me admiro de encontrarla demasiado sencilla. Jamás pude yo imaginar que la perpetración de un acto así fuera cosa tan rápida y tan fácil. Pero, ea, yo creo que estoy dando a la cuestión una importancia que no tiene y que estoy divagando lamentablemente sobre lo que, como diría tío Manuel, no son «sino lógicas manifestaciones de la Naturaleza» en las mujeres y en los hombres, agudizadas anoche en mí, por las palabras de Carlos y en Anita por la lectura de una novela erótica con grabados elocuentísimos. Y en este caso, además, actuaron de cómplices, la ocasión... que como es sabido hace al ladrón y la sugestión de la carne fresca, aunque sea de la familia. Después..., la visión del pecado nos enmudece y la obscuridad nos presta audacia, unas piernas que se cruzan con las nuestras nos hacen olvidarnos de nosotros mismos, unas caricias oportunas nos hacen olvidarnos de los demás; y la sabiduría y el entusiasmo de una de las partes beligerantes, obran el milagro de unir con lazo mágico e incomparable a dos seres que antes no se atraían ni por la dulce influencia de la belleza.

¡Oh! Anoche, con quien quiera que hubiese entrado, Anita hubiera cumplido el precepto de dar posada al peregrino y mi delito se

amengua al pensar que peor fuera que el seductor no estuviese en la familia. Yo al menos me callaré y no lo sabrá nadie, pero un extraño... se lo iría contando hasta el portero de su casa...

Bueno...; pero así y todo... a pesar de los atenuantes... reflexionando seriamente... reconozco que obré mal deslizándome en el lecho de mi prima y mi arrepentimiento es sincero. No volverá a repetirse lo ocurrido y eso tendrá que agradecerme el esposo de Anita el día de mañana. Claro que hay cosas que se rompen y no tienen compostura; pero en fin... con cierta habilidad pueden pasar por nuevas en un momento decisivo...

Las siete de la tarde.

Estoy solo en casa, pues Anita que, por cierto, no me ha mirado en la mesa, ha salido de visitas con mi tía Enriqueta y el tío está en su oficina probablemente urdiendo las amenísimas atrocidades de su próxima novela, *Entre sábanas*.

No he querido traerme a Carlos porque necesito reposo y, tumbado en el diván de mi cuarto, con la indolencia de Armando Villa-

moral, recapacito nuevamente sobre lo de anoche. Quisiera olvidar la caída de Anita; pero me es imposible. Cuanto más trato de alejar su imagen de mi mente, más cerca la veo; en camisa, con las piernas cruzadas y recriminándome por la desgracia que le he ocasionado, si desgracia se puede llamar a proporcionarle un gustazo máximo. Casi me alivia el pensar que los tíos puedan casarnos dentro de unos años y entonces no se habrá perdido ni el honor.

A las siete y veinte, la puerta de mi cuarto se va abriendo poco a poco, con suavidad inquietante y la silueta de Mery se recorta sobre las cortinas de terciopelo de la puerta y luego avanza sigilosamente hasta sentarse a mi lado. Yo en tanto, intrigado por su silencio espero los acontecimientos.

—Tony—exclama ella después de un breve rato de mudez.—¡Lo sé todo!

Palidezco. Al criminal cualquier frase basta para desconcertarlo.

—Sí; todo,—insiste Mery. Sé donde has estado anoche y lo que hicisteis. ¡Una cosa muy fea! ¡Y lo ha de saber el tío, porque yo no quiero responsabilidades! Además me iré de vuestra casa. ¡Qué vergüenza! ¡Hasta ahí podían llegar las cosas! Tú no piensas que ya eres un hombre...

Y dicho esto se levanta con intención de retirarse.

—Mery, Mery—imploro.—Oígame usted, se lo suplico.

Mery implacable no se detiene y me deja solo cerrando tras sí la puerta. Se va digna, señorial y contrariada y por primera vez en mi vida me desespero. Mas afortunadamente me rehago en seguida y una idea luminosa me asalta.

¡Ya domesticaré a la francesita!

Las diez.

¡Qué diferencia de la comida de ayer a la de hoy!

Los tíos están cariacontecidos como si estuviesen en el secreto de mi crimen y Anita delatando con la expresión que está violada. Yo soy el único que parece el de siempre.

¿Causa de la tristeza de los tíos?

A tío Manuel le han robado en el tranvía, aprovechando su distracción, la cartera, un tomo de «Poesías de la Carne» que iba a publicar un autor novel, el bastón y los lentes—si se descuida le quitan los calzoncillos—y a tía Enriqueta le han dirigido un anónimo firmado con las iniciales de Melquiades Alvarez anunciándole que le van a cortar el pescuezo

si no cesa en su campaña contra las escuelas laicas.

Los comentarios son, sobre tan desagradables sucesos y tío Manuel jura tener desde mañana más cuidado de sus bártulos y tía Enriqueta no ensañarse con los iconoclastas. Esta es la cuarta vez que despojan a tío Manuel en la calle. Y su distracción es casi punible, pues no se ocupa ni de su mujer. Así sucede que ella tiene que entretener su ocio organizando campañas absurdas contra gente que no se meten con ella para nada.

Termina la comida y cada cual a su cuarto. Yo en el mío empiezo a desnudarme y siento a Anita entrar en el suyo. Oigo perfectamente como se encierra con llave y aunque es una precaución inútil porque no pensaba volver, me indica que Anita se halla arrepentida de la maldad de anoche.

¡Bien por Anita! ¡No me llevé todo su honor!

Arropado hasta los ojos escucho dar las doce.

—Esta es la hora—me digo.

Me levanto y en camisa de dormir salgo al pasillo a oscuras. Cuento la segunda puerta y ¡zás! allí me cuelo. Es el cuarto de Mery y

con la rapidez de un relámpago me introduzco en su cama. Mery se despierta bruscamente al darse cuenta de la irrupción de un extranjero en su lecho y grita ¡socorro! encendiendo la luz.

—Mery, calle usted por Dios. Soy yo. No vengo a nada malo.

—Fuera, cochón, fuera de mi cama—insiste Mery.

—No, Mery; no me voy; tiene usted que oirme antes. Y no grite porque si viene alguien y me vé en su cama no es mi reputación la que va a salir perdiendo.

Mery se despabila completamente y se calla separándose furiosa de mí todo lo que puede, mas yo la sujeto por detrás de la cintura con denuedo.

—Mery, que no voy a hacerla nada malo.

Gasto en balde un cuarto de hora lo menos convenciendo a Mery de que vengo con buenos fines, pues ya sabe ella a qué atenerse respecto a las intenciones de un muchacho en camisa a altas horas de la noche y no se deja engañar.

—Mery—la digo—prométame usted que no va a decir nada de lo que pasó anoche.

—Ya veré. Lo diré todo si no te vas.

—Mery—suplico—si no hicimos nada.

—¡Sí, nada!—dice Mery burlona.

Y con mimo travieso desplegando todo el arte de un tenorio inédito explico a Mery minuciosamente *lo que fué* cruzando diestramente mis piernas con las suyas.

¡La pícara carne! Mery de esquiva, tórnase en discreta—¡hay cosas que solo se rechazan poco tiempo!—y maquinalmente me acaricia; pero sin deponer su actitud, pues ella, según dice, está ¡muy indignada!

—¿Y no hay algún recurso para que esa indignación desaparezca?—pregunto.

Mery por toda contestación se incrusta dignamente a mí como si tratara de fundir nuestros cuerpos en uno solo, y luego susurra a mi oído unas palabras que me hacen temblar de asombro y de inquietud. Pero ella sabe insistir tan felinamente que no resisto a su capricho y aumenta la lista de mis pecados uno más de marcado sabor francés, y relacionado con la Aritmética. Mery se muestra avara de su virtud y recurre a procedimientos extraordinarios para deleitarse sin perder su más preciado encanto. Y su talento para adoptar un gesto gallardo en estos momentos es tan grande, que la salva de aparecer como loca o perversa en la combinación de ese sensacional número de gabinete que siempre parece el mismo desde cualquier punto que se contemple.

El placer que experimenté con la marquesa de Flores fué de sorpresa, y el de Anita no fué del todo perfecto porque estábamos sobresaltados; pero Mery que tiene la vehemencia de la marquesa y el sabor agradable de Anita—sabor de juventud—es para mí la revelación del goce sensual extremadamente refinado.

Después de un espasmo inolvidable, nuestros cuerpos vuelven a reunirse superficialmente y ambos creemos morir víctimas de un enervamiento embriagador. Mery me coloca una mano entre sus pechos y otra por detrás de su nuca y ella cruza las suyas por detrás de mi cintura. ¡Qué placer¡ ¡Qué placer! ¡Qué placer! Y pensar que Dios expulsó a Adán y Eva del paraíso por hacer algo parecido a esto! ¡Cómo se conoce que no sabía lo que son estas cosas!

Sumidos en el sopor, permanecemos largo rato hasta que el reloj nos vuelve a la realidad, anunciando las tres de la madrugada. ¡Hemos gozado tres horas! ¡Buen principio de año!

Retorno a mi cuarto henchido de felicidad y antes de retirarme doy a Mery en la boca uno de esos besos de película, ávidos y prolongados que no se acaban nunca, que más bien son un mordisco.

—Adiós, amor mío.
—Adiós, mon bebé.

Al meterme en mi cama pienso que no cambiaría mi puesto en la tierra por uno en el cielo.

V

TRES de enero...

La alegría me invade con gran escándalo de tía Enriqueta que supone—¡ah, ligeral—que he de entristecerme porque al tío le desvalijen y a ella la prometan degollarla. Anita se pasa el día observándome y Mery sonriendo cuando pasa por su lado.

He empleado la mañana en arreglar mi cuarto y repasando los libros porque el día 9 se reanudan las clases. Las vacaciones se me han hecho agradables porque holgué de lo lindo y yací hasta la hartura.

¡María Luisa! ¡Anita! ¡Mery! escribo estos tres nombre repetidas veces en los márgenes de la química. Así por orden de posesión: ¡María Luisa! Anita y Mery.

Tenemos hoy un pavo *estupefacto*, como diría Colombo. Un pavo rojo y reluciente como las regias posaderas de Chacón y mientras nos lo comemos yo entono un madrigal a

las carnes del ave doradas por la grasa y a la majestad de su postura en la fuente rodeado de temblorosa gelatina. ¡Soberbio pavo, vive Dios!...

Mi prima me mira de reojo sin rencor, el tío distraído con la lectura no advierte el torneo que sostienen mis miradas con las de la rozagante Anita; y tía Enriqueta devora en silencio, con austeridad solemne, como si meditase un poco.

Al servirse el café penetra en el comedor una señora acompañada de tres hijas suyas, enlutadas las cuatro, a cual más sorprendentes. Se llama la señora de Zarauz y viene con sus tres fetos a proponer a tía Enriqueta que dé una conferencia contra las escuelas laicas.

Tía Enriqueta palidece como si la hubieran propuesto castrar al Presidente del Consejo de Ministros y recobrando el color se niega exhibiendo el anónimo reformista últimamente recibido. Las tres beatillas que perpetúan la fealdad de su madre, ponen el grito en el cielo y encomiendan a tía Enriqueta al Señor como si ya la viesen con la cabeza separada del tronco.

Tío Manuel se retira después de servirlas el café y las cuatro malditas acompañan la degustación con jaculatorias.

Las veo beber conteniendo la risa y hago cálculos sobre los años que sumarían las cuatro; pero como no domino los logaritmos me quedo con las ganas. La señora Zarauz hace elogios de Anita proponiendo a tía Enriqueta que la haga monja, y a mí me aconseja que estudie para cura. Vacilo entre blasfemar en su presencia o apalearla; pero opto por echarle en vez de azúcar, sal en el café. La arpía nota algo extraño en el sabor del líquido y lo manifiesta. Las hijas, tía Enriqueta, Anita y yo sostenemos que el café está inmejorable y entonces hace la señal de la cruz sobre la taza,—¡sí, como que se va a ir la sal por este procedimiento!—y torna a beber. Insiste en lo dicho y yo para desconcertarla lo pruebo.

—¡Riquísimo, señora, riquísimo!—exclamo venciendo mi repugnancia.

—¡Dios mío! ¿si seré víctima de las asechanzas de Satán?—murmura.

Y se bebe la taza de un trago con gran regocijo mío.

Las hijas me preguntan multitud de cosas que no debían importarles nada y luego acorralan a Anita en vista de que yo me despido para ir a casa de Flores. Y se quedan compungidas las cuatro, profetizando un triste fin a tía Enriqueta si no prosigue en su tarea contra los enemigos de la religión católica.

VI

SEIS de Enero.

Las doce y media de la noche de Reyes. Abstraído en mis voluptuosidades íntimas vuelvo a la realidad tras un momento breve, pero delicioso, en que la carne dominó el espíritu.

Si los tíos no se olvidan de nosotros, mañana al despertar Anita y yo encontraremos a los pies de nuestras camas respectivas el obsequio anual de los Santos Monarcas. Tres o cuatro días antes de esta fiesta, los tíos nos preguntan con cierta diplomacia qué juguetes ansiamos y la noche de este día los Reyes a su paso por Madrid nos dejan como obsequio —¡oh, que clarividencia la suya!—lo que deseábamos hacía cuatro.

Los tíos hasta ahora han tenido el buen acuerdo de no deshacer la primitiva leyenda

que todos los chicos sospechamos desde los seis abriles y Anita y yo velando por nuestros intereses tampoco hemos querido darnos por enterados.

¡Oh el adorable candor de las familias honradas y creyentes!

Esta noche no he pasado al cuarto de Mery para atentar al más absurdo de los mandamientos de Nuestra Santa Madre Iglesia, porque me he conformado con imaginarme que era ella la que venía a mi cama.

Prefiero, como los buenos generales, una batalla a un simulacro; pero ¿qué hubieran dicho los tíos, digo los Reyes, al no hallarme en el lecho?

¡Quién sabe si luego hubiera sido necesario quemar papel de Armenia por toda la corte celestial!

La puerta de mi cuarto se entreabre robándome a mis meditaciones el chirrido de los goznes.

Tío Manuel en ropas mínimas y cubierto con el batín escocés para evitarse constipados, pasa el primero portador de una bujía y le sigue tía Enriqueta en camisa, abrigando

sus hombros con una toquilla encarnada. Sin ruido, de puntillas, con suavidad de espectros, avanzan hacia mí. Yo me hago el durmiente; pero entreabro los ojos un poquito para buscar en tía Enriqueta lo que buscaría un chiquillo por muy casto que fuese, de una mujer en camisa y escudriño curiosamente. Al través de la camisa de batista, transparente como el agua, entreveo una hendidura horrible por la cual pasarían a la vez doce o catorce perros peleando. Asustado por la grandiosidad de aquel hueco amoroso me imagino la situación ridícula del inquilino que lo quisiera alquilar. ¡Por mi fe que con gran mobiliario todavía resultaría espacioso el tal inmueble! Tía Enriqueta debe sentir fresco en la gruta porque se cubre con la toquilla privándome de admirar su lobreguez y luego deposita a los pies de mi cama un aeroplano, un puzzle, una cadena de reloj, una pluma estilográfica y una caja de pinturas.

Tío Manuel tirita haciendo oscilar la vela que trae en la mano y tía Enriqueta sonriente se adelanta a mi cama para besarme en la frente. Después me arropa y para acariciarme introduce por entre las sábanas una manita tan intrépida que levanta el camisón de dormir —con lo único que me acuesto— y me da golpecitos en las piernas. Encantada con la

suavidad de mi piel asciende osadamente tropezando con algo que es mi orgullo y tía Enriqueta lejos de inmutarse con el hallazgo lo reconoce con cariño tornándole esponjoso con sus mimos, en tanto tío Manuel tiene la vela impávido.

Cuando ha investigado bastante, vuelve a arroparme y se retira con el tío; y en el silencio de la noche oigo la voz casi imperceptible de tía Enriqueta que anuncia a su marido:

—¿Sabes que Tony está muy desarrollado?

Cierran la puerta de mi cuarto y abren la del de Anita mientras doy media vuelta, murmurando:

—Nadie se imaginaría al celebrado novelista Manuel Fontanar fomentando en su hogar la ingenua leyenda de los Reyes Magos. Después añado:—Y el caso es que con estas cosas de la tía no voy a tener más remedio que ir al cuarto de Mery a pesar de lo que ha ocurrido antes.

Unos segundos de indecisión y en vista de que no se calma mi ansiedad, determino ir al cuarto de la bella francesita cuando los tíos se han acostado en su alcoba.

Y aquí de mi sorpresa. Mery no está sola en el lecho. La acompaña mi prima Anita que al oirme entrar enciende la luz y pregunta enrojecida:

—Tony, ¿qué haces aquí?

—Eso mismo te digo yo—respondo.—¿Qué haces aquí?

—Yo... ¡Nada!—explica mi prima.—De repente he tenido miedo a no sé qué y me he venido al cuarto de Mery.

—Sí ¿eh?—exclamo burlón—pues eso mismo me ha sucedido a mí. He tenido una pesadilla y vengo al cuarto de Mery hasta que se me pase el susto.

Mery toma la palabra para invitarme a abandonar la alcoba, pero yo desoyendo las súplicas me acerco al lecho murmurando:

—No seais crueles. Hace un frío atroz y me voy a helar. Con lo bien que estaría yo ahí entre las dos...

—¡Oh! no, de ninguna manera—interrumpe Anita,—eso sí que no.

—Bien, me iré—aseguro—pero mañana sabrá tu madre que *cuando tienes miedo* vienes a acostarte con Mery.

Mi prima apaga la luz y yo digo ¡adiós! con acento patético; pero cuando estoy cerca de a puerta lo pienso mejor y vuelvo sobre mis pasos. De un salto caigo entre Mery y Anita y antes de que puedan impedirlo me acomodo entre las dos exclamando: ¡Callad, tontísimas! ¿No veis que os traigo el mejor obsequio de los Reyes Magos?

—¡Cualquiera pensaría que gasto el cinturón eléctrico del Doctor Munyon!...

VII

Siete de Enero...

A las tres de la tarde hallo a la marquesa de Flores sola en su casa. Carlos y Abelardo han almorzado con Luisito y no volverán hasta las nueve, porque después de almorzar iban a la Comedia a una función de aficionados y el marqués ha salido estas Navidades a una finca de El Naranjal—distrito de Valencia, donde él es elegido diputado todos los años—a vigilar los arrozales.

La marquesa evoca a la diosa de la Voluptuosidad. Dos bandos rizados, de oro, sirven de marco a su rostro divino y nadie al verla supondría que cuenta treinta y cuatro años—¡Oh, los niños indiscretos!—ni menos aún que ha tenido dos chicos tan preciosos como los suyos. Me sienta sobre sus rodillas y me acaricia con embeleso.

—Tony, rico mío. ¡No sabes cuánto te quiero! ¡Te esperaba con una impaciencia!

Y otra vez me besa con más furia que antes.

Yo me encuentro en una situación violenta, pensando que si a las tres ya tiene ganas de jaleo la marquesa, me va a rendir si me quedo hasta las nueve. Apenas hablo. Me reconozco inferior en picardía y la dejo obrar a ella. Todo mi lenguaje es mímico. Eso sí, expresivo. Ella me curiosea incansable, sin dejar un rincón por escudriñar. Como me molesta hacer estas cosas a plena luz, se lo digo con toda ingenuidad a la marquesa y ella inmediatamente se levanta. Da orden a los criados de que no recibe a nadie hoy, cierra la puerta con llave y entorna las maderas del balcón para dejar el gabinete en una penumbra agradabilísima.

A las cuatro, la marquesa prepara el baño, me desnuda y me obliga a meterme en agua tibia. Yo obedezco y al poco rato su agradable desnudez me deja extasiado.

Su densa y deslumbrante cabellera rubia corre por sus espaldas semejante a un torrente de topacios y desciende hasta más abajo de la cintura. Sus senos tiernos y aterciopelados como melocotones demasiado maduros tiemblan levemente sobre su pecho sonrosado

y sus piernas se cruzan con fingido pudor para velar el templo de sus maldades, porque la marquesa no solo se parece físicamente a Carlos, sino que además posee el mismo encanto pudoroso de su hijo. Las manos delicadas de ella se entrelazan sobre el vientre, acarician el talle esbelto y sus hermosos ojos transparentes, de azul relámpago se ocultan tras los débiles párpados. Sonríe y su sonrisa triangular y encantadora es más hechicera en la semi oscuridad del *boudoir*. Con la tibieza del agua y este espectáculo tiemblo por mi digestión.

La marquesa me hace compañía en el baño cinco minutos y durante ese espacio de tiempo me frota el cuerpo con una esponja y me muerde insaciable, con lo que me enardece hasta lo indecible.

Al salir del baño, los dos nos envolvemos en una misma sábana y muy juntitos el uno frente al otro permanecemos arropados hasta secarnos. Nos vestimos, la ropa interior había quedado junto al aparato del gas y su calorcillo aumenta en lo posible mi entusiasmo amoroso. Luego volvemos al gabinete, saca la marquesa de su armario dulces y bombones y merendamos, y como no estoy acostumbrado a beber estilo «carretero», a la cuarta copa ya no sé lo que hago ni lo que digo. Entonces la

marquesa me vuelve a desnudar y me introduce en su cama, y a los dos minutos no estoy solo en el lecho. Como la habitación está casi oscura y *ainda mais* son las cinco, apenas nos distinguimos entre las sombras misteriosas del gabinete.

Las marquesa se sacia en mí. Primero se entretiene—¡ah, malvada!—en excitarme con tocamientos y luego busca su lengua la mía y se complace en mordisquearme con sus dientes menudos. Cuando yo la pido que alivie mis ardores, se niega para enardecerme más y luchamos amorosamente. Ella cruza las piernas para defenderse de mis ataques y yo valiente me obstino en franquear la entrada que me niega.

En estas escaramuzas ella se siente desfallecer y yo aprovecho la ocasión para lograr mis propósitos.

Ganas de dormir.

Yo, sobre la ilustre marquesa de Flores, duermo sin desunirme un dulce sueño y ella suspira rechinando los dientes y confesando que con nadie gozó más que conmigo. (La verdad es que tanta amabilidad me confunde y dice muy poco en favor de mis antecesores).

A las seis nos levantamos hartos de amarnos,—seamos eufemistas—encendemos la luz, y otra vez nos regalamos con dulces y Jerez para fortalecernos. A las seis y media no hay en la habitación un solo vestigio que indique que han yacido hasta el máximun dos personas. Los dulces sobrantes han vuelto al armario. El lecho, lo hemos reconstruído entre la marquesa y yo, y todo en el gabinete ha recobrado su normalidad.

¡Aquí no ha pasado nada!

La marquesa descorre la cerradura discretamente y se sienta en un sillón con la indolencia de los satisfechos. Yo me tumbo en la chaise-longue con un libro en la mano—*El ama de la casa* de Martínez Sierra—y nuestra conversación toma un aspecto demasiado vulgar para ser reproducido. Cansado de cambiar incongruencias iniciamos un oportuno silencio. Ella recapacita con la cabeza entre las manos y yo divago con la vista fija entre las páginas de la comedia del talentudo protegido de Benavente y de los Quintero.

Nadie nos molesta durante una hora hasta que el reloj anuncia las siete y media y en la calle suena desagradablemente la bocina de un automóvil que nos saca de nuestros ensueños.

Ruido en los pasillos. Risas.

Carlitos, Abelardo y su inseparable Luisito emergen en el gabinete besando los hermanos a su madre y Carlos a mí también en un transporte de alegría.

Luis sonríe maquinalmente y me aprieta la mano. Luego Abelardo y su amigo se colocan junto a la marquesa para contarle sus impresiones teatrales y yo me enfrasco con Carlos en animado diálogo. Me dice que se ha aburrido en la Comedia y que los aficionados lo han hecho muy mal.

—¡Si hubieras tú venido también! Pero no fuimos a buscarte porque mamá nos compró solo tres butacas y Abelardo no iba a prescindir de Luisito.

Yo veo aquí la táctica de la marquesa para alejar a los tres de casa con el fin de usufructuarme plenamente. ¡Las hay que son fieras!...

—¿Quieres que vayamos mañanas tú y yo a la Princesa? Es domingo y hay función a las cuatro y media. Ponen *En Flandes se ha puesto el Sol.* Solitos, sin Luis ni Abelardo porque ellos han decidido ir a pasear en automóvil a la Moncloa.

La marquesa promete darnos dinero para desarrollar el plan, yo me despido y Carlos solicita permiso de su madre para acompañarme a casa.

Por el camino Carlos no deja de parlotear.

¿Cómo se te ha ocurrido ir a casa? Si lo hubiera yo sabido hubiese renunciado a la Comedia. ¡Hace tanto tiempo que no te tengo a mi lado! ¡No sé cómo he podido estar tantos días sin verte!

Y oprime mi brazo afectuosamente y mirándome embobado.

Llegamos a casa en seguida y Carlos me abraza en la puerta del jardín antes de separarnos.

—Adiós, Tony, hasta mañana. Vendré por tí. Recuerdos a tu familia.

—Adiós, Carlos, hasta mañana.

Y de cuatro brincos me planto en el comedor y beso a los tíos. Solo faltaba yo para comer.

¡Sus, y al puré de cangrejos!...

VIII

DOMINGO, 8 de Enero...

A las doce y media tengo a Carlos en casa.

Hoy estrena un traje nuevo. Es azul oscuro, de marinera, pero con pantalón largo, idéntico al mío, con cuello a la rusa y dos hileras de botones. Completan su indumentaria una corbata escocesa, —lazo increible— cinturón de piel gris y calcetines negros de seda con zapatos de charol. Su *toilette*, como la mía, es impropia de nuestra edad y nos infantiliza descaradamente. Estamos muy *desarrollados*, como diría Colombo, para no vestir ya de americana; pero los tíos se empeñan en que aún soy un niño y como tal debo vestir y Carlos en su afán de parecerme a mí copia el indumento.

—Carlos—le digo.—Pareces mi contrafigura.

Mi observación le halaga y responde:

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

—Cosas de mamá. Dice que tú estás muy guapo así y me quiere vestir a tu manera.

Carlos conoce a tía Enriqueta y le presenta sus respetos; pero como aún no está presentado a Anita, se azara algo en su presencia. Yo hago la presentación riendo. Carlos se calma y Anita baja ruborosa la vista al suelo, mientras cruza las manos sobre el pecho.

Mery saluda a Carlos con regocijo porque se acuerda a no dudar del rato tan agradable que la proporcionó conmigo hace tres meses, el primer día que vino a casa. Flores toma el café con nosotros y dedica una frase amable al tío, que imperturbable lee sin enterarse de que está mi amigo en el comedor.

Observo que a Anita le agrada Carlos y que le mira a hurtadillas relamiéndose, porque como él lleva los pantalones muy ajustados nada puede escaparse a la perspicacia de mi prima.

—¿Estará haciendo comparaciones?

A las cuatro nos despedimos de tía Enriqueta y de la perturbadora Anita para irnos a la Princesa y llegamos con la función empezada.

Metemos el mayor ruido posible para que se fijen en nosotros—a mí sobre todo, me entusiasma causar sensación—y un espectador jura violarnos si no moderamos nuestros ímpetus. Yo que lo creo capaz de cumplir lo prometido, me siento silenciosamente reflexionando sobre la inseguridad que gozamos en Madrid los chicos revoltosos. Carlos me ruega compostura velando por su honor y transcurre el primer acto de la obra como si yo no estuviera en el teatro.

En el entreacto Carlos suelta la mano que me cogió insensiblemente al sentarnos y con los gemelos pasa revista a la sala para saludar a buen número de conocidos.

Rodrigo Díaz de Vivar y Pepito Ribes vestidos de hombrecitos—¡oh!—con las dos hermanas del primero y la *miss* de éstas, epatan en un palco. Las chicas quedan oscurecidas y medriocres junto a las «duquesitas». El abate Mansilla sube a saludarlas, con lo que «ellas» se esponjan de satisfacción y los tres se refugian en el antepalco para no salir en largo rato.

Piñana y Medrano en delanteras de principal parecen hallarse en un trono por la majestuosidad de sus posturas y Colombo con la familia de los Villamoral ocupa medio palco. La otra mitad la llena Armando solo, sentado complicadamente en voluptuosa posición.

La señora de Zaratz con sus tres momias

vivientes intranquilizan por lo macabro de sus ropas en un palco tercero—¡estas malditas siempre acercándose al Paraíso!—y Carlos calcula que entre las hijas y la madre si no se quitan años simbolizan dos siglos de vida.

Daniel Estebas, en butacas con su padre, nos saluda al vernos, e igualmente Joaquinito Mendoza que se halla en la de atrás, solo y entristecido con la expresión de angustia de una virgen que no consigue ser violada.

¡Hasta Chacón de pie en primera fila refulge en la Princesa! Luce con las manos metidas en los bolsillos su región posterior realmente soberana, capaz de despertar envidias y malos pensamientos. Tanto que al vislumbrarla se siente griego un señor espectador y manifiesta al oído de otro contiguo a mi butaca, un deseo denigrante para el simple de Chacón.

En una platea hay una señora gorda y razonablemente descotada que acabará cogiendo un catarro a los intestinos. Su marido.... o similar, se distrae en abanicarse con gran disgusto de la obesa y para calmar su furia la compra golosinas; pero al ir a coger ella un caramelo vuelca la caja y se esconden todos los bombones en el irreflexivo escote. El señor los recoge del suelo a la conclusión de su apocalíptico viaje, los devuelve a la caja y la opulenta matrona se sonroja un poquito; pero se come los caramelos.

Finaliza el monótono intermedio con que nos conturba la invisible orquesta y el segundo acto comienza.

Yo me aburro porque la Guerrero no es santa de mi devoción y me entretengo en contar los pelos que ostenta sobre las orejas un gran calvo—fila segunda número 10—calvo desde la frente hasta la espina dorsal, porque me distraen más los coquetones ricitos que besan sus orejas que los versos de Marquina. Al lado de esta extravagancia del sexo feo, una señora—quizás su manceba—acaba por intrigarme con un tocado laberíntico. Juraría que a más de su pelo se ha puesto el que le falta a su marido... o lo que sea. La cabeza es voluminosa, enrevesada, torturante, homicida,—¡ya podría copiar la sencillez capilar de su hombre!

En el segundo entreacto salimos al foyer. Las blancas paredes que adornan guirnaldas Imperio han venido muy a menos, pues están sucias como si se hubieran restregado contra ellas una tribu de poetas preciosistas.

Un acomodador de mefistofélica expresión vigila los paseos de los fumadores y otro que me recuerda al buey Apis reparte contraseñas a la puerta. Subimos al tercer piso y tropeza-

mos al descender en la escalera con «las duquesas» que salen de su palco de saludar a los Villamoral. Ellas nos saludan muy cariñosas y nosotros correspondemos con marcada frialdad. Pepito suspira lánguidamente y Díaz de Vivar pone los ojos en blanco.

Oigo a Rodrigo decir a su amiguito:

—¿Has visto, Pepín, qué guapo está Flores vestido a lo Fontanar?

Pepín suspira más lánguidamente y se agarra al brazo de su compañero para no desmayarse.

El tercer acto empieza y a su mitad bostezo porque el hombre de la cabeza desierta y la mujer del jeroglífico peinado han hecho mutis. Propongo a Carlos la fuga y nos marchamos a su casa con el mismo escándalo que vinimos. El ogro que juró violarme si metíamos ruido se queda con las ganas y al retirarnos yo le saco la lengua para exacervarlo.

En casa de Flores pasamos una hora deliciosa cambiando impresiones y recostados en la *chaise-longue* que tanto cuidan Abelardo y Luisito permanecemos un gran rato mirándonos tranquilos. Carlos acaricia con las suyas una de mis manos y yo gozo despeinándole con la otra.

—Cuánto me divierto a tu lado,—me dice

Carlos.—Hasta que te conocí no he sabido lo que era querer a una persona. ¡Eres tan bueno! ¡Si vieras qué agradable es tener un amigo a quien contar nuestras penas, aunque sean imaginarias; pero penas al fin para que nos consuele! Un amigo que participe de nuestras alegrías...

Yo le escucho arrobado. El timbre de su voz me adormece; la impresión ingenua de sus ojos claros acabará hechizándome.

—Yo también te quiero, Carlos—respondo.—Eres el primer amigo que he tenido y del que nunca quisiera prescindir. No sé como he podido vivir hasta ahora tan solo.

El silencio que reina en la casa predispone a las confidencias y a las mutuas confesiones y él me revela que es muy desgraciado.

—No he querido decírtelo nunca para que no te burlaras de mí. Es tan raro que un muchacho a mi edad tenga ya desencantos. Y los tengo. Si tú supieras... te contaré el último. Yo quiero a mi madre como no quiero a Dios. Es mi alma, mi vida, mi ilusión y el día que me acuesto sin darla un beso no duermo tranquilo. Este cariño tan intenso que yo siento por ella me ha hecho disculparle siempre sus... debilidades. Mi madre es una mujer joven aún, educada con demasiada libertad y las constantes ausencias de mi padre han afirmado

en ella sus ansias de independencia y su temperamento despreocupado. Mamá es una mujer... que no tiene prejuicios, libre... caprichosa... y como tiene una belleza bastante llamativa, no hace falta decirte lo demás... Yo siempre he encubierto las... faltas de mamá... he sido cómplice voluntario de ella porque la quiero tan ciegamente que con tal de verla contenta no me ha importado ayudarla a traicionar a papá. ¡Si ella es feliz así, qué se le va a hacer! Por otra parte me hago el cargo de que papá la ha descuidado siempre y no se ha recatado en presentarse públicamente con sus queridas oficiales, y claro... ha pasado lo que tenía que pasar. La historia de mi casa es la de casi todas las familias aristocráticas. El padre todo el día en la calle con queridas y amigotes de Club; la madre en libertad para campar impunemente por sus respetos y los chicos criándose sin freno en poder de criados complacientes. En nuestra casa ha reinado la anarquía más absoluta desde que tengo uso de razón. Abelardo ha hecho... horrores en todos los sentidos, ante la indiferencia y con la complicidad de mamá, que se divierte mucho con las... genialidades de mi hermano y solamente yo, en razón de mi sensibilidad he permanecido neutral en esta guerra doméstica limitándome a servir de tapadera a mamá para sus trapicheos.

Hasta ahora marchábamos bien en medio de lo mal que íbamos. Unos y otros guardaban cierta moderación en lo que cabe; pero de algún tiempo a esta parte mi madre ha cometido imprudencias que me traen desolado. Ya no es la aventura recatada con un... hombre de su clase. Ahora ha llegado a un verdadero desenfreno y con tal de satisfacer su capricho no repara en la importancia de sus actos. El otro día he descubierto que se... entiende con el *chauffeur* ¡figúrate qué asco! ¡Caer tan bajo! Y él que por lo visto es un sinvergüenza trata de aprovecharse de la situación saqueando a mamá de la manera más cínica y además la amenaza con el escándalo. ¡Excuso decirte! En nuestro mundo no significa nada que una casada tenga un amante. ¡Al fin y al cabo es tan corriente! Pero lo que no se perdona es el descenso. Así que no quiero decirte lo que sufro; porque estoy temiendo que el día menos pensado estalle un escándalo horroroso. Y no sé qué va a pasar en mi casa. ¡Te aseguro que estoy desesperado!

Y Carlos no puede contener unas lágrimas que empañan sus cándidos ojos. Yo concibo su angustia porque realmente es el único de su familia que tiene vergüenza. Y a tal extremo me conmueven sus lágrimas que le abrazo estrechamente y murmuro a su oído

unas palabras de consuelo. El me responde agradecido pasándose el pañuelo por el rostro.

—¡Qué bueno eres, Tony! ¡Qué bueno eres!

Pero luego al reponerme de mi pasajera emoción pienso interiormente.

—La verdad es que Daniel Estebas no tenía un concepto muy equivocado de la ilustre marquesa de Flores. Y qué buenos ratos la debe proporcionar Juan, el *chauffeur*, ese buen mozo, rubio, colosal, ancho como un armario y que como todo él responda al exterior debe de ofrecerle a su aristocrática doña Inés las mismas garantías de un caballo normando.

La verdad es que después de saber esto cualquiera se atreve a contender con la marquesa sin temor a quedar en ridículo...

IX

El mismo día por la noche...

Si no me compran en casa las píldoras Pink voy a venir a convertirme en un garbanzo. Anoche la sedienta Mery quiso beber amor y hasta que se hartó no me dejó en paz. Empezó por sacarme de mi cama cuando yo dormía tranquilamente—soñando que las once mil vírgenes se habían dedicado a la vida galante—me llevó a su alcoba y allí solo me soltó después de demostrarme cinco veces lo mucho que me adora.

Estoy atravesando una crisis terrible. La marquesa de una parte me exige que la rinda tributo y Mery de otra anda en casa continuamente buscándome incansable. En los pasillos, en la biblioteca, en el comedor, en mi cuarto, en cualquier lugar que me halle solo, se arroja sobre mí para incrustarse a mi cuerpo de la manera más rabiosa y me muerde en

las orejas o en los labios con sagrado frenesí.

Después de mi conversación con Flores he decidido suspender terminantemente mi intimidad con la marquesa. Sentiría que Carlos se enterase y esto le proporcionara algún nuevo disgusto. Y es tan buen muchacho, me profesa un afecto tan hondo y vehemente que sería imperdonable en mí proporcionarle un disgusto.

Sospecho que la interesada se va a poner como una hidra; ¡pero qué diablos! que se consuele de mi ausencia con Juan el *chauffeur* o en último caso que recurra a su marido que para eso lo tiene. También me sacrifico resignándome a Mery por todo solaz...

TERCERA PARTE

I

NUEVE de Enero...

Lunes y otra vez al colegio. Vuelvo más brioso que nunca, dispuesto a continuar siendo el número uno de los alumnos.

Tres meses me han bastado para captarme las simpatías del director y de los profesores y las antipatías de casi todos los chicos de colegio, porque reconociéndose inferiores espiritualmente tampoco se atreven conmigo físicamente.

Hace tiempo que el matón del colegio, un tal Sierra Marín, gallego él y bruto como siete, tuvo una disputa con Carlos. Mi intervención en la querella fué para propinar dos tremendas bofetadas al contrincante de mi amigo y desde entonces no hay quien se atreva contra mí. Con quince años nada más me basto para hacer frente a muchachos de diez y ocho. La tunda con que castigué al coco del colegio me valió una tarde sin recreo y la más tierna

de las miradas de Pepito Ribes cuyo comentario fué:

—¡Ay, qué hombre, qué hombre, qué hombre!—y un estremecimiento voluptuoso que me hizo desbarrar.

Los pocos amigos con que cuento afirmaron su amistad conmigo pensando quizá que eso les pone a cubierto de posibles agresiones, y sobre todo Chacón cuyas espléndidas nalgas están en continuo vejamen, no cesa de decir que si le ofuscan seré su providencia vengadora.

El director me ha saludado, cariñoso, preguntándome por mi bella prima y yo me he atrevido a revelarle el estado de postración en que se encuentra Anita a raíz de nuestro pecado. Julio Molina me ha manifestado su alegría con una mirada feroz y un abrazo espantoso y Mansilla emparedado por las «duquesas» que no parecen haber renunciado a seducirme, baja la vista al verme. Los labios de Pepito cuidosamente pintados en forma de corazón sonríen ahora prometedores a Rafaelito Carvajal, un chico nuevo que no debe tener sus mismas aficiones; pero que se restrega contra el simpático Colombo como una gatita en celo. El precioso Armando Villamoral está muy comunicativo con Rodriguito Díaz y el otro—Félix—también se complace

en cambiar impresiones con el descendiente del Cid.

En recreo, Mansilla juega con «las duquesas», los «excéntricos» (así he bautizado a los Villamoral), el famoso Chacón, Rafael Carvajal y Arístides Bagnoli, un bambino italiano que ha venido al colegio a perfeccionarse en nuestra lengua. Los ojazos negros del napolitano que tanto preocupaban en el salón de estudio a una de las «duquesas» han flechado también a la otra y empiezo a temblar por la privanza de Mansilla.

Carlos me dice que su madre está indignada conmigo, pues hace seis o siete días que no voy por allá, y yo me disculpo como puedo rogándole que lo haga ante su madre.

Lo que ella quiere es verme por su casa, que luego allí no le será difícil hacerme volver de mi acuerdo; pero yo me hago cargo de cuantos juramentos y promesas hace violentar el desnudo rubeniano de una mujer con ganas de exparcimientos amorosos y no caigo en el lazo para no tener que arrepentirme de mi poca firmeza de carácter...

Durante el recreo, don Fernando, el profesor de dibujo me ha abordado en el jardín aprovechando un momento que no estaba Carlos en el jardín para decirme:

—Caramba, señor Fontanar, ¿con que ya le han puesto a usted de pantalón largo.

—Sí—le he respondido—estoy demasiado alto para llevar las piernas al aire.

—Oh, no lo crea—interrumpe él—pase usted revista a sus compañeros de colegio y verá que los hay más altos que usted sin el odioso pantalón largo.

—No sé por qué encuentra usted odioso el pantalón largo. Hace más de hombre.

—Precisamente por eso. Ustedes los niños están encantadores vistiendo *en niños*, causando la sensación de frescura y juventud que borran esos trajes como el que hoy trae usted.—Luego cogiéndome suavemente del brazo encamina nuestros pasos hacia el quiosco rústico y prosigue:—Arriba tengo una novela de su tío que me prestó usted antes de que empezasen las vacaciones. Mil gracias por su amabilidad. Me ha interesado mucho la obra.

—Sí, ¿eh?—pregunto halagado en mi condición de sobrino del autor.

—Sí; dentro del género a que pertenece quizás sea la primera. La descripción del debut... amoroso del protagonista está admirablemente hecha...

—Desde luego—afirmo.—En la realidad todo sucede exactamente igual que como lo describe mi tío en la novela.

—¿Cómo en la realidad?—pregunta alarmado don Fernando.—¿Usted sabe?

Yo, dándome cuenta de que he ido demasiado lejos, vacilo antes de responder; pero al fin, bajo los ojos y digo sencillamente:

—Si no estuviéramos en el colegio, yo... puntualizaría; pero el respeto al lugar y a usted me impiden responder.

—¡Oh!—suplica don Fernando complacido—no se prive usted de ello. Hable sin temor alguno. Ya le he dicho que no vea usted en mí sino a un camarada. ¿Acaso no le inspiro confianza?

—Aquí, no señor.

—Pues estonces, proseguiremos nuestra conversación fuera del colegio. Conque esas tenemos ¿eh? Y yo que le creía a usted un muchacho casto y puro! ¡Yo que había pensado que me sirviera usted de modelo para el Arcángel que pienso presentar en la Exposición de Bellas Artes!

—¿Yo modelo?—pregunto sonriendo—no puedo serlo de nada más que de estudiante.

—Ya; ya me voy percatando. Ahora me explico su afán por vestirse de hombre. Le estorban a usted la inocencia y los trajes infantiles. Será entretenido oirle contar a usted «cómo fué» y con quién.—Después, tras una corta pausa, el profesor de dibujo prosigue

con voz insinuante y envolviéndome en sus miradas acariciadoras.—¿Qué tarde le puedo esperar a usted en mi estudio? Pida usted permiso en su casa diciendo donde va. Le enseñaré toda mi obra artística y si usted me lo permite le haré un apunte al pastel como obsequio a su gentileza por prestarme las novelas de su tío.

—¡Bah!—contesto yo—si es solo para eso no necesita usted molestarse. Yo me considero suficientemente pagado con su simpatía.

Los ojos de don Fernando cobran reflejos acerados y en seguida pregunta:

—¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Pasado? ¿Al otro?

—Cuando usted quiera—indico yo—pero hoy no va a poder ser porque he quedado con Carlos Flores en que vendría a merendar a mi casa y mañana... no sé, es muy posible que tenga yo que ir a la suya en justa correspondencia.

—Entonces si le parece a usted—propone don Fernando contrariado—lo dejaremos para pasado mañana.—Luego procurando dar a sus palabras una entonación misteriosa pregunta:

—Carlos y usted se quieren mucho. ¿Verdad?

—Sí, señor—contesto yo revistiéndome de

un ceño hosco.—Flores siente por mí un verdadero afecto y yo le correspondo porque lo merece. ¡Es un chico tan bueno y tan simpático!

—Si,—añade don Fernando sin darle importancia a sus palabras.—Tiene unos ojos azules muy bonitos.

—¡Yo no me he fijado en ese detalle!—exclamo agresivo mintiendo.

—Porque usted no es artista. Nosotros los que «sentimos el arte» vemos la belleza de las cosas en donde quiera que esté. Yo sé encontrar la belleza, en un mueble, en un animal, en los ojos de una persona sea cual sea su sexo...

La llegada de Carlos interrumpe nuestra conversación y don Fernando se retira dirigiendo a mi compañero de colegio unas miradas que son todo un poema. Miradas que afortunadamente se escapan a la perspicacia de Carlos que diríase la encarnación de la ingenuidad.

II

DOCE de Enero a la caída de la tarde.

Estoy en casa del profesor de dibujo, en el salón que él llama pomposamente su estudio y en cuyo decorado se adivina la intervención de manos femeninas. Quiero creer que es la esposa de don Fernando quien ha dispuesto la colocación de un diván turco, tapizado de azul eléctrico y rebosante de suntuosos almohadones en un rincón estratégico que cierra un biombo japonés con incrustaciones de nácar. Una pantalla de seda blanca con bordados de oro ilumina el salón gratamente y en uno de los extremos distingo un caballete con un lienzo donde aparece la cabeza de un chiquillo rubio que bien pudiera ser Joaquinito Mendoza. Un penetrante olor a éter y a incienso, mezclados, domina en la estancia prestándole un extraño y sugestivo encanto. Entre los dos balcones velados por cortinas de terciopelo verde con franjas de

rosas doradas, triunfa un enorme espejo donde se reflejan las porcelanas y cachivaches del estudio. El estudio de don Fernando es el estudio de un artista eminente, aristocrático y ambiguo. Casi me atrevería a afirmar que el arte no es más que un pretexto para justificar una estancia que diríase más indicada para servir de marco a una aventura equívoca. Porque todo aquí parece entonar un canto a lo malsano. En los cuadros y dibujos están en mayoría los desnudos masculinos y los retratos de adolescentes que como el Rey Luis de Baviera no se han distinguido nunca por su afición al bello sexo. Una estatuilla de Antino, otra de Apolo, otra de Narciso y un candelabro sostenido por unos gladiadores romanos que lo mismo podrían ser gladiadoras.

Don Fernando después de haberme dejado curiosear a mi antojo me pregunta:

—¿Qué le parece a usted mi estudio?

—Muy bonito—respondo—revela en su dueño un espíritu refinado.

—¡Ah, eso sí—responde don Fernando con apasionamiento—yo no soy un hombre vulgar. Afortunadamente mis viajes por el extranjero han refinado mi sensibilidad de una manera notable y tengo la coquetería de creerme un sér distinto a los que generalmente se tropiezan por este mundo.

Luego don Fernando se extiende en la descripción de sus viajes por París donde ha conocido y saboreado sensaciones inolvidables. Después de entonar un canto a la independencia con que puede hacerse *todo* en la capital de Francia, por la gran bevevolencia de sus ciudadanos, me siento junto a él en el diván de los almohadones persas y con voz velada me dice:

—Oígame usted, Fontanar. ¿Por qué no fué usted el otro día más explícito conmigo en el jardín? ¿Por qué no quiso usted decirme «cómo fué»? Le aseguro que a mí las cosas de ustedes me atraen sobremanera. Yo no soy un profesor chapado a la antigua, de estos que cuando se enteran de cualquier nimiedad de un alumno van con el chisme al director. Yo me hago el cargo de que cuando ustedes llegan a cierta edad tienen que sentir las naturales inquietudes... sexuales y me libraré muy mucho de condenarlas. Estimo que mi labor en el colegio debe limitarse a dar la clase de dibujo y nada más. Mientras usted pinte las narices de un modelo en su sitio y sombree como es debido las orejas, lo demás me tiene sin cuidado. Afortunadamente no estoy encargado de la asignatura de Moral, entre otras razones porque creo que no sirvo para ello. Soy un hombre a la mo-

dernay comprendo también hasta dondepuede llegar la libertad de ustedes, que jamás incurriría en la insensatez de hacerles prohibiciones que no iban a respetar. Me parece que no puedo hablarle con más franqueza y claridad. Ya sabe que no quiero que vea usted en mí al profesor de dibujo, sino al camarada.—En seguida, después de llamar al timbre para que entre la sirviente el té, vuelve a preguntar don Fernando:—¿Cómo fué, Fontanar? Le juro que no se lo he de decir a nadie.

La situación no puede divertirme más. De sobra sé que don Fernándo me ha traído a su casa para algo más que para hacerme un pastel. Como no soy tonto he venido a esperarlo todo y comprendo que estos son los preliminares. Este afán indecible que siento por *meterme en todos los charcos* y por desafiar las situaciones más peligrosas, me presta bríos y digo procurando dar a mi rostro la expresión más ingenua posible.

—Pues... fué una tarde algo lluviosa... Yo llegué a casa, del colegio, acompañado de Carlos Flores.

—¿Carlos Flores?—interrumpe don Fernando animándose.

—Si; Carlos Flores. En el hotel no había nadie más que Mery, una francesita preciosa, institutriz de mi prima, y Carlos y yo, después de merendar...

—Siga usted...

—Nos pusimos a jugar a las cartas con la institutriz de Anita. Convinimos en que si nosotros perdíamos pagaríamos en dinero, pero si ganábamos, ella tendría que pagar en besos. Tuvimos la suerte de ganar nosotros y... Mery apagó la luz. Nos sentamos Carlos y yo cada uno sobre una pierna de ella que se había colocado en un sillón y después de los besos... hicimos con ella algo... que también hubiéramos podido hacer solos. Y así empecé mis relaciones con ella.

—¡Una institutriz!—exclama don Fernando defraudado.

—Sí; una institutriz—repito yo.—No iba a haber debutado con una Archiduquesa de la casa de Austria o con el Obispo de Madrid-Alcalá. Posteriormente hemos ido más lejos y hace muy pocas noches... Mery me ha hecho la... concesión definitiva.

—Yo creí que iba usted a contarme algo más... interesante y decorativo.

—¿Y qué culpa tengo yo de que la cosa sucediera así?— replico.

La criada entra con el servicio del té, que coloca en una mesita árabe cerca del diván turco y don Fernando se levanta para buscar en un vargueño antiguo unas tarjetas y unas acuarelas con las cuales vuelve a sentarse a mi lado.

—Voy a corresponder a la confianza que ha depositado usted en mí, enseñándole estas postales y estos dibujos que adquirí en París. Son bastante atrevidos; pero usted no se escandalizará seguramente.

Las postales son de hombres y mujeres en total desnudez y colocados en unas actitudes definitivas. Además las parejas son a veces del mismo sexo abundando las de mujeres. Las acuarelas son escenas griegas igualmente equívocas; verdaderos primores de un anónimo dibujante libertino que se ha recreado en pintar todas las variaciones de la unión sexual. Aquí están en mayoría los efebos de la decadencia que cometen con sagrado impudor las más inesperadas monstruosidades. Sobre fondos delirantes unos griegos de silueta andrógina se gozan locamente con los ojos en éxtasis.

Don Fernando hace desfilar ante mis ojos esta antología de hipotéticas lujurias observándome con felina atención; pero no descubre en mí el menor gesto de estrañeza o asombro, lo cual no deja de inquietarle. Yo estoy tan familiarizado con estas cosas merced a la biblioteca del tío, que el profesor de dibujo pierde el tiempo inútilmente en su propósito de epatarme.

—¡Parece que nada de esto le choca a usted!—exclama don Fernando.

—Cierto—contesto—yo creí que iba usted a enseñarme algo más original y sorprendente.

Don Fernando se muerde los labios y recogiendo sus postales y acuarelas las devuelve al vargueño murmurando:

—Ahora cuando acabemos de tomar el té empezaremos su retrato al pastel. Si me sale usted bien, más adelante le haré un retrato al óleo, de cuerpo entero. Me gustaría que me sirviese usted de modelo para un Apolo desnudo.

—¿Desnudo?—interrumpo rápidamente.—No, muchas gracias, sentiría coger una pulmonía.

—Es que yo caldearía el estudio—afirma don Fernando—¿o es que teme usted no resultar lo suficientemente bien para encarnar la figura de Apolo?

—También hay algo de eso. Yo no tengo nada de escultórico. Si usted quiere retratarme vestido, yo encantado, pero eso de quitarme la ropa no me hace chiste, la verdad.

—Le advierto a usted—dice don Fernando—que no sería usted el primer alumno del colegio que lo ha hecho. Hace muy pocos días he concluído un cuadro representando un arcángel bíblico desnudo, que a estas horas estará colgado en casa de unos primos de mi

mujer. ¿Y sabe usted quien me ha servido de modelo? Joaquinito Mendoza.

—Ah, bien; eso, allá cada uno—replico—como si se quieren retratar despellejados; pero yo no quiero.

—Hace usted mal—insiste don Fernando.—Yo estoy seguro de que obtendríamos una obra bellísima. En fin... siento mucho que usted no quiera complacerme. Porque le hubiera premiado con una matrícula de honor a fin de curso.

—¡A ese precio no la acepto!—exclamo con firmeza.

—Vamos—agrega don Fernando—¿a qué si en vez de ser yo el retratista se hubiera tratado de Carlos Flores no se habría usted negado a complacerle?

—Lo mismo—proclamo con entereza.—Yo no tengo por qué quitarme la ropa más que delante de una mujer.

—¡Olvida usted, señor Fontanar, que mi proposición era puramente artística!...

—Es que de no ser así yo tampoco se la hubiera tolerado. ¿Se ha pensado usted que soy Pepito Ribes o Díaz de Vivar?

—Vamos, señor Fontanar—ruega el profesor de dibujo—no se excite usted en esa forma ni interprete torcidamente la pureza de mis intenciones. Puesto que a usted no le parece razonable mi petición no hablemos más del asunto y continuemos tan amigos como antes. De todas maneras siempre le quedaré muy reconocido por su amable visita de esta tarde. ¿Me permite usted que envíe a su primita este jarroncito de porcelana? Tendría gran satisfacción en que usted me pusiera a sus pies y saludara en mi nombre a su distinguida familia. Al mismo tiempo le felicito por ese geniecito tan... entero que posee usted. Es usted un verdadero hombrecito y debe usted pedir que lo vistan de americana cuanto antes, porque lo merece.

—Gracias—he contestado secamente.

Antes de abandonar el estudio de don Fernando, éste con voz grave y sonora me hace la última recomendación:

—Le agradeceré que tenga la bondad de no decir en el colegio que ha estado usted en esta casa. Porque los otros alumnos podrían molestarse por la preferencia y atenciones que guardo a usted.

—Sí, sí—murmuro yo por lo bajo.—¡Buen pez estás tú hecho!; pero lo que es como no te sirva de modelo desnudo esa sardina arenque de Joaquinito Mendoza, lo que es para convencerme a mí ¡te vas a ver negro!...

III

QUINCE de Enero...

Esta tarde—es hoy su cumpleaños—ha invitado en recreo Díaz de Vivar a unos cuantos amigos a tomar el te en su casa. Además de Mansilla, el encantador Pepito Ribes, Rafael Carvajal, el hermosísimo Bagnoli, el sicalíptico Chacón y Daniel Estebas, concurrirán al *five d'cloc tea* Piñana y Medrano que se han dejado convencer.

Ni a Carlos Flores ni a mí nos han invitado para asistir a tan magnífica fiesta que será a no dudar una evocación de los tiempos de la princesa de Lamballe, y yo para enterarme de lo que va a ocurrir allí me acerco a Medrano.

—¿Qué cuentas, querido Medrano? ¿Te has divertido mucho estas pascuas?

—Sí;—responde sonriendo el pintor en miniatura.—Las he pasado en casa de Piñana pintando. Todas las tardes iba yo a su casa y estábamos dibujando hasta la noche.

—Y escribiendo—interrumpe Piñana afablemente.—Si vieras qué periódicos tan bonitos hacemos.

—¿Periódicos?—interroga Carlos.

—Sí, periódicos; revistas ilustradas. Alternamos hojas de cuaderno, con papel de dibujo y yo escribo cuentos, versos y comedias, para que Medrano en las hojas correspondientes haga las ilustraciones. Una revista se llama *Iris* y es por el estilo del *Blanco y Negro*. Otra es un portfolio a semejanza de los albumes galantes de París. La titulamos *La belleza femenina* y por ella desfilan las bellezas más célebres y las amadoras famosas. Como comprenderás no se parecen; pero igual da. A nosotros nos sirve de distracción.

—Indudablemente hemos nacido para directores de periódicos —agrega Medrano enseñándome los bocetos de cuatro figuras de mujer con que piensa enriquecer uno de los números de *La belleza femenina*.

—¿Tenéis muchos números ya?—pregunto a Piñana.

—Bastantes—contesta éste—. Si queréis verlos venid una tarde a casa y os los enseñaremos.

—¿Iremos?—me consulta Carlos con los ojos.

—Ya lo creo—añado animándole con la mirada.

—Mañana, ¿eh?—ruega Piñana.

—Sí, sí, mañana—repite Medrano.

Nosotros ofrecemos cumplir sus deseos y nos despedimos de ellos.

—Mañana sabré yo—me digo por lo bajo—lo que ha pasado esta tarde en el hotel ducal. Estos dos van a ser quienes me revelen los misterios de ese aquelarre...

IV

DIECISIETE de Enero...

¡Llevo ochos días sin ir a casa de Flores!

Las siete de la tarde. Mery manda a la cocinera a un recado a la Puerta del Sol y nos quedamos ella y yo solitos en casa. ¡Completamente solos! Mery me coge por su cuenta y por primera vez en mi vida descubro un nuevo rumbo en los placeres del amor. Mery me ha convencido de que al ratón que no tiene más que un agujero lo cazan de seguida, y de que el amor se dirije en todas direcciones; mas la llegada de un criado de Carlos con una tarjeta de su madre interrumpe nuestras delicias.

«Tony precioso; como hace tanto tiempo que no vienes por aquí pide a tus tíos de mi parte permiso para almorzar con nosotros mañana martes, entendiéndose que por esto no alterarás tus clases.

Saluda en mi nombre a tu distinguida fami-

lia y recibe un saludo de todos nosotros. La marquesa de Flores».

Palidezco. Me he jurado no volver a aquella casa en mucho tiempo y si presento a los tíos esta tarjeta, al concederme su permiso me van a obligar a que falte al necesario juramento.

—Mery: haz el favor de llegarte a casa de los marqueses y decir que no puedo aceptar su invitación porque estoy enfermo.

Mery se presta a mis deseos y al poco rato de su marcha vuelven la cocinera de la Puerta del Sol y tía Enriqueta y Anita de paseo, estas dos enfurecidas, pues un caballero las ha seguido impertinente casi toda la tarde retando a tía Enriqueta a combates en pugna con la Moral, cosa muy comprensible, ya que todavía está muy fresca y rozagante, a pesar de la cuarentena en perspectiva. Toda su vida fué diez años más joven que tío Manuel; pero ahora se obstina en que toda su vida estuvo equivocada. Al oirla no tiene más que treinta años para las amigas de confianza, veintisiete para las amigas de cumplido y veinticuatro para los transeuntes, y son admisibles sus embustes porque está bien conservada. Bajita, de formas insinuantes y con andares distinguidos, su tipo es el de la locuela de veinte años, y si a esto se añade que su pelo es negrísimo, merced a los misterios de su tocador y blanca por los mismos influjos y que el sonrosado del cutis es procedente como el carmín de los labios de una acreditada perfumería francesa, resulta que tía Enriqueta es una mujercita adorable, una maja de Goya que revive dentro de la entravé de 1911 y que abusa con exceso del kool y del rinmel.

El caballero, sin convencerse de la honestidad de su coqueta perseguida, la ha importunado con proposiciones que ofenden a tío Manuel y hasta ha tenido la avilantez de ofrecerla una tarjeta con su nombre y las señas. Y lo que a tía Enriqueta le sulfura es también para Anita motivo de enojo.

En la mesa comentamos el suceso y a tío Manuel no parece impresionarle gran cosa la persecución de que ha sido víctima su cónyuge.

Anita no cesa de gruñir, contando que el desconocido las persiguió hasta las iglesias donde se refugiaban, y que aprovechó las apreturas de una novena para quitar una liga a tía Enriqueta; y tío Manuel sin inmutarse continúa comiendo como si la víctima del hurto fuese una vecina.

—Pero, hijo—le dice su costilla indignada, —¿es que te tiene sin cuidado lo que me ha ocurrido esta tarde?

Tío Manuel no responde y prosigue comiendo hierático después de exclamar angustiosamente: ¡Parece mentira que cuentes esas cosas en un hogar cristiano y honorable!, y ella al ver que no despierta ya la curiosidad ni el interés de su tirano, decide llorar despechada; pero se contiene retirándose a su alcoba después de atronar la casa con sus portazos.

Anita se pone trágica y yo improviso una cara horripilante y la comida concluye igual que si nos hubiésemos comido los huesos de un santo. Hasta Mery, contrariada, se olvida de besarme en el pasillo. Tío Manuel, imperturbable, ronronea en el comedor y yo pienso que para este hombre sería muy conveniente ser cornudo.

Así quizás se corrigiera de la indiferencia punible con que castiga a su linda mujer.

V

Dieciocho de Enero...

En todo el día no voy al colegio alegando molesta indisposición para que Flores confirme en su casa la enfermedad con que eludo el convite de su madre.

A las cinco, Carlos se presenta en casa y me saluda con un efusivo abrazo y otras demostraciones de cariño.

Temí que estuvieras muy malo—me dice, —he pasado un día atroz deseando que terminase el colegio para venir a verte. ¡Si vieras qué largos se me hacen los días que no te veo! ¡Ahora comprendo que mi hermano Abelardo se desespere cuando Luisito guarda cama!

Me callo por no contestarle que la fraternidad de Luis con Abelardo me resulta bastante sospechosa y que entre él y yo no hay intimidades que justifiquen la desesperación; pero me retengo felizmente.

—Mamá me ha encargado que te dé mu-

chos recuerdos de su parte. Supone que irás a vernos mañana o pasado y que almorzarás con nosotros el santo de papá.

Yo le doy las gracias sin prometer mi asistencia, y después de un rato de charla decidimos ir a casa de Piñana, pues ardo en deseos de saber por éste qué tal estuvo el sarao de «las duquesas».

Nos despedimos de tía Enriqueta y de Anita y a la calle.

Piñana vive al final de Lagasca, cerca de la calle de Lista, y nos abre una hermana suya, una rubia rizada de trece años, maravillosamente linda que nos pasa a su cuarto, un gabinete precioso, elegante y artísticamente decorado.

—Este cuarto—nos dice después de ofrecernos asiento—se empapeló por cuenta de papá; las cortinas corrieron a cargo de mamá; el tapiz me lo regaló mi tío Andrés; la estantería tío Román; la mesa de escribir me la he comprado yo; la sillería fué de mi abuela y al morir me la cedieron los tíos, y la instalación de la luz eléctrica me la ha hecho mi primo Antonio con globos y candelabros que he adquirido en una almoneda.

En la decoración del cuarto interviene el

espíritu de un artista. Nada desentona y todo está sabiamente colocado; pero puede decirse que en vez de tratarse del cuarto de estudio de un hombrecito de diecisiete años, parece el despacho de un artista cuarentón.

—¿Os gusta mi estudio? Yo llamo a esto mi estudio aunque no pinto nada. Despacho me resulta muy serio y cuarto de jugar muy intantil. Estudio quiere decir morada del artista y los artistas no deben tener edad.

—¿Cómo no ha venido Medrano?—pregunta Carlos.

—Vendrá más tarde—responde su amigo.

Y así ocurre; más tarde, Medrano hace su aparición y nos dice sentándose en el suelo con naturalidad:

—No sabía que íbais a venir. Como no ha ido hoy Fontanar al colegio no pudimos quedar en nada. A saber vuestra visita hubiera venido más temprano.

Piñana sale un momento y vuelve con un servicio de té. Nos ofrece de merendar con una formalidad y una corrección tan exquisitas que toda la rabia que le tomé al principio de conocerle se cambia en simpatía. No hay como ver a las personas conformes son, *al natural*, como dice Jacinto Benavente y no a través de su *posse*, pues todas las gentes por muy inteligentes que sean tienen sus ratos de afectación y de impertinencia.

Terminada nuestra merienda nos enseñan Piñana y Medrano sus obras de arte. Me entusiasmo y mi entusiasmo contagia a Flores. A ellos les halagan nuestros elogios y pasamos una hora encantadora. Al concluir de examinar los periódicos yo no puedo estar más tiempo contenido y pregunto a Piñana:

—Qué; ¿os divertísteis en casa de Rodrigo Díaz de Vivar?

Mágica pregunta. Medrano enrojeee y su amigo se encrespa.

—¡No os podéis figurar qué asquito! ¡Yo no sé donde van a ir a parar esos muchachos! ¡Os digo que lo que pasó ayer fué una lamentable indecencia! ¡Escenas de Willy! ¡Pasajes del Satiricón!

Y después de una breve pausa continúa:

—Figuraos que a las siete todos estaban borrachos, excepto Estebas y yo que no bebimos, y a propuesta del italiano se entretuvieron en... una vergüenza. No sé como contarlo, Vivar, Mansilla, Ribes, Rafael Carvajal, el napolitano, Chacón... en fin, todos, jugaron a reconstruir los explendores griegos... «Las duquesas» hicieron de cortesanas, los restantes de esclavos e improvisaron una comedia escandalosa. Ni Estebas ni yo tomamos parte en la representación; pero nos exigieron juramento de que guardaríamos silencio. Pero chicos,

hay cosas que no se deben encubrir ni bajo promesa de honor.

—Yo a última hora no fuí—explica Medrano—y lo siento porque el espectáculo debió ser emocionante.

—¡Oh, mucho!—prosigue Piñana—Vivar y Ribes estaban enloquecidos y Mansilla sin su aspecto habitual de zorro pensativo. Rafael Carvajal irradiaba felicidad; Daniel Estebas criticaba la ropa interior de todos los presentes; Chacón se tapaba los ojos sin querer ver nada—como la virgen que apagó su lámpara, y Arístides Bagnoli era el más atrevido y el que llevaba la voz cantante. Al fatigarse de «resucitar las decadencias»—como decía Ribes—descorrieron los cerrojos que prudentemente habían echado antes de comenzar sus locuras y se pusieron a jugar a las damas y al dominó, mientras yo profundamente asqueado me retiraba sin pronunciar una palabra. Estebas me ha asegurado que después de marcharme yo volvieron a correr el cerrojo y organizaron un concurso que haría enrojecer a un carretero.

Todos escuchábamos la interesante descripción de la helénica saturnal, con admiración y asombrados por tanto cinismo no nos atrevemos a levantar la vista del suelo.

—Se comprende—dice Piñana—se halla-

ban todos embriagados y cuando el napolitano propuso aquel «juego de su país» no vacilaron en aceptarlo. ¡Caramba con Arístides Bagnolis! ¡Buenas costumbres trae de los colegios romanos! Y todavía nos dijo muy serio que en Nápoles los niños de su edad cuando se reúnen en una casa «bien» en seguida hacen el concurso...

Carlos Flores, muy colorado, no sabe qué decir. Medrano abatido medita silencioso y solo la voz sonora de Piñana resuena en la estancia, anatematizando a sus compañeros de colegio. Yo con mi aire de ingenuo que por nada se asusta, comento la diversión de los alumnos del colegio Aristocrático sin darle importancia ni a Sevilla ni al Guadalquivir.

—¡Qué traviesos son algunos muchachos! —exclamo con sencillez.

—¡Qué asco! ¡qué asco!—repite Piñana.

Nos marchamos a las siete y media y en el camino Carlos obsesionado por la orgía de ayer murmura agarrándose a mi brazo:

—¡Qué gentuza, Tony! ¡Qué gentuza! ¡Yo por nada del mundo haría esas guarradas!

Asiento sonriendo satisfecho y me felicito interiormente por la confirmación de mis sospechas. Ya me figuraba yo que en casa de

Rodrigo y con aquella concurrencia no podía suceder nada católico.

Carlos me deja en casa sin cesar de repetir:

—¡Qué puercos, Tony! ¡qué asquerosos ¡mira que hacer esas cosas!....

—¡Tienes razón, son unos puercos!—le contesto—. Eso... es una porquería. ¡Lo sé por experiencia!

Y Flores me contempla espantado. Porque el pobre no está en autos de mis contubernios con Mery, ni de la sabiduría de algunas francesas.

VI

VEINTE de Enero...

He recibido sorprendido la visita de Abelardo y de su íntimo Luisito, descaradamente perfumados que venían a citarse conmigo para ir los tres el próximo domingo a casa de la Teresona. No pudimos ir en Diciembre por dificultades que no hacen al caso y quieren llevarme ahora a regalar con mi virginidad a una gachí muy guapa que se hace llamar la Tempranita.

—¡Sí, sí!—murmuro yo *sotto voce*.—¡Buena virginidad se va a llevar la Tempranita!

—Es preciso—exige Abelardo—que Carlos no se entere a donde vamos. Como es tan absurdo sería capaz de contárselo a mamá y tendríamos un disgusto.

—No lo sabes tú bien—me digo por lo bajo.

—Con dos o tres duros tendrás bastante—me dice el maldito Abelardo, guiñándome los ojos.

—Está bien—contesto.

Y luego se retiran muy cogiditos del brazo como si ambos fueran un buen matrimonio...

VII

DOMINGO, 22 de Enero por la mañana.

Ayer he convenido con Abelardo y Luis que esta tarde iríamos los tres a casa de la Teresona. La única parte difícil del programa reviste carácter económico, puesto que, según ellos, debo ir provisto de dos o tres duros. Los tíos no me pasan otra asignación que cinco pesetas dominicales, cantidad bien razonable ya que pagaban aparte los teatros cuando iba con mi preceptor, y ahora cuando voy con mi familia, los tranvías, meriendas extraordinarias, gastos de colegial, etc., etcétera; pero como no tengo ninguna propensión al ahorro, sucede que muchos domingos cuando recibo el duro, se lo debo íntegro a Anita.

Afortunadamente el de este domingo me pertenece e intacto; pero cinco pesetas no son las quince que necesito para que la visita a casa de la Teresona no fracase, por lo cual en un momento de lucidez recurro a asaltar el secreter de tía Enriqueta.

Justamente hace un rato que salió con Anita y Mery a misa de once y el tío tampoco se encuentra en casa. Se impone coger las llaves del trinchero, las del aparador, las de mi cuarto y otras que habitualmente están siempre puestas en sus cerraduras respectivas, para ver si alguna de ellas abre el secreter de tía Enriqueta aunque sea a cosa de grandes esfuerzos. Verdaderamente no es justo que ella disponga de una cajita de terciopelo bien repleta de billetes y monedas y que yo en cambio me tenga que privar de un capricho por escasez de fondos. Y si yo le pido a tía Enriqueta diez pesetas prestadas va a decirme lógicamente que para qué las necesito, y como yo no puedo justificarle su inversión, lo más sensato es que me incaute de ese dinero a título de préstamo y que dentro de dos o tres semanas se los reintegre a su dueña. No voy, pues, a cometer ningún latrocinio condenable que me rebaje ante mis propios ojos, sino voy a contratar un empréstito, cosa que no ofrece carácter de indignidad. Cierto que la forma de levantarlo no tiene nada de correcta; pero ahogo los escrúpulos de mi conciencia, reflexionando que jamás hice esto en mi vida y además no lo volveré a repetir.

Después de probar inútilmente varias llaves al fin encuentro una que parece prestarse a

mis propósitos. En efecto, después de un ligero esfuerzo, cede la cerradura y abro tranquilamente el cajón guardador del estuche de terciopelo en que tía Enriqueta tenía depositada una respetable cantidad de dinero.

Como a pesar de todo soy un chico decente y no me gusta quedarme con nada de nadie, me limito a recoger los dos duros apetecidos—¡siempre a título de préstamo!—y en seguida cierro rápidamente el cajón; pero ¿a qué negarlo?, un deseo febril de registrar el resto de los cajones del secreter me invade y no resisto a la tentación de curiosear los secretos de tía Enriqueta. Abro cuatro cajones en que no encuentro nada de particular; cartas de amigas, lazos, mechones de pelo postizo, frasquitos de perfumes, un ejemplar de la novela de tío Manuel, *La viuda consolada*, productos de tocador para el embellecimiento femenino, cajas con facturas satisfechas, libritos de ingresos y gastos, los estuches de las joyas de ella y de mi prima... Total: nada que valga la pena de forzar una cerradura.

Pero en el último cajón de abajo encuentro una caja de grandes proporciones cerrada con un broche plateado. Una caja del tamaño de las del calzado que está llena de encanto misterioso. Una caja cuya existencia yo ignoraba y que me sume en un mar de inquietudes. El

broche que la cierra es de cierta complicación y al intentar vencerlo observo que la caja pesa más que las que encierran un par de botas. ¡Oh caja atrayente y desconocida ¿qué enigma guardarás en tu interior?

¡Cielos! ¡El broche ha cedido y al levantar la tapa brilla ante mis ojos asombrados algo que espantaría a la mujer más intrépida! ¿Es un arma ofensiva o un juguete? ¿Un bibelot o un instrumento de suplicio chino? Sea lo que sea, lo cierto es que no parecía tía Enriqueta una mujer llamada a tenerlo en su poder. ¡Esto es fantástico, grandioso, de una magnificencia terrible que nos hace pensar en que el artista que lo ideó era un enfermo de sensualidad, pero desconocedor de la realidad de las cosas. El juguete de tía Enriqueta, que no me atrevo a tocar, parece de cauchou rosa y únicamente resultaría proporcionado en manos del gigante Goliat; aún así es muy seguro que su contemplación produjese escalofríos a las mujeres más valientes y a los hombres más esforzados. Yo creo que hasta amedrentaría a una vaca; pero por lo que se vé tía Enriqueta lo cuida amorosamente y lo acuesta sin temor alguno en esta caja forrada de azul celeste.

Indudablemente, con este satánico juguete se consuela tía Enriqueta de su aburrimiento conyugal. Como ya no tiene edad para jugar con muñecas se ha comprado este zeppelín que afecta una forma vaga y agresiva... y si se quiere hasta deliciosa. Mas, bien sabe Dios que este hallazgo no merma ante mí el excelente concepto que tengo formado de tía Enriqueta. Lo juzgo una consecuencia natural del desvío que tío Manuel muestra públicamente por su mujercita o como el resultado en ella de la lectura de las obras de su marido. ¡Pues sí que está buena la familia!

Ea, dejemos la caja como estaba; cerremos el cajón y devolvamos las llaves a sus cerraduras.

¡Caramba con tía Enriqueta! ¡Y yo que pensaba que era la única víctima de la casa! ¡Todavía va a resultar que es la que sale mejor parada!...

VIII

El mismo día por la noche...

Santos Vicente y Atanasio, mártires, y Tony Fontanar, compañero de San Vicente y San Atanasio.

Las dos de la madrugada y todavía no he cogido el sueño. ¿Son los recuerdos de esta tarde los que no me dejan dormir? ¡Tarde toledana! Salí a las tres y media de casa, con el dinero que me dió tío Manuel y las diez pesetas que cogí *prestadas* del secreter de tía Enriqueta y a las cuatro me reuní en la Cibeles con Abelardo y Luisito.

Fuimos a la Maison Dorée a tomar café. Los muchos parroquianos que allí estaban nos dejaron sentar indiferentes y yo contrariado al ver que pasaba inadvertido, tiré un velador y una botella se hizo añicos.

A nuestra salida, la calle de Alcalá rebosaba paseantes domingueros: el perfumado hortera; la honrada familia de artesanos que va al

Retiro con su merienda envuelta en «El País»; las pizpiretas costureras acompañadas de algún estudiantillo; la obesa mamá cursi vigilante de su retoño de treinta abriles más cursi todavía; el matrimonio—ella en estado interesante—portador de doce niños, tres doncellas y dos amas de cría que van con rumbo al Prado; los pollos calaveras que epatan en Recoletos; el sufrido empleado con cuello de pajarita y corbata *demodé;* los colegiales de doce años asesorados por sus criadas y preceptores; las burguesitas con sus misses. Esa variada fauna dominguera que circulaba por la acera de la Peña—repletos sus balcones de caras aburridas—nos interceptó el paso cuarenta veces en unión de la serie de tranvías, automóviles, coches, bicicletas y demás vehículos que pululan por el centro de las calles cuyo pavimento siempre están renovando.

Por la calle de Peligros, inundada de vendedores ambulantes de postales, vistas, cupleteras y parejas amorosas, cruzamos a la calle del Caballero de Gracia. Caballero de Gracia arriba salvamos Montera y Jacometrezo y por a calle de Mesonero ¡zas! abajo.

Cuesta empinada que no tuvimos que bajar pues la ermita de la Teresona está a mano izquierda conforme se baja.

Una casa de regular apariencia sin portera

para que no haya chismes. Subimos una escalera muy gastada—¡oh el vicio, cómo desgasta las cosas!—débilmente iluminada por unas bujías de luz eléctrica colocadas en los sitios menos a propósito y por las paredes tuve ocasión de conocer las aleluyas más expresivas y los dibujos más obscenos. De tramo en tramo había una escupidera para que los clientes escupan alrededor, y en el piso entresuelo nos colamos.

Una voz femenina gritó:

—Pasad, niños, pasad...

Y de una antesala mugrienta pasamos por un pasillo grasiento a una sala decentemente amueblada. Una sillería granate de damasco fané, una mesa grandona con tapete de encaje, cuadros en la pared de escenas galantes, un brasero cerca del balcón que dá a la calle y arrimada al brasero con una arpía, una señora muy simpática de honorable presencia que nos saludó cariñosamente.

—Hola, Abelardo. ¿Qué tal, Luisito? Hacía tiempo que no veníais por aquí... ¡Tengo un personal ahora! Se ha marchado la Antonia. ¿Sabéis? ¡La muy ladrona! y se me fueron la Paca y la Gertrudis. ¡No quiero aquí zorras! (Yo sonreí escépticamente.) He traído a dos malagueñas. ¡Cosa rica! ¡Ahora las veréis! Pero ¿no os sentá

Nosotros nos sentamos y la arpía que charlaba con la Teresona se encaró conmigo:

—¿Y tú, chavalillo, no *toreas* todavía?

—A eso lo traíamos—dice Luis.

—Es un amigo de mi hermano—añade Abelardo dando a sus palabras cierto dejo chulesco—. El pobre no sabe lo que son estas cosas y ¡claro!... de todo hay que saber en este mundo. ¡Se lo traemos a la Tempranita!

La arpía abre las fauces con estrépito, resoplando magnífica.

—Pues poquito que le gustan a ella los chicos nuevecitos, ja... ja... ¿Tenéis un pitillo?

Abelardo la complació y la Teresona gritó dos veces: ¡Manolita! ¡Manolita! En seguida apareció un sujeto detestable que chilló con acento de mujer poniéndose en jarras:

—Quiere algo la señora o los señoritos.

—Sí; dile a la Tempranita que baje.

—Corriendo, mi ama.

Y Manuela se marchó contoneándose y moviendo las caderas. La Teresona respondió a mis miradas de sorpresa, abandonando su postura señorial.

—¿Qué? ¿No has visto nunca una «marica»?

La expresión canallesca que adquirió la dueña de la casa acabó por cohibirme. Tenuemente respondí:

—No, señora.

Aquel *no señora* la conmovió y decidió obsequiarme.

—Te voy a dar una copita del tío Agustín para que no te olvides de esta casa, *salao*.

Y de un armario de luna sacó cinco vasitos, una botella de Agustín Blázquez y nos sirvió dos veces a cada uno. Cuando finalizamos el convite, bajó la Tempranita, una rubia pintada, de treinta años corridos, fondona y con aire de viciosa por convicción, de raza; su madre también debió de serlo.

—Aquí tienes este querubín, preciosa. A ver qué tal le tratas, que como este caen pocos—dijo Abelardo.

—Guapo chico—contestó la Tempranita besándome en la boca.—Andando niño, que *pa* luego es tarde.

Y la Tempranita me llevó de la mano al piso de arriba. Con nosotros se cruzaron cuatro horteras silenciosos que bajaban como de ver ajusticiar a su madre. La Tempranita comenzó a reconocerme en la escalera, *pa alegrarme*,—según ella,—pero yo la espeté:

—Chica, puedes ahorrarte este trabajo porque yo no necesito de esas cosas.

Su contestación fué morderme en una oreja. Un señorito—chulo—que también bajaba la sorprendió y rumió: ¡Buena te vas a poner, que ese es de los tuyos!

—Rico, ¿quién te va a dar a tí más gustito que yo en la vía? ¡Nadie! ¡No ha nacío quien te haga a tí gozar más que mi cuerpo!

Me encerró en una alcoba color de rosa. Por una ventana entraba tan poquísima claridad que encendimos la luz eléctrica. La cama se cubría con una colcha de raso y un tocador con agua caliente recientemente puesta por Manuela, componía con tres sillas el resto del mobiliario. ¡Ah!, y un armario de luna biselada y un gran espejo colocado a un lado de la cama.

Empecé a desnudarme, sin quitarle a ella ojo. Despojóse primero de la bata azul. Luego de una chambra blanca, después de las enaguas y por fin quedó en camisa.

—¿Quieres que me la quite?—me preguntó.

—No—contesté.

—¿Ni siquiera *pa* verme?

—Bueno—dije por no contrariarla.

Y se quedó desnuda. ¡Vaya un cuerpo bonito! Algo ajado; pero bonito, con unos pechos como rosas marchitas con botoncitos de oro. Amplias caderas, muslos bien formados, bonitas pantorrillas, algo sucias, y pies de juguete.

—¿Te gusto así?—dijo adoptando una postura voluptuosa ante el espejo.

—Mucho.

—¿Y así?—volvió a preguntarme cambiando de actitud.

—Más.

—¿Y así?—repitió nuevamente.

—De todos modos me gustas—afirmé tirándome sobre ella.

Caímos en la cama. Yo estaba enfurecido de deseos por las actitudes con que me había deslumbrado y a ella esto le agradaba extraordinariamente.

—¿Cuántos años tienes?—me dijo después de acariciarme.

—Quince y medio—respondí.

—¡Cualquiera lo diría!

Y empezó *mi desfloración*. La Tempranita me enardecía porque una mujer desnuda a nuestra disposición no es para despreciarse; pero tampoco me ilusionó. Ella ideó mil porquerías para dejarme satisfecho y lo consiguió; luego abandonóme sobre la cama realmente derrengado, como si acabase de soltar una carreta de la cual hubiese tirado tres horas.

—¡Oye, chiquillo—decía metiéndome su lengua en mi boca—si vuelves por acá no tienes que irte con ninguna más que conmigo! ¡Vidita de mi vida!

Volvimos a la sala donde nos aguardaban

Abelardo y Luisito con la Teresona y su bruja, y mientras yo concluía de recomponer mi *toilette* ella contaba a los presentes mi *desfloración* en una forma repugnantemente expresiva.

También a Abelardo y Luis le dió sus buenos ratos y a las siete salimos del templo del pecado mortal, dejando cerca de veinte pesetas entre propinas y todo.

—Toma niño—decía la Teresona dándome una tarjeta—que no te se olviden las señas de esta casa.

Ya en la calle tuvimos nuestros comentarios.

—Qué ¿te ha gustado *la cosa*?—preguntó Luis.

—¡Bah! ¡No está mal; pero creí que me iba a divertir un poco más! Lo que no os perdonaré nunca es que me hayáis traído a un sitio tan poco *chic*. Por ser la primera vez yo esperaba que me hubiéseis llevado a una casa de más postín.

—¡Anda éste! — exclamó Abelardo — ¡Si querrás que por un duro te sirvan una dama de la Reina en el salón de Gasparini...

Las doce de la noche.

Nada, que no me duermo, por más vueltas

que doy en la cama. Morfeo está hoy inatrapable y la escena de esta tarde vuelve a reproducirse ante mi vista.

El ambiente extraño de aquella casa sucia y mal oliente, con sus mujeres recluídas en distinto piso que su señora, el lenguaje desvergonzado y repugnante de la arpía y el ama arrimada al brasero leyendo K. D. T., me desconcierta y me hace reflexionar sobre la conveniencia universal de que los ayuntamientos explotasen este género de casitas. Por lo menos no las tendrían tan guarras. Allí solo hay un poco de limpieza en los cuartos de placer para los momentos culminantes; pero en el resto de la finca... vale más no hablar.

Las cuatro de la mañana. El gallo de la cuadra vecina me desvela. Si a las cinco no estoy soñando, no sé lo que va a ser de mí.

IX

FEBRERILLO, loco...

He conseguido no aparecer por casa de Carlos sin que mi ausencia despierte extrañeza.

Sigo gozando a Mery con toda mi alma y ella gozándome a mí con ansia febril. Hago excursiones nocturnas a su cuarto todos los días a las doce y algunas veces paso el resto de la noche con mi bella. Hemos comprado un despertador que se encarga de recordarnos que debo restituirme a mi lecho. Hay noches que no hacemos nada y nos contentamos con dormir muy juntitos y arropados con las piernas cruzadas fuertemente. Nuestro sueño es un beso prolongado.

Mery a solas conmigo prescinde del pudor completamente y su fraseología—no sé dónde habrá aprendido ese léxico—no tiene nada que envidiar al que escuché en casa de la Teresona. Parece como recrearse en pronunciar

palabrotas y términos soeces, y ya mi holgar con ella no me produce como antes el encanto de yacer con una señorita condescendiente, sino la sensación de revolcarme con una prostituta. Se ha encelado conmigo de tal forma, que si miro a mi prima con insistencia me amenaza con hacer revelaciones a los tíos y continuamente me da dinero para que me compre golosinas y para que fume. Le agrada que le pegue y procura dar motivos para ello. Ayer me rompió una figura de yeso de mi cuarto, a propósito naturalmente, y la dí una tunda soberana. Por lo general nuestras disputas concluyen amigablemente. Nos reconciliamos en la cama.

Carlos está cada vez más complacido con mi amistad. En el colegio no me deja solo un instante y algunas veces en el salón de estudio, mientras todos los chicos repasamos nuestras lecciones, parece evadirse a la realidad abismando sus miradas en mí. Sus transparentes ojos azules no saben mirar a otros que los míos, como si un desconocido sortilegio les obligara a vivir cautivos de mis pupilas, y he llegado a sospechar que el alma de este muchacho vive una gran tragedia que trata de ocultarme tras su risa habitual y sus

tiernas miradas de lago dormido. Le quiero porque es dulce y cariñoso como esos gatos que les gusta ser acariciados y me encanta contemplar la ingenua expresión de su rostro de muñeco, incapaz de albergar una idea culpable. Es tan dócil como mimoso y ese gran atractivo que le presta su innata delicadeza y que a mí tanto me seduce, ha hecho muchas veces en la calle volver la cabeza a los transeuntes. Carlos Flores parece el último vestigio de una raza de príncipes de cuentos de hadas, con su blancura enfermiza, su aristocrática silueta que afina el traje oscuro y los ojos claros, abiertos cándidamente en flor para reflejar la serenidad de su alma que todavía desconoce el pecado.

Mis deseos los hace suyos y cuando yo propongo algo lo acepta con deleite y admiración. No es un camarada; es más bien un esclavo sumiso que se complace en reconocerme como dueño. Si en alguna ocasión, fatigado por esa entrega total que me ha hecho de su voluntad y de su afecto, le he dado a entender que me abrumaba su compañía, se ha retirado de mi lado con un gesto tan conmovedor que no he podido por menos de acercarme a él y suplicarle abrazándole que me perdonase mi intemperancia.

Si cometí con él alguna arbitrariedad o le

dejé plantado para ir con otro amigo, no se atrevió nunca a dirigirme el más pequeño reproche, y si en un momento de alegría le comuniqué mis inquietudes o le abracé entusiasmado él supo agradecerlo siempre. Es un fantasmita que sería dichoso no separándose nunca de mí, que cuando me oye hablar, toda su atención se suspende de mi labios y que cuando estamos separados me está echando de menos. Es mejor que un amigo una especie de novia con pantalones que es muy posible me envidien algunos compañeros de colegio.

Medrano y Piñana se han aficionado a nuestra compañía y he vuelto por casa del último dos veces. El inseparable del trivial dibujante vive loco con sus lecturas—Lorrain, Rachilde y Peladan—y a fuerza de leer sueña con un ambiente extraordinario como los descriptos por sus novelistas favoritos. A todas horas nos habla del misterio de las Princesas malditas de Lorrain, de las mujeres absurdas—como *La jongleuse*—de Rachilde y de las leyendas ocultistas de Peladan. Ha cesado de rimar galanterías a la Fornarina y escribe cuentos perversos. Unos cuentos delicadamente lorrainescos que ilustra Medrano inspirándose en los dibujos herméticos de Bartolocci y Julio Antonio.

Antes de ayer hicimos feliz al profesor de Literatura leyéndole Piñana su historia trágica y maravillosa «El jardín enamorado», y yo mi travesura escénica «La señora quiere purgarse.»

Al terminarse la lectura que fué en clase de Literatura, don Jesús se levantó de su asiento, nos abrazó a los dos y casi con lágrimas en los ojos—esos ojos ahuevados que están pidiendo suspensorios—nos puso como ejemplo de alumnos a nuestros compañeros:

—Aprendan—decía con voz hueca y funeraria—de Fontanar y Piñana. A la edad en que todos ustedes solo piensan en divertirse, ellos emplean su tiempo en cultivar sus aficiones literarias, preparándose un porvenir y una reputación para el día de mañana.

Los demás nos miraron envidiosos y más aún cuando el director a instancias de don Jesús nos ha dado el título de «alumnos predilectos del Colegio Aristocrático».

Los varios jueves que hemos salido al campo, de excursión por la tarde, nos ha honrado don León con su compañía casi toda la tarde y los amargados por mi preponderancia en el colegio, no obstante los pocos meses que lle-

vo, recurren a mil argucias para restarme el favor del director.

Con este motivo he repartido tal número de bofetadas entre mis detractores que me han puesto de mote «El barranco del Lobo».

X

DIECINUEVE de Febrero...

La tranquilidad octaviana de nuestra vida íntima se ha alterado a causa de la proximidad del Carnaval.

Hasta ahora todos los años por esta época Anita salía con Mery a ver las máscaras desde una tribuna de la Castellana, tía Enriqueta pasaba las tardes en casa de alguna señora enemiga de Momo y yo con mi maldito preceptor paseaba mi yugo entre la bullanguera y sonriente concurrencia de Recoletos.

Pero en 1911 tía Enriqueta se ha sentido caprichosa y ha alquilado un landó para los cuatro días, ha adquirido la licencia para circular por el centro y ha encargado a la modista dos disfraces artísticos para Anita y para mí. También vendrá en el coche con nosotros la augusta Mery: pero esa irá como tía Enriqueta vestida de persona.

Rosario, la modista —una rubia cuarentona

todavía apetecible y más melosa que una tarta,—ha confeccionado una *toilette* de castellana antigua para Anita y un traje de paje para mí. La bribona se valió de las pruebas para ponerme en un compromiso, pues solo a ella se le ocurre soliviantar a un muchachito con malla de seda.

Tía Enriqueta estaba regocijada con el azaramiento mío y la frescura de Rosario que se disculpaba:

—¡Estos chicos son el demonio! Les elige una un disfraz de capricho y luego le dejan a una en ridículo.

Anita está como demente dentro de su ropaje de condesa, y tía Enriqueta nos ha prometido retratarnos en casa de Kaulak formando un artístico grupito. Sólo falta que el colocador sea una especie de Rosario con pantalones, y salga la fotografía como hecha para *La hoja de parra*.

¡Ah! Me van a alargar el corselete en prevención de posibles contingencias.

XI

VEINTICUATRO de Febrero...

Hacía más de un mes que no iba a casa de Carlos y hoy no he podido disculparme ante él e irremisiblemente le acompaño a tomar el te con su familia.

Su madre me recibe amabilísima y me recrimina amistosamente por mis ausencias de aquella casa «donde tanto me quieren». Yo impasible, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, me hago el incorruptible y ella aprovechando un descuido de su hijo me desliza un papel en el bolsillo de la blusa.

Sorprendemos a Luisito y Abelardo en la *chaisse-longue*, estrechamente abrazados. Reposan felices, en un *dolce far niente* que siento interrumpir.

—Ensoñamos — dice Abelardo saludándome.

—Dormimos el sueño de la fraternidad—añade Luisito alargándome la mano.

—Adivinamos el Paraíso—vuelve a decirme sonriente el hermano de Carlos.

Yo no les replico a mi gusto por prudencia, pero me asaltan deseos de decirles:

—¡Que aproveche, niños, que aproveche!

¡Buena está la juventud! Como se extiendan estas fraternidades van a tener las mujeres que vestirse de hombres para seducir a los adolescentes.

En casa lo primero que hago es leer el billetito de la marquesa.

Es un aviso de atención por mi alejamiento. Una discreta súplica para que vuelva a reanudar mis frecuentes visitas de antes. Pero yo, rompo el billetito sin conceder importancia porque sigo en mi propósito de no reincidir.

No quisiera que Carlos se enterase de nuestra conflagración y tampoco quisiera ser uno de los comprometidos cuando el escándalo que Flores prevee, estalle.

No sé por qué se me figura que antes del tercer aviso se va a dar el marqués por enterado.

XII

Veintiseis de Febrero...

Domingo de Carnaval. El coche viene a buscarnos a las tres. Desde las dos estábamos vestidos todos: tía Enriqueta monísima, con traje negro *entravé* y un gran sombrero preservado por tules color de rosa que le favorecen al rostro, Mery de azul gendarme con sombrero *assorti* y velos azulados, Anita de «dama noble sueca de mediados del siglo XVII»—a oir a Rosario—y yo de paje de su época según la misma fuente informativa.

El día está espléndido; un sol de Mayo purifica el ambiente y nuestra entrada en el paseo es acogida con grandes demostraciones de entusiasmo.

Las tribunas del Ayuntamiento rebosantes de muchachas bonitas me declaran la guerra y para cada una de ellas tengo una chuchería y un piropo. Agradecen más el regalo que la frase y me encuentro en un segundo sin se-

senta juguetes con que he obsequiado a las muchachas de la tribuna municipal.

Una lluvia de confetti colorea continuamente nuestro coche y unas veces vamos nevados en rosa y otras en verde, en amarillo o azul.

La canalla se apretuja por los paseos laterales de la Castellana y a pie abundan las máscaras de mal gusto.

Las tribunas del Círculo de Bellas Artes y las de la Gran Peña se hacen esclavas de la gracia y donosura de mi prima y cuanto más viejos, más se exacerban con ella.

Los polluelos tienen su fineza para la hermosa tía Enriqueta y a Mery también le dan «lo suyo».

De la carroza *Five d'oclok tea* me arroja una señora un juguete acompañado de una ardiente frase:

—¡Paje! ¡Me gustas muchísimo! ¡Quieres venirte a mi servicio!

—Ya lo creo—respondo tirándole unas rosas.

Una amiga suya se siente envidiosa y la dice muy alto:

—Mujer, no pierdas el tiempo ¿no ves que ya tiene señora?

Un coche engalanado a la griega me sorprende por la elegancia de su decorado. Se titula «Romanos caprichosos» y dentro lleva cincojóvenes alegres sugestivamente vestidos. Al pasar por nuestro lado reconozco en los decorativos romanos a Pepito Ribes, Rodrigo Díaz de Vivar, Mansilla, Arístides Bagnoli y Rafael Carvajal. Se trata del coche de Vivar y sin duda su familia se lo ha enguirnaldado al niño para que se pasee con sus amigos.

Los *Romanos caprichosos* son saludados con protestas por parte del público.

—¿Pero sois romanos oromanas?—preguntan algunos.

—Romanos—chilla incesantemente Pepe Ribes—; pero es igual.

A mí me arrojan confetti en abundancia desdeñando a mi prima y ésta se cansa de buscarles pelea vanamente.

Un ruído ensordecedor. Los coches circulan con dificultad, las carrozas interrumpen el tránsito y marchamos lentamente con gran indignación de tía Enriqueta. Varias máscaras se suben a nuestro landó dándonos bromas pesadísimas y se alejan sin romper el incógnito tras palpar con disimulo a tía Enriqueta.

Hay dos carrozas magníficas y las dos semejantes. Son dos barcos en el polo entre nieve. Los tripulantes de una cazan osos y los otros—más prácticos—están de juerga.

Otras carrozas muy bonitas son las de los «Pamperos argentinos», la de los «Soldaditos», la de «Cleopatra», la de «Las japonesas» y la del «Aeroplano».

La familia Flores nos saluda desde su coche. En él van: la marquesa, una señora que debe ser amiga suya y Abelardo, Luisito y Carlos, de pierrots amarillos. La marquesa obsequia a Anita con una caja de bombones y Anita corresponde con dos ramos de violetas. Carlos me dá la mano desde su asiento depositando al paso en ella un muñeco de porcelana y Abelardo y Luisito muy acaramelados salen de su éxtasis para decirme *que voy muy guapo*. La marquesa cruza unas palabras con mi tía a quien no conocía, felicitándola por la distinción de nuestros disfraces, y tía Enriqueta agradecida a la linsonja responde que también las máscaras de ella van muy originales. Mery se *tima* con Luisito.

Al coche de los Flores sucede en nuestro cruce otro graciosamente engalanado con claveles. Es de unas amiguitas de mi prima y le tiran claveles con sorpresa, rellenos de bombones.

Un automóvil, atropella a un golfo; se arma el correspondiente grupo de personas, guardias y máscaras y dos damas que ocupan el auto se desmayan. Ocho curiosos que no

ocupaban el auto, so pretexto de socorrerlas se distraen en sobarlas y en cambio al atropellado no hay quien lo levante del suelo. Las señoras vuelven en sí para bien de su honor y la normalidad se restablece con una lluvia de confetti.

El festival adquiere una animación creciente. No dejan cruzarse por el aire golosinas, juguetes y ramos de flores entre una niebla de confetti; y un ruido encantador ha hecho huir de Recoletos y la Castellana su habitual tranquilidad.

Julio Molina y Maza desde la tribuna de *Las violetas* nos apedrean con huevos de hoja de lata rellenos de caramelos. Molina tira sus proyectiles como si fueran bombas y acompañados de gritos feroces y Maza repite las arrogancias de su inseparable Julio y si se descuida deja tuerta a Mery.

Chacón va en la carroza de «*Los pelotaris*» dentro de una cesta. Si enseñase al jurado su parte posterior seguramente concederían un *accésit* a la carroza que cuenta entre sus tripulantes con tan sensacional aliciente.

Daniel Estebas presencia el Carnaval desde la tribuna de la Peña con su padre, y cuchichea con un señor próximo. Supongo que le estará contando trapisondas de la aristocracia.

Al desfile aumenta el bullicio, pues casi todos los que hemos tomado parte en el festival carnavalesco, estamos medio enloquecidos por la cerveza, el champagne, el Jerez o el Burdeos consumidos, y crece el griterío con la quema de bengalas.

El paseo adquiere un aspecto fantástico. Las carrozas y los coches se tiñen del color brillante de las bengalas que se encienden y chispas que caen al suelo chamuscan a algunos pilluelos que escoltan las carrozas. Los espíritus belicosos se manifiestan tocando bocinas, pitos y trompas y los automóviles y los coches encienden los faroles.

Los focos de la calle de Alcalá nos bañan con su luz violeta y desfilamos pausadamente entre dos hileras de compacta multitud que ocupa las dos aceras de la calle de Alcalá.

Los grandes ventanales del Casino de Madrid están soberbiamente iluminados y las figuras de los socios—en su mayoría calvos—se recortan sobre el fondo luminoso; pero en cambio en los balcones de un círculo estudiantil existente en la casa contigua a *La Equitativa* se ven más de cuarenta escandalosos con unas cabelleras abundantes y encrespadas solo comparables a la de Sansón.

En la puerta del Sol concluye el Carnaval. Las carrozas se retiran abatidas a sus cocheras y los automóviles y coches conducen sus dueños a casita.

Son las ocho menos cuarto. Por la calle de la Montera subimos a Hortaleza y por la calle de Génova bajamos a la de Serrano y subimos a Velázquez. Despedimos al cochero hasta mañana y entramos en casa medio reventados por el ajetreo de la tarde.

En conjunto nos hemos divertido mucho. Tía Enriqueta se ha creído soltera en ciertas ocasiones; Mery se ha reido con las sinvergüencerías que ha escuchado; Anita rabia porque llegue mañana y yo me relamo de contento.

Y por una de esas raras casualidades de la vida, tío Manuel ha dejado su libro en la mesa para cambiar impresiones con nosotros acerca del Carnaval y su transcendencia.

XIII

VEINTINUEVE de Febrero...
Miércoles de Ceniza.

El lunes y el martes de Carnaval han sido unos días tan espléndidos por la temperatura y el jolgorio como el domingo. Anita y yo renovamos nuestros triunfos desencadenando ella la furia del elemento masculino y yo la del femenino y parte del neutro.

Pero hoy ha hecho un día detestable con frío, lluvia y desanimación. Nunca ha sido el miércoles de Ceniza sino un adiós desesperado al Carnaval; pero este año quedará en la memoria de todos como una despedida molestísima.

A las seis se puso tan desapacible la tarde, que nos volvimos, como la mayor parte del público, a casa, de donde no debimos haber salido.

Por efecto de las emociones de estas fiestas he dejado la malla de mi disfraz inservi-

ble, y si no toma Rosario la precaución de prolongarme el corselete, el lunes hubiera exhibido algo inesperado y demasiado elocuente.

XIV

Seis de Marzo...

Una tarde primaveral, soberbia.

De dos a tres los alumnos del Colegio Aristocrático paseamos por el jardín de recreo en grupos; con los libros en las manos, repasando. Los libros sirven de celestineo para que charlemos de nuestras cosas y yo *repaso* entre Flores y Daniel Estebas dedicando un madrigal a la locura de Momo, muerto hasta el año próximo, en que revivirá con más bríos que éste.

Daniel nos cuenta que Arístides Bagnoli está consquistando en el colegio una importante celebridad por sus lascivias. Su impudor le arrastra tan ciegamente que dos chicos de sexto año le han propinado el sábado dos magníficas bofetadas en justo castigo a su perversidad; pero esto lejos de disuadirle de sus propósitos le ha hecho jurar que antes de quince días los interesados vendrán a ofre-

cerle de rodillas eso que hoy le niegan airadamente.

Ayuda a Arístides Bagnoli en su tarea de desmoralizar el colegio, Rafaelito Carvajal, que todo pálido y lilial, a pesar de su aspecto candoroso, es un cínico capaz de pervertir a un sargento de caballería.

Carlos Flores y yo, nos hemos dejado contar que Rafaelito ha sido ya expulsado de siete centros de enseñanza por licencioso y corruptor de costumbres. Según Esteban, el padre de Carvajal, se encuentra desolado por la insensatez de su hijo que quisiera reconstruir por lo visto los días abominables de Sodoma y Gomorra. El padre de Rafaelito había observado que desde que el niño cumplió los doce años gustaba de mantener intimidades con amigos mayores que él, con los cuales solía encerrarse en el cuarto de su casa para practicar ejercicios gimnásticos. Al principio el buen señor no se alarmó por aquel obstinado afán de su hijo para perfeccionar su educación física, ni se fijó en la frecuencia con que el nene cambiaba de compañero de gimnasia sueca; pero un día el papá quiso entrar en la habitación de su hijo, y al encontrar el pestillo echado se decidió a curiosear por el ojo de la cerradura. Y su espanto no tuvo límites al contemplar a su vástago acompañado de un amiguito de colegio en una actitud que si tenía algo de sueca en cambio no tenía nada de decente. Se impuso prohibir al niño terminantemente el cultivo del sport y la intimidad con camaradas sospechosos de idénticas aficiones; pero la enérgica medida no obró gran efecto porque una noche el padre de Rafaelito descubrió que el nene seguía cultivando la gimnasia sueca con uno de los criados de la casa. El sirviente fué despedido; pero su sustituto continuó sus malditos ejercicios y hubo que internar al chiquillo en un colegio de Jesuítas, de donde fué expulsado por desmoralizador. De allí pasó a un segundo colegio de donde también le arrojaron y así sucesivamente. El último centro de enseñanza que le ha acogido es el Colegio Aristocrático; pero como don León no adopte una medida saneadora, pronto se convertirá en una sucursal de las ciudades de Pentápolis.

El pobre Carlos tan incomparablemente ingenuo escucha a Estebas escandalizado, sin decidirse a concebir que existan entre sus compañeros monstruos de tan calificada abyección como Bagnoli y Carvajal. Porque es lo que dice: ¡Siquiera Ribes y Díaz de Vivar guardan las formas!...

El director pasa por nuestro lado hojeando

un breviario y rodeado por los alumnos de primer año; y detrás del grupo, solo y abismado en la añoranza de una violación, Joaquinito Mendoza.

—Este Joaquín—asegura Daniel Estebas—vivirá poco tiempo. Me consta que esas ojeras que tiene son debidas a...—y murmura a mi oído unas palabras aclaratorias que me hacen exclamar:

—¡Qué cosas dices, hombre! ¡Si la gente se muriera de... eso el colegio estaría en cuadro. Yo mismo estaría ya de cuerpo presente.

—¡Pero es que lo de Joaquinito Mendoza es una exageración—añade Estebas—. Los de tercer año le han puesto de mote *el frutero*. Verás como seguramente lo que va leyendo es *La hoja de parra*. La coloca sobre el libro y la lee de cabo a rabo. Así pasa luego lo que pasa. Os digo que a ese chico el día menos pensado, lo entierran... al pie de un peral...

Molina pasea con Piñana, Medrano y Maza; Mansilla emparedado entre Ribes y Díaz de Vivar, y Bagnoli con Rafaelito Carvajal. No sabemos de qué irán hablando estos últimos; pero yo me lo imagino porque he oído al napolitano decir al cruzarse con nosotros: «Lo que se han de comer los gusanos que lo disfruten los cristianos»...

Durante la hora de recreo me aborda don Fernando.

—Oiga usted, señor Fontanar, si yo le hiciera una pregunta un poco... delicada, ¿sería usted sincero conmigo?

Yo me quedo breves instantes mirándole frente a frente con firmeza y alarmado por la pregunta. A raíz de aquella visita que hice al estudio suyo, nuestra simpatía quedó francamente entibiada. Don Fernando dejó de pedirme más novelas de tío Manuel y en clase de dibujo limitábase a corregir mis trabajos sin prodigarme las amables sonrisas que le caracterizan. Como yo pensaba que nuestra amistad había fracasado, esta pregunta de don Fernando me cohibe; pero cuando pasado un rato me repongo, contesto secamente:

—Según...

—Lo dice usted en un tono—exclama don Fernando.—¿Es que le soy a usted tan antipático que he dejado de merecerle confianza? Además, ¿por qué reserva usted para mí ese aire tan arisco? ¡Si supiera usted qué pesar me causa su conducta! Jamás creí que nuestros temperamentos pudieran ser tan encontrados.

—¿Cómo encontrados? — replico. — Yo creo precisamente que si no simpatizamos es debido a que ambos tenemos igual temperamento.

—¡Puede que sea verdad!—afirma don Fernando.—A los dos nos gusta ser... tiranos. ¿Le parece a usted bien acertada la expresión?

—Sí,—respondo;—a mí me gusta llevar siempre la voz cantante. Prefiero dominar a que me dominen. Pero no perdamos el tiempo en divagaciones. Me ha dicho usted que quería hacerme una pregunta... delicada.

—Y usted no me ha asegurado que sería sincero en su respuesta.

—Haga usted la pregunta digo sonriendo.

—¿Usted sabe algo de eso que dicen acerca de Bagnoli? Creo que ese napolitano está pervirtiendo al colegio entero.

—¡Ah! Yo no sé nada—contesto faltando abiertamente a la verdad.—Algo he oído de eso... pero tan vagamente que no puedo calmar la curiosidad de usted...

—No es curiosidad, señor Fontanar—expone don Fernando con adusto semblante,—es un deseo legítimo de velar por la pureza de costumbres del Colegio Aristocrático. Toda la vida este centro de enseñanza ha sido modelo de moralidad; pero este año, yo no sé por qué, parece que la conducta de sus alumnos no es todo lo correcta que debiera ser. Estoy profundamente disgustado porque observo detalles reveladores del estrago que en el colegio están realizando elementos perturbadores. Y estoy sobre la pista de los culpables de esta lamentable desmoralización para prevenir al director. No es lógico que ustedes los alumnos sanos de espíritu se maleen por la compañía de quienes deben ser expulsados del colegio. Yo tengo la convicción de que si don León estuviese enterado de los rumores que circulan acerca de las supuestas aficiones inconfesables de Arístides Bagnoli y de Rafael Carvajal, sobrevendría una medida que restituiría al colegio la moralidad que siempre le ha caracterizado. Y ustedes los alumnos serios son los llamados a iluminar al profesorado en este terreno que pudiéramos llamar de higienización escolar.

—Pues yo no sé nada—insisto.

—¡Usted no sabe nada... o no quiere decirlo!—exclama don Fernando.—Yo no me explico la causa; pero lo innegable es que le soy a usted antipático, señor Fontanar. Usted se obstina en no ver en mí al camarada sino al profesor y todos mis buenos deseos por inspirarle a usted confianza resultan estériles. Usted no me traga ni a tiros. Y lo siento, porque siempre le he dicho cuán grande es la simpatía que ha logrado usted despertar en mí. En fin... ¿qué se le va a hacer? Puesto que usted no quiere servirme de fuente de

información yo procuraré informarme por otro conducto.

—Le aseguro, don Fernando,—protesto—que yo no sé nada sobre el particular, ni he dado motivos para que usted me juzgue en esa forma. Usted me es tan simpático como todos los profesores y lo que siento es que no me haya usted vuelto a pedir más libros de mi tío porque se los hubiera traído con la mejor voluntad del mundo.

Estas palabras las pronuncio con cierto calor, pues no es conveniente estar a mal con el profesor de Dibujo faltando dos meses para los exámenes. Don Fernando gratamente impresionado, contesta:

—Yo le seré a usted muy simpático; pero lo cierto es que en las horas de clase evita usted consultarme todo lo posible. Además no ha vuelto usted por mi estudio no obstante saber lo bien que sería usted recibido.

—Es que como usted no ha vuelto a invitarme a ir allí—digo para sincerarme.

—¡Claro! Necesita usted que se lo pidan. Mucho más le hubiera yo agradecido su visita siendo espontánea...

Indudablemente don Fernando no ha renunciado a la esperanza de una *entente cordiale*. Yo bajando los ojos prometo:

—Un día de éstos iré a sorprenderle en su casa.

—¡Ya veremos si eso es verdad—exclama don Fernando satisfecho mientras yo por lo bajo digo:

—¡Ah, maldito! Si no fuera por la proximidad de los exámenes en seguida me metía yo en esa ratonera que tienes por estudio...

Unas palmadas del director suspenden nuestro diálogo. Carlos Flores enrojecido por el ejercicio que ha realizado jugando al marro me recoge para subir juntos al salón, y don Fernando me despide con unas miradas de carnero a medio morir, que me sublevan...

XV

NUEVE de Marzo...

Esta tarde he pedido permiso en casa para ir a visitar a don Fernando. El criado me ha acompañado hacia el domicilio del profesor de dibujo y en la puerta le he despedido.

Al llegar arriba, la criada me ha pasado al estudio diciéndome que el señorito no se hallaba en casa; pero que no tardaría en venir. He pasado cinco minutos solo en la estancia curioseándolo todo y transcurrido ese tiempo ha hecho su presentación la esposa de don Fernando, una muchacha de unos veinte años irreprochablemente bonita; pero que me saluda con un gesto desapacible.

—¿Usted será dissípulo de don Fernando?—pregunta ella mordiéndose los labios.

—Sí, señora,—contesto—quería sorprenderle con mi visita.

Ella me examina con insultante detención

de pies a cabeza y en seguida exclama irónica.

—El está ya acostumbrado a esta clase de sorpresas.

—No seré yo quien se las haya proporcionado—afirmo procurando dar a mi voz una amable entonación.—Hoy es la segunda vez que vengo a esta casa.

Ella me contempla con aire de duda y torna a preguntar:

—¿Viene usted para algo relasionado con sus estudios?

—¡Sí, señora!—proclamo dándome exacta cuenta de que a la esposa de don Fernando no le he caído en gracia.

—Sí; ¡como todos!—dice ella con burlona sonrisa—Pues... la verdad, no sé si vendrá esta tarde, porque salió hase una hora disiendo que volvería en seguida; pero... todavía le estamos esperando, ¿es muy urgente lo que tenía usted que tratar con él?—añade arreglándose ante el espejo una onda del pelo.

Encuentro una entonación tan maligna en la pregunta de la mujer de don Fernando que no puedo menos de contestarla gravemente:

—Sí; es de verdadera urgencia. Quisiera sacarle de dudas respeto a un asunto de que hablamos hace algunos días. El tenía gran empeño en conocer detalles de cierto asunto

del orden interior del colegio que entonces no pude darle por ignorarlos; pero hoy que me he enterado bien de ellos vengo a ponerlos en su conocimiento.

—¡Ah!—suspira ella con su risita de conejo.—Creí que vendría usted a servir de modelo para algún cuadro suyo.

—No señora,—respondo altivamente.—Yo no sirvo para... esas cosas—añado empezando a percatarme de la clase de efecto que he causado en la mujer de don Fernando.—Yo tengo muy poca paciencia y me descompongo en seguida. Además a don Fernando le gusta vestir a sus modelos con trajes muy... escasos de tela y yo tengo propensión a resfriarme. Unicamente me animaría a hacer el sacrificio de aligerarme de ropa si el retrato me lo hiciera... una pintora.

—Sí, ¿eh?—dice ella en guasa.—¿Y qué iba usted a adelantar con servir de modelo a una mujer?

La esposa de don Fernando me envuelve en unas miradas tan agresivamente burlonas que exasperado por aquella expresión de su rostro pintado, contesto:

—Como adelantar puede que no adelantara mucho; pero desde luego no sería por falta de ganas. Si ella dijese: vamos allá... el cuadro resultaría admirable...

—¡Vaya, vaya!—repite ella con guasa, sin abandonar su irónica sonrisa que me exaspera.—¡Estos niños del día son terribles!

—¡Yo no soy un niño!—protesto discretamente airado.

—Si no fuera usted un niño mi marido no le ofrecería a usted nuestra casa. El no tiene amigos de su edad y a las señoras no se les ha perdido nada aquí. Estoy yo que basto... y sobro.

De buena gana me arrojaría sobre esta ciudadana y la apretaría el pescuezo hasta ahogarla. Por sus palabras adivino que ella no ignora la invencible predilección que don Fernando siente por sus discípulos y me cree complicado con él en no sé qué misteriosa confabulación. Esta idea me descompone y tengo que contener heroicamente mis nervios para no insolentarme con la molesta dama que me sigue examinando de arriba a bajo con extrañeza y compasión ofensivas.

En mi deseo de acabar con la violencia de la situación decido despedirme:

—Pues entonces, puesto que no tiene usted la certeza de que vuelva esta tarde lo mejor será que yo me retire.

—¡Oh, no!—suplica ella con afectación—aguárdele usted un poco más. Sentiría que se quedase usted sin el plaser de darle esa sorpresa a mi marido y que él se privase de resibirla. No quiero que luego él me viniera con reclamasiones.

Francamente enfurecido por la odiosa actitud de la esposa de don Fernando empiezo a pasear por la estancia para entretener mi nerviosidad. Pero ella continúa:

—¿Verdad que es fastidioso esperar a una persona que se retrasa demasiado?

Yo, que quiero ser galante hasta el último extremo, aseguro:

—Estando solo puede que sí. Pero cuando se goza de una compañía tan grata como la que yo disfruto ahora, es casi un placer.

—¡Ja, ja!—dice ella con su risita que me hiela la sangre—. Con que un plaser ¿eh? ¡Qué amable es usted!.. Por supuesto como todos los alumnos de mi marido, todos son a cual más galantes... y más guapos.

¿Qué se propondrá esta odiosa mujer, insoportable no obstante su fresquísima belleza de cubana? Ceñida por un traje de terciopelo oscuro que modela su cuerpo parece una serpiente erguida sobre su cola para desafiarme; pero yo que ardo en deseos de tomar represalias, decido, agotada mi paciencia, adoptar una resolución claramente definitiva y expongo:

—Ea, con el permiso de usted voy a reti-

rarme porque comprendo que mi presencia le es enojosa.

—¡Enojosa!—repite ella con acento maternal que casi resulta injuria—. No por Dios. ¡Qué cosas tiene usted! ¡Quédese, quédese!, le aseguro que su presensia me divierte extraordinariamente...

—Sí—interrumpo yo—por eso prefiero marcharme. No me gusta servir de... diversión a nadie. Estoy acostumbrado a que me diviertan.

—¡Cualquiera lo diría!

—Tiene usted razón. ¡Se ve cada cosa en este mundo! ¡Quién me iba a decir a mí que una mujer tan... bonita como usted fuera tan insoportable.—Y recojo mi sombrero con ánimo de irme.

Ella picada en su amor propio; pero sin perder su indignante sonrisa irónica, exclama:

—Insoportable... para usted... ya me hago el cargo de que la compañía de mi esposo le sería más grata.

—Está usted en un error señora—afirmo con un ceño de traidor de melodrama—. Yo preferiría siempre la compañía de usted; pero no aquí, sino en un sitio donde yo no me viera obligado a tener que... aguantarla por cortesía. En un sitio donde no pudieran venir a molestarnos y donde hubiese... una buena estaca a manos.

Esta insolencia mía lejos de irritarla como yo creía, la hace variar radicalmente de actitud y acercándose a mí con felina atención, pregunta:

—Pero ¿usted sería capaz de... pegar a una mujersita?

—Si estuviéramos solos y me repitiera todo cuanto me ha dicho usted ahora, puede que sí.

—Pero, desgrasiado,—ruge ella aproximándose a mí hasta rozarme y mirándome fijamente a los ojos.—¿Usted sabe quién soy yo?

—Sí—contesto envalentonado.—Una pobre señora que confunde el bacalao de Escocia con la patria de Guillermo Tell. Usted se ha pensado que yo venía a... eso, y no. Yo venía a una cosa muy distinta. Si usted no tiene buena vista yo no tengo la culpa. Y se acabó la discusión porque me voy.

—¡Ah, no!—dice ella cogiéndome por un brazo.—Tú no te vas; tú haces mucha falta aquí.

Sorprendido por el brusco cambio realizado en la esposa de don Fernando y a fin de aprovecharme de la ocasión, insisto:

—¡Déjeme usted salir! Yo no quiero estar un minuto más en esta casa. ¡Me carga usted!...

Ella me estrecha contra su pecho y besándome de repente, reconoce:

—La verdad es que tienes los ojos de pillo.

¿Cómo no me habría fijado antes?

Yo en vista de que la batalla está ganada, busco la boca de ella y la abrazo rudamente. Ella suspira enternecida:

—¡Ay! ¡Cómo engañan las apariensias! ¿Sabes que... sabes demasiado?

—Pues esto no es más que el principio—digo—pero basta, que puede venir don Fernando...

—Pues que venga. ¿No le aguanto yo sus... genialidades? Que aguante él las mías.

Yo me desprendo de ella que cierra la puerta con llave y luego me conduce a un diván salvador. Cuando el pecado termina ambos nos contemplamos un instante y en seguida rompemos a reir estrepitosamente.

Suena el timbre de la puerta de la calle y la mujer de don Fernando se apresura a abrir la del estudio. Es el profesor de dibujo quien llega y no puede contener una expresión de agradable sorpresa al encontrarme allí.

—Caramba, señor Fontanar. ¿A qué debo el placer de su visita?

La fragilísima cubana se retira y yo respondo retrepándome en un sillón:

—Ya he averiguado aquello que usted me preguntaba la otra tarde.

Y con gran lujo de detalles á fin de congraciarme con él y predisponerle en mi favor para cuando me califique en los próximos exámenes, le pongo al corriente de cuanto sé acerca de Bagnoli y Rafaelito Carvajal. Don Fernando se horroriza—o finge horrorizarse—y repite con desolación:

—¡Qué vergüenza para el colegio! ¡Qué ejemplo para los escolares! ¡No sé a dónde vamos a ir a parar! ¡Cuando se entere don León!

—¡Por favor ruego a usted que no le diga que he sido yo su fuente de información! Que conste que si yo le he dado el soplo ha sido únicamente por simpatía a usted. A otro profesor yo no le hubiera dicho nada...

—Lo sé, lo sé, señor Fontanar y procuraré corresponder a esta prueba de confianza suya con mi sincero afecto. Yo siempre le he distinguido a usted. Para lo sucesivo más...

Luego recurriendo a la cuerda patética, prosigue:

—¡Ah, señor Fontanar! ¡Si viera usted qué necesitado estoy de querer a alguien y sobre todo de que me correspondan! ¡Soy tan desgraciado!...

¡Cielos! Ya empieza la cosa a tomar un as-

pecto feo. Para conjurar el chubasco interrumpo:

—Pero ¿y su esposa don Fernando? ¿Acaso no la adora usted y ella no procura hacerle feliz?

—¿Mi mujer?—exclama el profesor de dibujo aprisionando una de mis manos entre las suyas—. Usted ignora que yo me casé con ella cuando tenía quince años. Era una muñeca preciosa; pero una muñeca. Vacía por dentro. Hoy, no obstante el tiempo transcurrido, sigue tan muñeca como entonces. Y vacía... completamente vacía...

Me asaltan tentaciones de recomendarle: *Pues hombre, llénela usted que es lo que le hace falta;* pero me contengo y él continúa en trágico:

—Además, señor Fontanar, es preciso que usted lo sepa: yo no puedo ser dichoso con mi mujer porque es excesivamente... ligera. Y no me obligue a ser más explícito. Mi mujer no ha vacilado en colocarme en ridículo valida de que ha aportado al matrimonio una fortuna y yo tengo que transigir pacientemente con sus cosas... por no promover un escándalo y quedarme sin dos pesetas. ¡Y si al menos ella lo hiciera... discretamente! Pero no, Conchita es incorregible y se va con el primero que le gusta. Incluso sería capaz de ha-

cerlo delante de mí... Una desgracia, Fontanar, una desgracia... Pero ¿qué se va a hacer? ¿Matarla? No. Pues hay que dejarla. Si yo no tuviese el talento de hacerme el... distraído, esta casa sería un infierno. ¡Por eso soy tan infeliz y estoy tan necesitado de consuelo! Sin embargo, aún no he encontrado una persona que se interese por mí como yo deseo. Que sea capaz de profesarme un afecto sincero, elevado, algo que esté por encima de lo vulgar...

Y me coge la otra mano entre las suyas y suspira lánguidamente, como su mujer hace una hora cuando se revolcaba conmigo en el mismo diván en que ahora estamos los dos, él dispuesto a todo y yo sin fuerzas para nada. Pero cuando la situación reviste caracteres de hecatombe irremediable y yo, por no parecer grosero o mal educado me resigno a mi suerte, la providencia salvadora acude encarnada en la figura del criado de casa que viene a recogerme.

Don Fernando propone que el doméstico se vaya solo y que él me llevará dentro de diez minutos—los suficientes para salirse con la suya—pero yo que ya me veía con el agua al cuello me opongo rotundamente pretextando que los tíos me prohibirían repetir la visita otra tarde y salgo de aquella casa cuyos

dueños están tan separados, espiritual y materialmente, debido a tener los mismos gustos.

Está visto que el pobre don Fernando va a tener que imitar a Joaquinito Mendoza. Y si sucumbe, como mi compañero, habrá que enterrarlos juntos al pie del mismo peral...

XVI

Diecinueve de Marzo.

Día de San José, patrón de los cornudos, en Francia. El Marqués de Flores celebra sus días y no me libro de almorzar con la familia de Carlos.

A las doce de la mañana encuentro a éste en la cama todavía y al recriminarle por su pereza se defiende alegando que anoche fueron al cine y se acostó muy tarde. Luego le acompaño al cuarto de baño que ya le ha preparado la marquesa convenientemente.

—Si quieres esperarme en el comedor mientras me baño... allí encontrarás periódicos... salgo en seguida...

Yo, que temo que la combinación del baño sea una añagaza de la marquesa para abordar una discusión que deseo eludir, propongo:

—No merece la pena. Me quedaré contigo mientras te bañas para que me cuentes lo que vísteis anoche.

Carlos enrojece súbitamente no sé por qué y exclama con voz velada y tímida:

—Bueno, como quieras.

Corremos el pestillo y Carlos se despoja del kimono de lana. Luego se introduce en el agua con el camisón de dormir.

—Pero... ¿cómo? ¿Te bañas con camisón de dormir?—pregunto extrañado.

—No—explica ruboroso Carlos quitándose la blanca prenda despaciosamente.—Es que no me habia dado cuenta.

Yo al advertir que mi presencia le cohibe, interrogo:

—¿Es que te da vergüenza que te vea desnudo?

—No; nada de eso... responde él arrojando lejos de sí el camisón de dormir.

Luego, con rapidez llena de encanto púdico, se sienta en el baño y empieza a enjabonarse para restarle transparencia al agua. Yo me percato de que hasta que el agua no adquiere un color opalino que impide ver el contorno de Carlos, éste no se tranquiliza. Quedan fuera del liquido, el pecho, los brazos, la cabeza, y en seguida, mientras juega con el agua, me cuenta los principales episodios de la emocionante película de anoche. Yo le escucho admirando la rosada blancura de su carne fresquísima, idéntica a la de su madre.

Carlos, desnudo, parece una nena de la edad de mi prima. Antes, al quedarse sin camisa, me ha causado la sensación de la Marquesa de Flores con el pelo cortado, y veinte años menos. La ilusión hubiera sido perfecta a no ser porque la Marquesa posee una cerradura... completamente descerrajada... y Carlos tiene... la llave puesta. Pero aparte de esto, Carlos disfruta de una línea soberbiamente femenina. Sin ropa aparece más visible la redondez que le caracteriza, y en verdad que me extraña mucho que don Fernando no se haya fijado en él para sus retratos de adolescentes a la intemperie.

Cuando Carlos da por terminada su estancia en el agua, surge del baño nuevamente coloreadas sus mejillas por un delicioso rubor. Lo veo envolverse en la sábana de felpa y no puedo resistir a la tentación de ayudarle a secarse. Percibo su carne rubia y suave que palpita al sentir el frotamiento de que le hago objeto con la sábana. Carlos parece un enorme muñeco de biscuit y no se atreve a mirarme cara a cara. Sentado al borde del baño le veo ponerse primero la camiseta de seda finísima; luego, los calzoncillos cortos de hilo blanco y finalmente los calcetines negros que afirman la blancura de las pantorrillas cubiertas de una especie de pelusilla dorada como

los melocotones. Pero hay en sus menores movimientos una expresión tan digna, ingenua y señoril, que ahuyenta cualquier deseo malsano del instante por vehemente y disculpable que sea. Carlos parece la auténtica encarnación de la inocencia y sería un crimen abominable sembrar en su alma pudorosa la semilla del pecado.

En nuestras conversaciones íntimas jamás hemos abordado el tema sexual. Yo no le quiero revelar a Carlos mis inquietudes ni mis aventuras eróticas, ni le he pedido su opinión acerca del placer. Me han detenido sus miradas ingenuas y su sonrisa candorosa. A pesar de sus quince años, Carlos conserva, como Medrano, un aspecto exageradamente tierno e infantil. No hay más que ver sus enrojecimientos cuando oye hablar de cosas escabrosas... Además, le veo tan totalmente entregado a mi voluntad, que no quiero hacerme responsable de culpables iniciaciones. Yo que no he vacilado en asaltar la alcoba de mi prima para arrebatarla lo que más falta le hacía y que vivo en la inmoralidad como el pez en el agua, que no conservo ningún vestigio de castidad moral, he respetado noblemente la pureza espiritual y material de Carlos, temeroso de que algún día me remordiese la conciencia. Lo que él aprenda no será por mi conducto.

Mientras se acaba de vestir me despido con melancolía de sus blancas espaldas, de sus muslos torneados y de sus brazos que aún no han sido invadidos por el vello, y podrían pasar por los de una chiquilla apetitosa. ¡Qué lástima que una criatura tan incitante posea una odiosa llave donde a mí me gustaría encontrar una cerradura para proporcionarme el gustazo de descerrajarla! ¡Y qué lástima también que sus ojos abiertos cándidamente en flor, solo reflejen una inocencia que detienen al amoral más intrépido! Porque todo lo que tiene de apetecible, el maldito, lo tiene de virginal, y esto es lo que salva a Carlos de un ataque irresistible...

Nos sentamos a la mesa, el dueño de la casa, «su señora» que también lo es de todo el mundo, Abelardo, Luisin, Carlos y yo, para hacer frente a un menú que justificaría un madrigal de Piñana o un dibujo alegórico de Medrano.

La marquesa me demuestra con los pies por debajo de la mesa su impaciencia. Luis y Abelardo cambian continuamente, aceitunas, quisquillas y rajas de salchichón, como si fueran dos novios quince días antes de casarse y Carlos y yo los imitamos viendo que la marquesa y su marido hacen lo mismo.

La atención y el interés de Carlos empiezan ya a cargarme. ¡Siempre tan meloso y tan amable! Preferiría que regañásemos de cuando en cuando como Piñana y Medrano. ¡Es tan aburrido vivir con un amigo íntimo que nunca nos lleve la contraria! Al colegio me arrastraba el deseo de encontrar un amigo ideal que fuese mi otro *yo*; pero me he convencido de que pedía un imposible.

Nada hay igual a nosotros mismos si somos caracteres difíciles. A los anormales—yo creo firmemente que soy un anormal—nos cuesta más trabajo que a las gentes vulgares el encontrar agradables las personas. La mayoría de las veces el cariño que nos inspiran es de compasión; pero no porque nos amenicen la existencia. Es una compensación al interés que ellos se toman por nosotros; pero nada más.

Sobre todo desde hace una hora me exaspera la continua candidez de este chiquillo apavado que más valiera cambiase por picardía toda la ingenuidad que le caracteriza.

El marqués charla conmigo paternalmente. Es hombre muy simpático como todo cornudo. Tendrá unos treinta y nueve o cuarenta años, alto, delgado, esbelto y elegante: gasta barba cuidadosamente rizada y mortíferos bigotes, con punta desafiando al cielo. Es un

poquito calvo por las sienes y su nariz es abultada; pero eso no le resta atractivo. Debe de tener fortuna con las mujeres... menos con la suya que le ha salido tan frágil que podría escribirse su biografía en cuatro letras.

He observado que el marqués tiene un carácter irritable y que una vez llevado de su ira sería capaz de cometer un crimen. Dos veces nada más le había visto antes de hoy y ya desde que le conocí pude apreciar su irritabilidad.

Ha reprendido duramente a su hijo Abelardo por verter la sal y a Luis por reirse de la gracia.

Después de comer hemos ido todos a Apolo, menos el marqués, y por cierto que el cartel lo formaban tres obras insulsas, sin pizca de gracia y añejas por añadidura.

La marquesa y yo hemos tenido en el antepalco, una interviú corta, pero tempestuosa, aprovechando la ausencia de los chicos. Me ha suplicado que vaya cuanto antes a su casa, que alejará a los nenes y podremos reprisar tranquilamente nuestros amores, y al contestarle que he decidido romper con esas relaciones para evitar contratiempos, ella se ha exasperado exigiéndome que volviera de mi acuerdo inútilmente. Viéndose fracasada, al mediar la segunda zarzuela, se retiró «indispuesta» acompañada de Carlos.

Quedé con Abelardo y Luis en el proscenio, hechos unos príncipes; pero en el entreacto final tuve una discusión con Luis y a poco más me pego con los dos, pues Abelardo hizo causa común con su amiguito.

Me despedí indignado de los inseparables y me volví a mi casa alegrándome de la regañina porque así ya tengo pretexto para no volver más a casa de Flores.

Me acosté refunfuñando y no se me pasó el mal humor hasta que fuí al cuarto de Mery.

XVII

Veinticinco de Marzo...

Mery está malucha. Vomita con frecuencia y sus ojeras se pronuncian demacrándola. Si no mejora, antes de agravarse irá a Valencia una temporadita a reponerse en casa de don Reyes, mi expreceptor, de quien no se había vuelto a hablar hasta la enfermedad de Mery. Ella no quiere que la vea el médico y prepara sus baúles convencida de que ha de empeorar. A mí me desespera su marcha, pues he llegado a quererla. Me animó contra Mery la carne—que también me azuzó con Anita y la marquesa—pero ahora veo que me lleva además el espíritu. Como Mery ha sido la primera mujer con quien he gozado a mis anchas y con quien he puesto en práctica cuanto conocía teóricamente, en ella he depositado toda la ternura que no ha sabido inspirarme mi indolente parentela. Me obliga a quererla un poco de pasión que veo

he inspirado en ella, rayana en el frenesí. Probablemente su enfermedad no será otra cosa que la fatiga de nuestros excesos. Yo, a su igual, estoy algo resentido; pero como diariamente hago mucho ejercicio y frecuento el gimnasio, puedo reponerme con más facilidad que la institutriz de mi prima. Se nos impone una temporada de castidad para bien de los dos.

Tía Enriqueta que ha cobrado afecto a Mery —no en vano cuenta tres años de estancia en casa— es quien le ha sugerido la idea de ir a restablecerse a Valencia. Don Reyes, que nos está muy agradecido, se encargará gustosamente de hospedar con decoro a la bella francesita por unas semanas y tía Enriqueta pagará los gastos de viaje y tío Manuel los que ocasione Mery en la guarida de mi trágico opresor. Anita no tendrá nueva institutriz y los días que no salga con tía Enriqueta se quedará en casa conmigo sin peligro alguno.

CUARTA PARTE

I

SIETE de Abril...

El calendario marca siete de Abril y está nevando copiosamente, desde hace cuarenta y ocho horas.

Ha hecho bien Mery en irse a Valencia, pues seguramente las inclemencias de estos días hubieran quebrantado más su salud.

Cuando voy al colegio, a las dos, nieva de un modo extraordinario. Con el abrigo subido hasta los ojos, la gorra calada hasta la frente, una mano en el bolsillo y otra sosteniendo el paraguas, hago mi salida de casa, y en vista de la magnitud de la nevada decido dar un paseo ante de entrar en clase.

Bajo la calle de Goya azotado continuamente por el viento y la nieve me blanquea al olvidarme de esgrimir bien el paraguas, y en seguida diviso los jardinillos de la plaza de Colón ocultos por un manto de nieve. La Castellena está solitaria y un sudario blanqui-

simo la ha hecho enmudecer con silencio de muerte. Sólo se escucha en el silencio de la tarde el ruido de algún coche que marcha despaciosamente para no resbalar por lablancura del piso. El cielo está de un gris muy oscuro que no promete despejar y los copos de nieve cada vez son mayores. Valientemente, y con los pies helados por la humedad, avanzo por el paseo con rumbo al Hipódromo y el frío que atirantó la epidermis de mi rostro lejos de amedrantarme me subyuga. Me asaltan tentaciones de desnudarme y revolcarme por el suelo cambiando el rosa de mi piel por un baño de nieve que me convertiría en una estatua fantástica; pero un automóvil que pasa me salpica de lodo y destruye mis ideales. Maldigo a la madre del *chauffeur* y prosigo mi caminata.

Quisiera ver aparecer por entre las nítidas soledades de la Castellana al hada del Frío que me llevase a un palacio de témpanos o a la región de las nieves perpetuas; pero *no hay de qué*, como dicen los chulos.

Se me congela una mano, la guardo en el bolsillo y sostengo el paraguas, con la otra, que se refugiaba en el gabán, y un transeunte a cuerpo y sin paraguas me lanza miradas de envidia. Dos inglesitas con aspecto de turistas se recogen las faldas hasta las rodillas con

gran regocijo mío y el inglés que las acompaña enrojece hasta los pies.

No puedo pasar de la calle de Lista a causa de que me hundo en la nieve considerablemente y entonces desando lo andado y aligero el paso para no llegar tarde al colegio y evitar enfriamientos. Por la calle de Ayala subo a Serrano y por Serrano a Claudio Coello; dejo atrás Lagasca y en Velázquez tuerzo hasta llegar a Goya, en cuya esquina está el Colegio Aristocrático.

En el salón del estudio reacciono frotándome las manos y pronto no me resta de mi excursión por la nieve sino el recuerdo. He pasado un rato muy divertido dejándome besar por los copos blancos y creyéndome aventurero por un reino imaginario de amerengado pavimento.

«Las duquesitas» arriban con tanto frío como yo; pero entran en calor restregándose displicentes contra Mansilla mientras Bagnoli recurre a Carvajal. Y el director ante estas cosas sin tomar determinaciones. ¡O don León es ciego o quiere convencernos de ello!

Todo el colegio está en antecedentes de las excentricidades—llamémoslas así—del napolitano y medio Colegio Aristocrático sabe cómo las gastan «las duquesas», Mansilla y Ra-

faelito Carvajal. Pues bien, el director como si no pasara nada de particular. Ahora las costumbres licenciosas amenazan correrse a los Villamoral, Joaquinito Mendoza y Chacón, y concluirán probablemente adueñándose de los doscientos alumnos que integramos el Colegio Aristocrático si Dios no manda dos arcángeles para anunciarnos un fin semejante al que tuvieron los habitantes de Sodoma.

¡Y así y todo temo que los quieran violar como a los divinos emisarios bíblicos!...

II

Diez de Abril...

Lunes Santo. He recibido por correo dos cartas que he roto inmediatamente después de leídas. En las dos me dicen lo mismo: que me adoran, que me idolatran, que no saben vivir sin mí y que por unos de mis ratos darían cuanto se les pidiese. ¡Qué exageración! ¡Cómo saben que yo me doy gratis!...

Una es de Mery y otra es de la marquesa de Flores. Mery me dice que ha mejorado un poco por las delicias del clima valenciano y la marquesa que si no voy una tarde «a jugar con sus hijos» se quejará a mi familia.

En verdad que se necesita toda mi fuerza de voluntad para no correr al lado de una mujer que me llama tan expresiva y discretamente. Pero me he prometido romper con ella para evitarla y evitarme disgustos y no conseguirá con sus epistolas sino irritarme, pues sus llamamientos la rebajan a mis ojos.

Me estremezco como un gato ante la lluvia pensando lo que podría ocurrir si el marqués de Flores supiese que yo había yacido con su mujer. ¡Me veo hecho gigote! ¡Cuidado, Tony que eres muy joven aún para morir!

En el Colegio me entero de que han echado a Arístides Bagnoli. Muchos niños han contado en sus casas las indecencias del napolitano, y el director, a petición de varias familias, se ha visto obligado a arrojar del Colegio Aristocrático al «bello angelo», que amenazaba con destruir la averiada moral de los alumnos.

Pepito Ribes está desconsolado. No cesa de enjugar con la batista de su pañuelo, furtivas lágrimas que asoman a sus ojos cada vez que piensa en el compañero perdido, y Rodrigo Díaz de Vivar, está comedido y respetuoso con Mansilla. Hasta Rafaelito Carvajal ofrece un aspecto honorable y dolorido, porque se habrá dado cuenta de la oportunidad de ese refrán que dice: «cuando las barbas de tu vecino veas pelar...»

Me chocaba que esos chicos timoratos que han denunciado al italiano de los ojos negros, no hubiesen dicho en su casa que «las duquesas», Rafaelito Carvajal y Mansilla, también

son «de pronóstico reservado»; pero un interno que tiene la excelente costumbre de escuchar por las puertas, me revela que así ha pasado; mas don León no se ha atrevido a poner en la calle a unos muchachos tan distinguidos como Ribes—su padre es general—Rodrigo Díaz de Vivar—descendiente del Cid Campeador y de doña Jimena, Mansilla—su padre es embajador en Madrid de una república americana—Carvajal—nieto de un ex-ministro de la Corona y una dama de la Reina—y Chacón, que como todos sabemos, es hijo de un gentil-hombre y ex-gobernador de Sevilla. En cambio, expulsando a Bagnoli, se da una satisfacción a la moral y un toque de atención a los distinguidos compañeros de «juegos» del napolitano.

Don León ha manifestado a personas de su confianza, según me asegura el precitado interno, que él no cree a unos chicos españoles capaces de enviciarse como el napolitano, tal vez corrompido por las lecturas de la historia de Roma decadente, y a su juicio, les falta a los de aquí ambiente propicio para el desenvolvimiento de las teorías y costumbres que inmortalizaron a Calígula y a Nerón.

¡No deja de ser un modo de pensar como otro cualquiera, el de nuestro director! Ahora que yo podría contar a don León, que antes

de conocer a Bagnoli, Pepito Ribes y Díaz de Vivar, se vestían de muchachas y resucitaban los explendores de Lesbos y las combinaciones de Safo.

III

ONCE de Abril...

Luis y Abelardo han estado esta tarde en casa a invitarme para una excursión a Toledo el Viernes Santo, y como los tíos me han concedido fondos y permiso, me he reconciliado con ellos. Luego, para sellar nuestras paces hemos venido los tres con sendas cajas de dulces a casa de la Teresona olvidando yo mis propósitos de vida ejemplar.

Acostumbrado a la semi-oscuridad de la habitación, distingo claramente a las hetairas que son hoy: Remedios, la Chata, Reina y la Tempranita.

La Chata, paseando por la estancia su gordura morena y el desbarajuste de sus senos bovinos que trata en vano de gobernar con un corsé de moda; Reina recostada sobre el aparador, enfundada en una bata roja que hace más amarillo su pelo y más inexpresivas

sus miradas azules; la Tempranita hojeando inconsciente una revista galante, y Remedios atusándose en un rincón la achulada *coiffure*, sin decidirse a ponerse el corsé como la suplica *la señora*.

Dos borrachos con tipo de empleados de cinco mil reales se llevan a la Remedios y la Chata para que desempeñen las funciones de su cargo, interrumpiendo nuestra merienda, y la Tempranita que sostenía animado coloquio con Abelardo a la par que engullía, desaparece también del brazo de éste y me figuro que no van a rezar el rosario.

Tras del hermano de Carlos, la Tempranita se lleva a Luisito y el último que «entra» con ella soy yo.

Me sirve con indiferencia, subiéndome y bajándome sobre sus templadas carnes silenciosamente y a pesar de que su trabajo mecánico y sombrío no es para entusiasmar, por aquello de que soy joven la beso enardecido en la boca repetidas veces.

Al concluir la Tempranita conmigo nos despedimos de todas y ya en la calle pregunto a los chicos:

—¿Qué le pasará hoy a la Tempranita que está tan fatigada?

—¡Nosotros no hemos sido!—dice Abelardo apresuradamente.

—Cierto—interrumpe Luis.—«Lo nuestro» no es para fatigarla.

—¡Cómo!—exclamo yo—. ¿Qué es «lo vuestro»?

—Nosotros...—explica Abelardo—. Como tenemos mucho miedo a enfermedades que molestan demasiado, siempre que venimos a casa de la Teresona, es para... hacer fantasías a la francesa.

—¡Malditos seáis!—rujo yo—. ¡Ya podíais habérmelo advertido antes!...

IV

CATORCE de Abril...

Las ocho de la mañana en la estación del Mediodía. Gran animación, bajo la hermosa montera de cristales que cubre el andén. Cinco o seis trenes, dispuestos a salir para distintos puntos, promueven el ruido ensordecedor que da vida a las estaciones. En un tren un letrero que pone «Andalucía»; en otro: Madrid, Zaragoza y Alicante; en otro: Barcelona y en otro: Especial para Toledo.

Nos colocamos en este último, en el vagón de tercera que finalizaba el convoy. Abelardo ocupa el asiento próximo a la ventanilla y tiene a su lado a Luis—no se lo comerán—y yo en el de enfrente, estoy junto a Carlos.

Por la media ventanilla que me deja libre Abelardo, observo a los viajeros retrasados, mientras Carlos y Luis acomodan los gabanes y las meriendas encima de los asientos respectivos.

¡Oh, qué deliciosa fauna la de los excursionistas a Toledo este Viernes Santo de 1911! Una mamá gorda, *in extremis*, arrastra implacable a dos gemelitas de veinte abriles, exageradamente guapas. Un alemán de silueta diabólica que acentúa la punta de la afilada barbilla dirije miradas alentadoras a una Gretchen cincuentona que desfallece resistiéndose a andar, y se diría que en vez de conducirla a un vagón de segunda del tren especial para Toledo la llevan a una casa de citas. Una mujer del pueblo, obesa rebosante, con su hija y el futuro yerno, no abulta lo que la merienda que derrenga a la niña. El novio tiene bastante carga con los tufos que sombrean su frente y la gorra que sombrea los rizos.

Tres cocotrices de baja estofa con sus correspondientes tiranos deben haber llegado tarde a causa de la *entravé*. Siete niños ridículos de diez a doce mayos, con cara de masturbadores incipientes, desfilan vigilados por un preceptor con cara de cura relapso. (Nosotros hemos dicho en nuestras casas respectivas que llevamos un criado de la ajena, con lo cual vamos libres y sin testigos reventantes). Un papá con dos niñas casaderas más feas que el Jefe de estación y tres amigos ingleses, armados de tremendos aparatos fotográficos, son los últimos viajeros que desfilan ante nosotros.

De pronto el Jefe de estación, que es tan feo como las señoritas casaderas que vimos acompañadas de su papá, da la señal de partida. Tres toques de corneta y el tren sacude al viento una cabellera de humo, lanzándose a la conquista de la imperial Toledo.

La máquina avanza suavemente, con lentitud simpática, balanceándose un poco. Empiezan los desmontes, algunos cubiertos de verdor salpicado por lirios, y vemos refulgir al sol los tejadillos negros de los cobertizos para la restauración de los vagones. A lo lejos, el horizonte verdea, luego entramos en un terreno delicadamente llano, verde asimismo y vamos casi rozando los hilos del telégrafo que suben y bajan sobre el azul brillante del cielo, merced a las ligeras ondulaciones del suelo. Los sembrados de trigo marean nuestra vista con sus prolongadas extensiones de verdor. El paisaje es de una monotonía esmeraldina que contrasta con el azul del cielo y cansado, de ver siempre lo mismo cedo mi puesto a Carlos y me entretengo en leer la prensa que hemos comprado antes de partir el tren.

El traqueteo de éste, trata de impedirme que lea; pero yo me he empeñado en saborear la crítica de los sermones de Jueves Santo que publica *El País* y lo consigo. Cuando termino mi lectura me distraigo en observar de reojo a los compañeros de vagón. Veo hasta sus cuarenta personas, a algunas de las cuales ajusticiaría por lo mal que huelen. La fetidez de un joven hortera que lee A. B. C. para demostrarnos su simpatía por la aristocracia, es a bacalao de Escocia que no es una esencia recomendable. Un paleto y su mujer emanan miasmas deletéreos y un cura huele a carlista, que mata.

Pasadas cuatro estaciones y convencido de que mis compañeros de viaje no merecen la observación de que les hago víctimas, prefiero ponerme de charla con Abelardo que ha cedido su medio puesto en la ventana a Luis.

Como no hay bien ni mal que cien años dure, a las dos horas de viaje arribamos a Toledo, no sin crúzar el Tajo que bordea a la imperial ciudad como una cinta de plata. Recogemos los bártulos, descendemos y nos metemos en una tartana con rumbo a la Plaza Mayor de Toledo.

De allí—son las once y media—nos dirigimos al Puente de San Martín, al cual llegamos hábilmente guiados por Luisito que conoce los alrededores de Toledo—¿sería cadete el antecesor de Abelardo?—a las doce y tres cuartos. Desliamos los paquetes de la merienda y en amigable consorcio devoramos: una lata de calamares, otra de sardinas, una tortilla, empanadas de salmón y unas ruedas de merluza. De postre, una lata de melocotones en almíbar y pastas de *La Favorita*. Todo esto remojado con un par de botellas de Rioja. No nos moriremos de hambre en este santo día. Terminada nuestra comida, libres de los paquetes que podrían molestarnos, paseamos media hora en barca por el Tajo y nos encaminamos a la ciudad, después de treinta minutos de tostarnos al sol por las aguas del río, en busca de un amable cadete, amigo de Luisito, que nos servirá de cicerone en Toledo.

La casa del Greco es muy curiosa. Por lo pronto tiene unos subterráneos deliciosos. Creo que hay siete pisos bajo tierra.

Nos valemos de cerillas para no perdernos en estas inmensas galerías siempre bajas de techos y siempre tétricas, y Luis con su ca-

dete—este cadete es precioso, rubio y sonrosado como una princesa de los cuentos de hadas— se aventuran detrás de unos arcos.

Después subimos a la casa, que entusiasma por el gusto y la propiedad de que está decorada, y cruzando el patio central que no falta en ninguna casa o palacio del siglo XVI, invadimos la mansión legada por el marqués de Vega-Inclán, llamada a perpetuar la admiración de su dueño por tan vituperable pintor como el Greco.

Los vigilantes de la casa, entregados a la dulce placidez de no hacer nada, nos examinan estúpidamente por cuantas estancias desfilamos. Sobre todo la cocina es una preciosidad con su gran caldera, los despenseros incrustados en la pared y los vasares del fogón rebosantes de cacharros de Talavera, pregoneros de esa ordinariez artística que le ha dado fama mundial. Una escalera con artesonados magníficos nos conduce a un corredor por el que pasamos a una sala con cuadros del afamado loco del pincel y aquí de mi paciencia.

Los cuadros del Greco son a mi juicio caricaturas religiosas no exentas de gracia. Aquellos santos kilométricos de manos largas, ¿serían ladrones o asesinos antes de ser canonizados? Porque la corte celestial está

poblada de gentualla que hogaño vegetaría en el penal de Ocaña. Mi temperamento excesivamente moderno y pletórico de sensualidad frívola y mundana, no se aviene a reconocer al Greco como una figura aceptable en la pintura. Forzosamente deben de tener algo sus obras cuando los inteligentes las celebran; pero yo que estoy en ayunas respecto a pintura, en mi ignorancia prefiero al acaramelado Murillo como pintor religioso. Los santos del Greco parecen santos de mancebía y lejos de despertar los sentimientos de la Religión, nos hacen distanciarnos de ella. Yo, entre una religión como la del Greco sin alegría y sin belleza, cuyos personajes aterrorizan en vez de confortarnos o las mentiras mitológicas, me quedo con las últimas. El Greco nos hace a muchos panteístas.

La posada de la Sangre, que ya era vieja en los tiempos del autor del Quijote continúa como debió de estar en tiempos de Cervantes. Forzoso es reconocer que el celebrado manco de Lepanto no se hospedó en un alcázar para escribir *La ilustre fregona*. Según tradición, la posada que albergó al Príncipe de los Ingenios por el año 1600 era de lo mejorcito que había en Toledo. ¡Cómo serían las peores!

La vieja Puerta de Visagra por donde di-

cen que entró Alfonso VI en la ciudad, permanecía cerrada desde los días de Carlos V; pero hace un par de años la abrieron, sin duda para ocasionar quebraderos de cabeza a los eruditos que no saben a punto fijo si la construcción de la famosa puerta es árabe o visigoda y si es verosímil que Alfonso VI entrase en la Reconquista por un postigo. Nuestro lucido cadete entiende poco de esto; pero deduce que el citado gran señor debió entrar por la nueva Puerta Visagra—corrupción de Viae Sacree—que no tiene de nueva sino que fué reparada en 1.550 bajo el regimiento de don Pedro de Córdoba, ilustre prefecto de la ciudad, según reza en latín la lápida colocada sobre ella.

Sacamos una fotografía del Hospital de Santa Cruz. Por cierto que no me explico las dificultades que opuso el Papa Alejandro VI a esta fundación del Cardenal Mendoza, ya que no se trataba de una clínica para aplicar el 606, sino de la primera casa-cuna de España y quizás del mundo. El pobre Cardenal Mendoza se murió sin darse el gustazo de ver concluída su obra; pero la Reina Isabel la Católica la terminó según jura el cadete cicerone, y aquí está este monumento del Renacimiento, construído por Egas, para decirnos a los profanos algo sobre las modas arquitectónicas del reinado de la protectora del Cristófano Colombo.

La Cárcel de la Santa Hermandad que tanto veló en el siglo XVII por la pureza de las costumbres toledanas no deja de tener interés, por lo que procedemos a fotografiarla aprovechando la ausencia de los cuadrilleros que en su siglo nos hubieran quemado por herejes si nos ven con una máquina de retratar.

He notado que las calles de Toledo son estrechas, malolientes y angostas y el pavimento no se debió hacer pensando en excursiones de femeninos pies ducales. Al revolver de cada esquina hay una imagen empotrada en la pared con gesto de resignación cristiana—auténtica—y cuando la imagen es de tamaño natural y escultórica está resguardada por una alambrera. A una pobre virgen del siglo XIII la han enjaulado para librarla de las irreverencias de los chicos toledanos que afinaban su puntería tirando con piedras a las narices de la santa, y a un mártir que por su sexo no merecía las consideraciones de preservarle de travesuras infantiles, le han puesto los chiquillos como para competir con un costal de paja en sencillez.

La Catedral, esa maravillosa joya arquitectónica, obra de tantos siglos, forjada sobre

una supuesta aparición de la virgen a San Ildefonso en el año 666—¡qué bonito capicúa!—nos deslumbra con la variedad de sus estilos. Aquello es un muestrario de lo bueno y lo malo que supieron hacer los que han colaborado en la admirable obra. La Catedral de Toledo revela el sentimiento religioso a través de los siglos y a través de las civilizaciones, y recorriendo las espaciosas naves que encierran los sepulcros de tanta gente ilustre —yo quisiera ser enterrado junto a don Alvaro de Luna—nos asombramos de la grandeza ornamental del interior de la catedral. Si yo tuviera una erudición complicada, aquí la sacaría a relucir; pero como no cuento sino con la poca que nos puede dar nuestro gentil cadete,—¿será cadete?—tengo que fracasar como erudito.

La *toilette* del gigantesco San Cristóbal no me parece correcta. Parece que va a jugar al *foot-ball* y, francamente, con esas ropas nadie puede inspirar devoción.

Un pobre hombre de la iglesia predica fieramente a los oyentes que escuchan embobados, y yo comento por lo bajo con Abelardo Flores el sermón hasta que nos obliga una beata gruñona a guardar silencio.

En las tenebrosidades de la catedral los cadetes devoran con la vista a las toledanas,

las viejas rumían sentadas en las frías losas, —¡qué frescos deben tener los marchitos encantos reservados!—con un devocionario que no les sirve para nada, y algún que otro viejo ronronea apoyado en las columnas del templo. La Catedral—a pesar de sus altares cubiertos por paños negros—ofrece un aspecto eminentemente profano. Yo no veo aquí fervor religioso, sino una continuación de la vida mundana, con sus escarceos amorosos, sus sonrisas escépticas y sus livianas murmuraciones.

Los invasores ultra-toledanos, no respetamos la santidad del lugar. Paseamos por la casa sagrada con la misma indiferencia que pasearíamos por un museo de arte moderno o por el foyer de un teatro de varietés. Se habla en voz alta. Se merienda y se flirtea. Los tiempos evolucionan. Antaño quizás la Catedral de Toledo inspirase recogimiento. Hogaño todo lo más que despierta en nosotros es curiosidad. De templo se ha convertido en museo y que el demonio nos lleve si no ha salido ganando en el cambio. Las inglesas enfocan sus gemelos tranquilísimas para quintaesenciar los detalles que escapan a simple vista y el magnesio funciona iluminando con sus chispazos las penumbras odiosas. La brillante cadetería que todo lo inva-

de, simboliza el amor acechando a las devotas. Hoy no se respeta nada. La casa del Señor, parece una casa de citas. ¡Oh, la civilización que todo lo corrompe!

Salimos de la Catedral y vamos al barrio judío. Las cornisas de las casas de sus estrechas callejuelas están tan cerca unas de otras, que se puede saltar de tejado a tejado. En la Morería, dos pseudo-judías nos lanzan miradas de odio. El odio de razas que no se borra en el trancurso de los siglos.

Para los hombres sesudos—sinónimo de gente sin corazón—es fantástica la leyenda de Galiana,

la mora más celebrada
de toda la Morería,

la hermosísima hija del Rey Galafre, prometida de Carlomagno y adorada de Bradamante. Sus clepsidras, sus jardines, su *cubba* o kiosko, donde con un peine de oro se peinaba la princesa sin miedo a mojarse y la buhera o albufera en que Al-Mamón paseaba, todo es fantasía. Pero yo no desconfío de la veracidad de la leyenda de Zorrilla.

Así somos todos los chicos de nuestra época. O creemos en todo o no creemos en nada. Y yo que tengo los dos extremos aunque tendiendo siempre a creer en las cosas bellas por absurdas que sean, suspiro contemplando

el castillo de Galiana y la Huerta del Rey. Me siento sentimental. El corazón domina a la cabeza y mis labios murmuran dulcemente los versos del poeta:

¡Galiana, Galiana mía!

Recorremos Toledo de punta a punta sin orden ni concierto, porque el cadete amigo de Luis no nos lleva con ruta razonable y, resulta que así andamos el doble.

A las cuatro y media hemos visto todo lo citado y después de esa hora conocemos los jardines, el Cristo de la Luz y Santa María la Blanca.

Ahora nos encontramos en el último piso de la Puerta del Sol, desde donde se divisa un panorama extensísimo, y con ayuda de los gemelos descubrimos los restos de un circo romano y el cementerio árabe. La bella fantasía de esta raza se descubre en todos sus monumentos, aun en aquellos que por sí solos repelen al hombre. El cementerio árabe de Toledo no tiene tapias de cerramiento; se abre a la expansión de todos los vientos como indicando al alma que es libre de volar por donde guste y que la Muerte no es sino el punto de partida del viaje al más allá, dejándole para eso el paso expedito. Se podría

afirmar que la característica del cementerio árabe es la alegría. Una simple piedra blanca para los pobres y una columna, blanca también, para los festejados que fueron en vida, de la fortuna. Se divisa igualmente la capilla del Cristo de la Vega, que Zorrilla vulgarizó con su leyenda y una parte del Tajo que serpentea entre verdores incitantes.

Los cobertizos de Santo Domingo el Real me transportan a una era de embozados y tapadas, celestinas, dueñas, rodrigones, desafíos, raptos, y cuanto puede soñar una imaginación tan acalorada como la mía.

Luis que es cien veces más práctico que yo y comprende que a la noche perderá al cadete por largo tiempo, se aprovecha de la compañía de éste, con gran indignación de Abelardo por tanto cinismo.

A las cinco y media refrescamos en el café Suizo, y atrapamos la procesión del Viernes Santo viéndola desfilar desde un sitio estratégico. Como no soy amigo de mogigangas, sonrío ante los infelices que con largos cucuruchos en la cabeza abren paso después de un estandarte sostenido por un cojo. A éstos suceden unos sujetos armados hasta los dientes con cascos y corazas de no sé qué año, y luego los concejales portando una vela cada uno y sin llevar en sus rostros la unción de David.

Los músicos desafinan concienzudamente, y yo desesperado propongo meternos en el café Español hasta que salga el tren que ha de devolvernos a Madrid.

A las seis y cuarto estamos en un vagón, acomodándonos ínterin salga el tren, y nos despedimos del cadete que cambia con Carlos un abrazo que hiela el corazón de Abelardo.

A las seis y media partimos, y Luis cotorrea con Abelardo Flores en voz baja. Supongo que el hermano de Carlos irá recriminando a Luisito y que éste se defenderá de las inculpaciones de su íntimo.

Carlos, amodorrado por el cansancio, dormita y yo reflexiono con la cabeza recostada sobre su hombro.

El viaje es un runruneo molestante que dura tres horas; pero a las nueve y pico estamos en Madrid, los cuatro rendidos por lo que hemos andado todo el día. Capturamos un coche y éste deja a Luis en su casa, luego a los Flores y después a mí.

Pago sin pestañear—este auriga conoce a Caco—y caigo en el sofá del comedor medio cadáver. Tía Enriqueta y Anita me piden impresiones de Toledo; yo se las doy muy so-

meramente y con el postre en la boca me apuesto.

¡Si hoy hubiera estado Mery en Madrid no me hubiera llevado a su alcoba ni con la guardia civil!

V

TRECE de Mayo florido...

Recibo otra nueva carta de la marquesa llamándome a su lado desesperadamente en términos folletinescos. Desde la tarde en que la dije que aquello *había terminado*, todos los días me escribe invitándome a que vuelva por su casa, y sus cartas al principio rebeldes y amenazadoras se han tornado delicadamente resignadas. La epístola de hoy debe estar copiada de alguna novela de Carolina Invernizio, porque tiene párrafos de locura.

Menos mal que estas cartas vienen a máquina y con una M. por toda firma, que si no podrían ocasionarla un serio contratiempo.

A la crepuscular marquesa este idilio la ha vuelto romántica. Pero al leer sus cartas no concibo que estén dirigidas a mí. Me desconcierta que un chico de mis años pueda hacer perder el tiempo a una mujer de esa manera, y me parece que estas epístolas enderezadas a un tenorio de quince abriles resultan casi bufas.

Releyendo estas cartas tan pintorescas me asaltan tentaciones de correr a los brazos de la madre de Carlos; pero la verdad, le he tomado tal pánico al marqués, que, francamente... antes ingreso en la cofradía de «las duquesas» que volver a yacer con la rubeniana aristócrata..

No me gustaría morir de cornada de burro...

Mery continúa en Valencia desde el uno de Abril. Ella como don Reyes nos dice que es imposible por ahora a juicio de los médicos abandonar la ciudad del Turia, pues su enfermedad es cosa peor de lo que parecía. Evidentemente se trata de un principio de tuberculosis que hay que vencer para que no sobrevenga una hecatombe.

Su última carta casi me ha hecho llorar. La pobre me revela que su mal es mucho más grave que lo que dice a los tíos, y que la desespera de tal modo que teme hacer el día menos pensado una *barbaridad*.

Rompo sus cartas inmediatamente después de leídas—como las de la marquesa—y en el colegio mientras repaso, mi imaginación en lugar de leer el sistema de Voisin de la Física, releo por trigésima vez los renglones de Mery... o los llamamientos de la marquesa.

VI

San Isidro, labrador, quince del mes florido y una tarde indecente más propia de diciembre que de mayo...

Carlos ha venido a almorzar con nosotros y se ha traído de paso a Mesalina.

Mesalina, es la gata favorita de la marquesa de Flores, una gatita blanca, nacarada, con el hocico de color de rosa, los ojos de color de uva y unos bigotes larguísimos que su ama tiene el buen cuidado de recortar semanalmente para que con su crecimiento produzcan la hilaridad de cuantos contemplen al animalejo.

A la conclusión de los postres, Carlos sostiene con Anita y conmigo el *animado bridge* que según nuestros cronistas de salones, se juega en las casas aristocráticas después de las comidas y aprovechando una ausencia de

mi prima, Carlos me explica prolijamente con Mesalina en brazos por qué puso su madre ese nombre a la gata.

—Pues sencillamente por sus costumbres licenciosas. Primero la bautizamos con el nombre de Tosca; pero pronto nos convencimos de nuestra equivocación al sacarla de pila, pues no había gato que se acercara a ella que no se saliese con la suya y como sus devaneos no han cesado desde que nos la regalaron, mamá le ha quitado ese nombre para ponerle el de ahora ya que otro más adecuado no se encontraría.

Yo acaricio a la nívea gata que agradecida me lame las manos con una lengua que parece de papel de lija y, digo a Carlos Flores:

—Es inconcebible que un animal tan manso y en apariencia tan puro, sea un monstruo del pecado.

—Bah,—responde Carlos—es como muchas personas. Blancas por fuera pero de color de vicio por dentro.

—Como yo por ejemplo—exclamo sin poderme contener.

—¿Como tú?—dice él—¡Me parece que exageras!

—Tienes razón—afirmo.—Yo no soy un vicioso. Yo creo que vicio es lo que se

ejecuta friamente sin poner el espíritu como Mesalina; pero cuando pecamos arrastrados por nuestro instinto y poniendo en el pecado toda la intensidad de nuestra alma, no somos viciosos. Nuestros actos entonces solo son una consecuencia de nuestro temperamento. (¿He dicho algo?)

La entrada de Anita interrumpe mis elucubraciones gatuno-filosóficas. Trae el dominó porque le cansa el *bridge* y ya están repartidas las fichas cuando tía Enriqueta llama a Anita.

Entonces Carlos que ha traído a Mesalina para que intime con Machaquito, el gato de casa, negro como la noche, soberbio como un rey y también de Angora, propone que procedamos a buscar el sitio que sirva de punto de cita para los futuros amantes. Como conviene que sea en un lugar apartado para que no se oiga el bochinche que de seguro promoverán y que podrían escandalizar los castos oídos de mi prima y mi tía, decidimos reunirlos en el invernadero.

—¡Vamos allí ahora mismo!—digo cogiendo a Machaquito, que al olor de Mesalina rondaba las piernas de Carlos.—Aprovechémonos de la falta de Anita para escapar.

Rápidamente, llevando cada uno de nosotros a uno de los futuros amantes, cruzamos el jardín lleno de barro y nos mojamos un poco antes de introducirnos en el invernadero. Y ya dentro, damos suelta a Mesalina que desorientada buscaba un rincón para ocultarse. Machaquito hace lo mismo, y nosotros, colocados en un extremo, detrás de unas palmeras que casi nos tapan por completo, presenciamos la seducción de Mesalina con regocijo.

Machaquito avanza con cautela y husmea tímidamente a la blanca Mesalina, oliéndola primero para convencerse de su sexo, y ella que debe estar acostumbrada a estos necesarios reconocimientos, se deja inspeccionar levantando la cola ingenuamente, con cierta singular coquetería. Machaquito, contento de su examen, se aproxima al hocico de la gata mirándola con fijeza, y Mesalina entonces da un salto primoroso, prodigio de elegancia y que la separa medio metro del *terrible Machaco*.

Perplegidad de Machaquito.

Unos momentos de indecisión en el gato; pero en seguida recobra su apostura homérica y se acerca a Mesalina fieramente con la seguridad del triunfo. Carlos y yo mantenemos la respiración siguiendo interesados las

peripecias de esta aventura galante-gatuno-tauromáquico-romana.

Machaquito ronronea, la sitiada hace lo mismo, y luego los dos de acuerdo, levantan ambas colas, como poniendo el cielo por testigo de lo que van a hacer. Machaquito restriega bien sus lomos contra los de la pulcra Mesalina, que bufa complacida, y la pecadora, colocada hábilmente, espera a su galán.

Momento culminante. Silencio precursor de las grandes solemnidades. Solo se oye el gotear de la lluvia sobre la montera de cristales del invernadero convertido por nosotros en casa de citas.

Machaquito se sube sobre Mesalina afianzándose con las patas delanteras a las de ella y el delito comienza. Con precisión matemática, Machaquito se mueve diestramente para lograr sus pérfidos designios y la gata espatarrada frunce las naricitas que se han tornado coloreadas, aguantando con rugidos de satisfacción el peso del enorme gato negro que prosigue implacable con su tarea amorosa. Siete minutos dura la penetración pacífica, y cuando la cosa parecía haber terminado, Mesalina, como si no estuviera acostumbrada a ciertas intromisiones, malla desaforadamente cual si la estuvieran forzando por primera vez, y Machaquito por no ser menos también prorrumpe en fuertes maullidos.

Oprimo la mano de Carlos en un momento de entusiasmo y le digo:

—Vámonos, porque esto se ha concluído y el resto no tiene interés. Repetirán dos o tres veces y cuando estén cansados se echarán a dormir. ¡Dentro de unas semanas verás qué crías tan hermosas tenemos!...

Iniciamos la retirada y en el comedor Anita nos pregunta:

—¿Pero dónde os habíais metido?

—En el invernadero—respondo a mi prima.—Hemos llevado a Mesalina para que no sea víctima de un momento de descuido de las asechanzas de Machaco. ¡La pobre gata de Carlos es mocita!

Esta afirmación hace exclamar a Anita:

—¡Tú que sabes, hombre! ¡Te creerás que te va a llamar a tí la gata para ciertas cosas!

—¡Ya lo sé! ¡Pero me agradaría que lo hiciese! ¡No me gustaría quedarme sin verías!

VII

VEINTE de Mayo...

Se acercan los exámenes. Los alumnos del Colegio Aristocrático entramos en una era de actividad imponderable, y hasta los más atrasados sacuden su inteligencia afanándose para aprender aunque no sea más que lo necesario para simular ante el Tribunal que conocen la asignatura.

Pepito Ribes repasa atropelladamente queriendo dominar en quince días lo que hemos estudiado los demás en ocho meses, y Mansilla y Díaz de Vivar en el kiosko del jardín de recreo se olvidan de lo divino y de lo humano para empollar la Física que se les resiste.

—Chacón—¡oh, cómo se le han reducido las famosas nalgas que tanto me enfurecían!—pasea con los Villamoral, tomándose uno a otro las lecciones con el programa en la mano, y sus caderas mustias y como escarnecidas duermen ante la indiferencia general que no

tiene una frase de lástima para los campos de soledad, mustio collado que fueron en un tiempo moles retadoras.

Piñana y Medrano han hecho las paces tras regañar por milésima vez en el curso, y estudian en los bancos de piedra del jardín de recreo.

Julio Molina con Maza ocupa otro pétreo asiento, y recita la psicología dramáticamente, con entonación a lo María Guerrero, prodigando unas miradas de tigre, más trágicas aún que las de la genial actriz. Maza le escucha comiéndose un lápiz y con los dedos en la nariz según su *posse* habitual, y solo deja de inspeccionarse para volver las hojas del libro.

Rafaelito Carvajal tumbado en el tercer banco a lo «reina de Saba», lascivamente arqueadas las caderas, ensueña voluptuosamente con su libro sobre los muslos.

Daniel Estebas ha dejado de chismorrear intimidades de la alta sociedad y conversa con Colombo sobre temas de Higiene.

Carlos y yo cogidos del brazo seguimos el ejemplo de aplicación que reina en el ambiente, y don León embutido en una sotana mugrienta y desflecada de ligeras tonalidades verdosas, recorre pausadamente el perímetro del jardín de recreo vigilando inquisitorial

con sus ojillos grises y avispados al resto del colegio.

El padre sol nos baña con su dorada luz obligándonos a algunos a buscar la sombra, y solo se respira estudio y meditación en el colegio.

Los temperamentos fantásticos decimos que el hada de la aplicación ha tendido sus alas sobre nosotros, y los necios se burlan de nuestra fantasía mientras el mes avanza implacable obligándonos a recuperar el tiempo perdido, a suprimir los gabanes, a comprarnos sombreros de paja y a vestir de verano.

VIII

UNO de Junio...

Las ocho de la tarde. Crepúsculo. Estoy solito en casa contemplando desde el balcón del comedor la puesta del astro rey que se aleja con resplandores de incendio coloreando de rojo las nubes, y cuando el sol se ha escondido totalmente, la imperiosa necesidad de salir al campo me arroja de casa. Por la calle de Velázquez corro hacia Lista y allí doblo para ascender en línea recta.

La de hoy es una noche estival en que la calma y el sosiego me invalidan embriagándome de felicidad, y el ambiente de paz y quietud—no en vano estoy ya en las afueras—me hacen soñar en una vida ideal; una vida de ensueños, sin alteraciones de nervios, sin maldades, sin envidias y sin perversiones... que es muy posible me aburriese al tercer día.

Con delectación suprema aspiro el dulce

aroma de la noche tranquila. La brisa juguetea besando mis cabellos revoltosos, mientras murmura a mi oído en su arrullador lenguaje los encantos de la tranquilidad del campo, hasta que las cigarras y los grillos en su estridor, cantan pereza. Hay tardes en que se siente uno bucólico.

Mi alma se halla cautiva de tanto bienestar y me tumbo en el suelo sin miedo a las hormigas. Las estrellas van apareciendo lentamente tendiendo primorosas su manto de diamantes luminosos alrededor de la reina Luna, la soberana de la noche que resplandece poniendo en su sonrisa de luz una suave expresión de dulzura. En medio de este amable silencio se me ocurre silbar y mi silbido es como una blasfemia en la augusta serenidad de la noche. ¡Me parece que no puedo estar más poético!

Me levanto para proseguir la ruta y mi sombra me persigue, recortándose como un espectro sobre el suelo que azulea el resplandor lunar, que diría un poeta preciosista.

Al darme cuenta de hasta donde he llegado en mi pacífica excursión, que únicamente alumbran los rayos de la luna, noto que han desaparecido las calles y las luces. Estoy más allá del paseo de Ronda. Vuelvo la vista y allá lejos rebrillean los faroles.

Varias parejas amorosas, estratégicamente colocadas entonan un himno al amor, fundiendo en uno sus dos cuerpos ante el rubor de Su Majestad la Luna, y yo como si no hubiera visto nada prosigo mi caminata pensando en la oportunidad de unas nubes discretas que velasen la faz de la reina nocturna.

De trecho en trecho algún que otro hotel aristocrático se levanta sobre la soledad del paisaje, y en la lejanía una campana conventual suena diciendo desengaños en su lenguaje místico. ¡Aquí de Fray Luis de León!

Un ganado vacuno avanza lentamente en dirección contraria a la mía animado por el concierto de sus campanitas, y yo instintivamente me coloco entre cardos como seguridad. El ganado pasa y con él mi leve inquietud; al perderse el rumor de los cánticos gallegos de los pastores, me reclino nuevamente en el suelo rodeado de cardos y de flores moradas. Con voluptuosidad de amante me dejo bañar por la luz de la luna, y gozo con un inédito placer sensual percibiendo su claridad sobre mi epidermis. La luz platea mi rostro y un estremecimiento raro y delicioso me recorre encendiéndome la sangre en las venas. Algo así como si me estuviera haciendo cosquillas la luna.

Alentado por la soledad del campo y el

perfume campestre que me enerva sumiéndome en la voluptuosidad, profano la pureza de la noche con mis atrevimientos, dejándome al irme huellas de mi entusiasmo por las cálidas noches de junio.

Emprendo la vuelta a casa corriendo locamente a través de los campos desiertos para no llegar tarde a comer, y así y todo dan las nueve y media cuando penetro en el comedor.

Si yo les contara a los tíos que seducido por el encanto de la luna he sido hace un rato su amante... ¡no lo creerían!...

IX

TRES de Junio...

Sábado.

¡Qué noticia más sensacional ha servido hoy de comidilla en el colegio!...

El marqués de Flores ha sorprendido a su esposa en flagrante delito de adulterio con el *chauffeur*, y después de abofetearla y escupirla en la cara se ha separado de la infiel mientras obtiene el divorcio que ha pedido; la marquesa ha marchado a París y el marqués a Valencia con sus hijos. El escándalo es del dominio público porque ha transcendido a los altos círculos, y Daniel Estebas lo ha contado en el colegio añadiendo que la cosa era de esperar, pues tanto va el cántaro a la fuente...

Los chicos me miran compasivos por la pérdida de mi amigo Carlos, excepto algunos que se alegran, y yo desesperado no me doy cuenta de lo que me rodea. Me imagino ser

víctima de una cruel pesadilla; siento como si me golpeasen con un martillo en la cabeza, y he caído en un abatimiento que se atribuye al dolor que me produce la separación de mi mejor amigo.

XI

Mi postración es advertida por Anita, que me pregunta la razón de ella y yo balbuceo una incongruencia retirándome a mi cuarto.

Tendido sobre la cama evoco los principales episodios de mis breves amores con la marquesa, y se me aparece la madre de Carlos joven y sonriente, brindándome deleites con la sencillez del día de mi nacimiento al placer; luego la silueta se esfuma y se metamorfosea en la de Carlos, rubio y espiritual, con la cara tan blanca y los tiernos ojos azules que adormecían con la suavidad de su mirada. Le veo, cariñoso, insinuante, femenino como un gatito acariciándome con mimo y diciéndome dulcemente: Tony, te quiero mucho, mucho más que tú a mí. Le sustituye Abelardo idéntico a él; pero algo mayor, con menos gentileza en la figura, no tan ingenuos los ojos y más traviesa la boca, del brazo de Luisito que le oprime nerviosamente y por fin entreveo al marqués de Flores, airado, enfurecido, bramando por la injuria inferida a su honor y agarrándose a unos cuernos kilométricos.

Abstraído en mis evocaciones no me doy cuenta de la entrada en mi alcoba de tía Enriqueta y tío Manuel, hasta que unos feroces cachetes me sacan del ensueño. Tía Enriqueta me mira con los ojos en blanco y tío Manuel ruge terrible mostrándome una carta y pidiéndome explicaciones.

Al concluir de leerla siento que la sangre se agolpa a mis ojos proporcionándome un mareo, y al restablecerme estoy en un sillón del comedor frente a los tíos. Un frasco de éter se esconde en las manos de tía Enriqueta, y tío Manuel con cara de ogro me mira con interés por primera vez en su vida. ¿Qué pasará, Dios mío?...

El macabro don Reyes ha escrito desde Valencia. A la llegada de Mery—primeros de Abril—la reconoció un médico que encontró sospechosa su enfermedad. A mediados de este mes Mery se agravó—sentía náuseas y tenía frecuentes vómitos—y el médico le hizo a don Reyes una revelación estupenda: Mery se hallaba en cinta. Mi preceptor tuvo una escena con la pobre muchacha y ésta le confirmó su estado; pero negose en absoluto a dar el nombre del seductor. Don Reyes compadecido de Mery, convino con ésta en

ocultar la cosa a los tíos y en que ella daría a luz y dejaría el niño a una familia de labradores valencianos para tornar a Madrid repuesta y como si todo hubiera sido un sueño. Pero últimamente Mery empezó a desesperarse y pasaba el día llorando encerrada en su alcoba sin querer ver a nadie, llamándose cien veces desgraciada y maldiciendo su fortuna. Don Reyes y su esposa trataban de consolarla buenamente y sacarla de paso el nombre del causante de su desventura; pero Mery se obstinaba en rabiar, negándose a pronunciar una sola palabra que descubriese su secreto.

Mas, antes de ayer, Mery salió de su casa a las once de la mañana sin decir a donde iba. Tardó más de dos horas en volver, y después de almorzar se acostó sin dar señales de vida hasta las seis de la tarde que conmovió la casa con sus gritos. Cuando entraron en el cuarto de Mery don Reyes y su esposa, Mery había abortado voluntariamente y estaba gravísima. «A las puertas de la muerte» como escribe al final de su carta el preceptor. En vista de que la pobrecita Mery se moría por instantes se avisó al Viático para confesarla y luego que hubo hablado con el cura llamó aparte a don Reyes y le dijo que Tony Fontanar era el causante de su muerte.

Esto es cuanto ha escrito mi ex-tirano a los

tíos. Agrega que quizás la confesión de Mery hecha en los delirios de la muerte carezca de verosimiltud; pero que en vista de los acontecimientos, él se vé en la precisión de contárselo a los tíos conforme ha ocurrrido. Tío Manuel me pregunta si es verdad lo que se denuncia en la carta y yo no me atrevo a responder; pero un manotazo suyo me decide a ser franco.

—Pues bien, sí; yo me entendía con Mery; pero ignoraba que se encontrase en ese estado. Es más, dudo que *eso* sea mío. Para mí que Mery se entendía con alguien más que conmigo y ahora al verse perdida... me echa a mí la culpa.

Tía Enriqueta abre los ojos para mirar al infinito, y tío Manuel me propina una sarta de bofetadas que me encienden las mejillas, acompañando la tunda con un vocabulario harto expresivo:

—¡Tú serás la perdición de la casa! ¡Qué dirán las gentes honradas si se enteran de esto! ¡Sinvergüenza! ¡Indecente! ¡Ya sabré yo tenerte a raya para lo sucesivo!

Tía Enriqueta le ayuda en su tarea de apostrofarme y concluye dignísima:

—¡Eres un aborto de la naturaleza y merecías que tu tío te desbaratase! ¡Dónde habrás tú aprendido estas cosas? ¡Porque aquí no ha

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

sido! ¡Esta es una familia muy decente! ¿Lo oyes? ¡Muy decente! ¡Aquí no existe nada que no sea católico y honrado! ¡Tú en cambio eres el baldón de la familia! ¡Te parece a tí bonita tu conducta seduciendo a la instituriz de tu prima! ¡Ah, Dios mío! ¡Yo quisiera saber cómo habéis hecho eso!

—¡Pues como lo hace todo el mundo, tía! respondo fríamente.

La entrada de Anita implorando clemencia para mí, apacigua a los tíos. Por la intercesión de ella calman los tíos sus furores y mi llanto se amengua. Me dispensan de ir al colegio porque la cachetina de tío Manuel me ha dejado impresentable, y me acuesto nuevamente para recapacitar sobre lo pasado.

El haber hecho madre a Mery me produce una sensación extraordinaria, pues no concibo que un bebé pueda llamarme papaíto a mis diez y seis años. Ahora me alegro de haber renunciado a mi prima con tiempo, porque quién sabe si a estas horas no estaría Anita esperando un nene de París.

Ahora, que a tía Enriqueta no le perdono su afán por animar al tío a abofetearme concienzudamente; y como justo castigo a su perversidad no la devuelvo los dos duros que la tomé para ir a casa de la Teresona y además, mañana mismo dirigiré a tío Manuel

un anónimo concebido en estos términos:

«Muy señor mío: su esposa le engaña miserablemente, y si desea usted pruebas las hallará en el cajón de abajo del secreter de la adúltera.—*Una persona que le quiere bien.*»

X

CUATRO de Junio...

Domingo.

Reina en la casa un silencio macabro que escalofría los huesos. En la mesa, tío Manuel me mira dolorido y conturbado como si realmente el aborto lo hubiera tenido él; tía Enriqueta me observa pensando tal vez en los ricos momentos que haría pasar a Mery antes de proporcionarla este disgusto, y Anita calla y come como si no supiera nada. Los tíos están menos indignados conmigo porque en una nueva carta de don Reyes, éste le manifiesta que Mery ha tenido un gran alivio dentro de su gravedad, y a más han descubierto que Mery sostenía relaciones íntimas con un compatriota suyo.

Yo, triste y cabizbajo, verdaderamente conmovido, porque profesaba un sincero afecto a la institutriz de mi prima que tan infiel me ha resultado—¡todas las mujeres son iguales!—

almuerzo tristemente, soportando la curiosidad de la nueva doncella que sirve a la mesa y me inspecciona con atención ofensiva.

La sombra de Eurípides vaga por el comedor cuando le abandonamos, y un soplo trágico hace presentir algo horrible.

Las dos. El cartero me trae una carta con sello de Valencia, y me intriga porque no es letra de Mery. La rompo con presteza buscando la firma y veo que es de Carlos Flores. ¡Ya era hora! ¡Tantos días sin saber de él e ignorando los detalles de la separación de sus padres! No le perdonaré que se haya marchado sin despedirse de mí; estoy seguro de que Abelardo no tuvo ese olvido con Luisito.

«Valencia 3 de Junio de 1911.

Querido Tony: cuatro líneas para despedirme de ti antes de embarcarnos para América. La catástrofe que yo preveía ha estallado y ha adquido tal resonancia, que papá no ha encontrado otro medio de apagar el escándalo, que improvisar este viaje a Buenos Aires. Allí nos reuniremos con mamá, que ahora está en París. Papá, que en el fondo la quiere mucho, la ha perdonado a condición de que

no reincida. Pero para salvar la dignidad de ambos, se ha hecho preciso representar esta comedia. Dentro de algunos meses, cuando todos volvamos juntos a Madrid, nadie se acordará de *esto* y el que se acuerde lo habrá perdonado.

Te escribiré más largamente y te ruego que no te olvides de mí. Puedes estar seguro de que tu recuerdo será mi mejor compañero y durante mucho tiempo, aunque tú ya no pienses en mí, yo te seguiré recordando como mi amigo más querido.

Adiós, recibe mil abrazos muy fuertes, muy fuertes, muy fuertes de tu fiel camarada

Carlos.»

XI

SEIS de junio...

Me hallo en un estado de ánimo indescriptible. Los últimos sucesos me han afectado de tal suerte que hasta casi he perdido la memoria. Tengo alucinaciones y la figura de Mery se me aparece continuamente haciéndome perder la noción del ser; la marquesa también me tortura con sus ruegos y Carlos me dice *¡adiós!* con su pañuelo desde el barco que le conduce a América. Frenético me golpeo los ojos, y tan solo consigo aumentar mis dolores morales, agravados por otro mal físico que he descubierto al levantarme de la cama.

Hace diez días fuí con Luis y Abelardo a casa de la Teresona, y como no estaba la Tempranita desempeñó las labores propias de su cargo una chica apodada la Virgencita que me ha dejado... un recuerdo que me molesta al andar de un modo atroz; pero todo irá bien

mientras los tíos no se percaten de mi enfermedad, más fastidiosa que grave. No me sorprende, porque lo natural es que a los toreros *que se arriman* los coja alguna vez el toro; pero me disgusta el percance por la nueva sofoquina que voy a proporcionar a los tíos. En el colegio se ha notado la perfidia de que me ha hecho víctima la Virgencita y se ha comentando bastante.

En casa, tía Enriqueta me dirige insistentes súplicas encaminadas a que coma bien, pues mañana empiezan los exámenes y sería lastimoso que me presentase en el Instituto flaco y desmejorado.

Difícilmente me repondré de los estragos que han obrado en mí los acontecimientos y la perversidad de la Virgencita, pues si ella me hubiera avisado... a estas horas no tendría que pensar yo en una amputación oportuna para evitarme sufrimientos. Aunque luego he reflexionado que hay un refrán que dice: *Viva la gallina y viva con su pepita*, y me he curado de mi radicalismo...

XII

OCHO de Junio...

Jueves.

Hoy nos examinamos de Física a las tres de la tarde y a las cinco de Literatura. Ayer y antes de ayer lo hicimos de Fisiología e Higiene, de Psicología y Lógica y de Dibujo. En esta última me catearon debido a las intrigas de don Fernando, quien, despechado porque no ha logrado realizar un capricho suyo, que a mí me parecía ignominioso, se ha vengado suspendiéndome. No me atreví a llevar la papeleta a casa y dije que me examinaba hoy, porque ayer el «catedrático como es un hombre tan sanguinario se vió acometido por el padre de un alumno injustamente suspendido y tuvieron que llevarlo a la Casa de Socorro».

Esta mañana hemos vuelto a la baraunda de ayer. Las escaleras del Instituto del Cardenal Cisneros están infestadas de chiquillos de

diez a quince abriles que chillan desaforadamente y de muchachos de esa edad a diez y siete años, más serios, y la mayoría cigarro en mano.

El continuo bajar y subir de escandalosos se interrumpe de cuando en cuando merced a las palmadas de un bedel que grita: «Algebra: aula número ocho,» por ejemplo; pero se reanuda al poco tiempo con más furia que antes, sin que basten a enmudecer a los rabiosos las amenazas de los bedeles ni la presencia de los profesores o catedráticos. Generalmente vienen los chicos de los colegios por cursos, con el profesor de la asignatura correspondiente y algún que otro papá, que quiere conocer las facultades de sus niños. Nosotros vamos con don Alberto, el profesor de Física y don Jesús, el de Literatura.

Daniel Estebas con Julio Molina y Maza; Mansilla entre «las duquesas» alocadas y Medrano conmigo, y los ocho aguardamos la hora del ejercicio oral—el escrito tuvo lugar por la mañana—sentados en los bancos adosados a la pared que corren frente a las puertas de las aulas del piso principal, y cambiando impresiones acerca de las artimañas que hemos discurrido algunos en contra del Tribunal.

Julio Molina ha copiado algunas fórmulas

complicadas en el puño de la camisa y Mansilla lleva el pañuelo convertido en un programa. Medrano se ha confeccionado unas tiras de papel llenas de notas importantísimas que arrolla y guarda en la contera del lápiz. Los profesores, a honesta distancia, sonríen percatándose de estos trucos; pero en seguida se acercan para recomendarnos que no cometamos ninguna imprudencia. En épocas de exámenes—según Daniel Estebas—nos toleran y aplauden las mayores fullerías: pero siempre bajo la base de que seamos disimulados.

Tengo el cerebro convertido en un caos; no me doy cuenta de lo que me rodea y dormito con la cabeza recostada en la pared. Medrano me sacude de cuando en cuando de mi letargo para preguntarme alguna fórmula o la fecha en que nació algún autor insigne, y yo después de satisfacer su pregunta torno a ronronear pensando en mis autores favoritos, de lo cuales no podré hablar en el examen de Literatura, Catulo Mendes, Maupassant, Bocaccio, el Aretino, Willy, el papá de mi adorada hermana espiritual Claudina, Pierre Loti, Pierre Louys y otros más que desfilan ante mis entornados ojos, fantásticamente encarnados en las siluetas que de ellos me he forjado.

La bronca voz de un bedel nos llama a Fí-

sica y aturdido por unas cosas y otras hago un examen de la asignatura que justificaría el suspenso. El profesor me regaña desabridamente a la conclusión del examen sin concebir mi azoramiento, y entro en Literatura preocupado horriblemente; tan horriblemente, que en el nuevo examen quedo casi peor que en Física. Y mis notas que pudieron ser «sobresalientes» se quedan en «notables».

A las siete de la tarde hago mi aparición en casa con el suspenso de ayer y los dolores inaguantables que me proporciona el rato que yací con la Virgencita en su período máximo.

Penetro en el comedor, mustio y cariacontecido, sin atreverme a levantar los ojos del suelo, y tío Manuel que no ha ido a su oficina por conocer el resultado de mis exámenes y su mujer, me miran adivinando algo terrible.

Sin hablar enseño los papeles sentándome en seguida para librarme de un puntapié de tío Manuel, y mi tutor se desborda en injurias contra mí, zarandeándome de paso.

—¡Ah, maldito! ¡Antes que yo no me ocupaba de ti eras un chico modelo! ¡Ahora cada día descubro en tí algo reprochable!

Yo pido perdón diciendo al tío que he de revelarle algo muy grave, y al escucharme tío

Manuel le explico yo las consecuencias de mis esparcimientos con la Virgencita.

El tío no tiene fuerzas ya para chillar ni para pegarme, y gime débilmente:

—¡Ah bribón! ¡Gran bribón! ¡Yo haré contigo un escarmiento! ¡Te juro que toda la vida te vas a acordar de este curso! ¡Mañana, dormirás en el correccional de Santa Rita!...

EPILOGO

XIII

VIERNES... 9 de Junio...
Carabanchel.

Correccional de Santa Rita. Aquí termino el curso de 1910-1911, y por ahora mis memorias que espero podré reanudar el año próximo, si antes no me muero de asquito.

Las doce de la noche. Estoy acostado en una cama primitiva, entre cuatro paredes que casi se besan, lejos del Madrid de mis pecados y predestinado a servir mañana de burro de la noria de la huerta.

Me encuentro en una cárcel maldecida, abandonado de todos los míos y reflexionando sobre la conducta de estos últimos meses que justifica mi encierro.

No logro conciliar el sueño llevando a cabo el balance de mis «innumerables extravíos» que dice tía Enriqueta, y en mi desesperación procuro consolarme achacando la culpa de todo a la moral aspirada en los libros de mi tío. Bien sabe Dios que si yo no me hubiese

ilustrado en las novelas de tío Manuel y en su alocada biblioteca, es muy posible que a estas horas continuara puro como el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo, como dirían el duque de Rivas o el Marqués de Villaviciosa. Tío Manuel, con su literatura morbosa, es quien ha contribuído a desmoralizar un temperamento como el mío, ya predispuesto para el caso. Es quien me ha enseñado a despreciar perjuicios, a burlarme de la ética sana y a desafiar las mayores depravaciones. El mal que su literatura habrá causado en tantos hogares, es el mismo que ha destruído el suyo, puesto que a pesar de las apariencias, todos cuantos vivimos en casa, a excepción de tío Manuel, estamos en pecado mortal.

Anita complicada con Mery en culpables intimidades, lo cual no le impidió *conocerme* en el sentido bíblico; Mery recibiéndome en su alcoba para hacer conmigo entusiastamente lo mismo que hacía con su otro amante descubierto por don Reyes; tía Enriqueta consagrándose a juegos prohibidos con... zepelines colosales, y yo... echando los pies por alto con tanta sencillez como fortuna, con unos y otros.

La verdad es, que revisando las culpas ajenas, me alivio de remordimientos y me creo menos pecador; pero esto no me tranquiliza

totalmente, ni siquiera me alivia de las consecuencias de mi entrevista con la Virgencita.

Ahora es cuando la ausencia de Carlos Flores se hace para mí más dolorosa. Seguramente que si él estuviese a mi lado procuraría aliviarme de estos contratiempos materiales y espirituales. Pero el amable gatito de los ojos azules estará camino de América, mientras yo devoro solitario mis inquietudes, que sé como han empezado, pero que ignoro como acabarán.

Solo sé que en medio de mi infortunio, una sola idea basta a ahuyentar definitivamente mis zozobras: la de que yo estaré en Santa Rita; pero en cambio puedo decir muy alto que soy un hombrecito...

Y esto siempre es un consuelo, ¡rediez!...

FIN DE LA NOVELA

COMENTARIOS QUE HA SUSCITADO LA PERSONALIDAD DE

ALVARO RETANA

A ALGUNOS EMINENTES LITERATOS Y CRÍTICOS ESPAÑOLES

Astrana Marín, Joaquín Belda, Tomás Borrás, Colombine, Castellón, Castellví, Cristóbal de Castro, W. Fernández-Flórez. F. de Arellano, José Francés, G. de Bellver, Gómez de Baquero, Ramón Gómez de la Serna, Herce, Antonio de Hoyos y Vinent, Prudencio Iglesias Hermida, Luis de Oteyza, Osés, Dionisio Pérez, Pedro de Répide, Julio Romero, Uriarte y Antonio Zozaya.

COMENTARIOS

ELOGIO DE ÁLVARO RETANA, por *Luis Astrana Marín.*

Lo que principalmente distingue a las obras de este escritor es su riqueza de matices y la rara variedad de contrastes. Esto acusa una fuerte sensibilidad.

Alvaro Retana es un temperamento oriental, plástico y febril, con el ritmo vigoroso de Occidente.

LAS NOVELAS DE CLAVE, por *Joaquín Belda.*

En *Ninfas y Sátiros*, Alvaro Retana, con ese desenfado de estilo en que es maestro, nos habla de una porción de conciudadanos nuestros, a los que vemos y oímos a diario. Pero esto, que algunos creen muy fácil porque suponen que no hay más que copiar, requiere un gran arte: el de ennoblecer la copia.

SEMBLANZA BREVE, por *Tomás Borrás.*

Alvaro Retana es el espíritu que aparece en una

ciudad en cuanto ésta tiene un millón de habitantes.

Alvaro Retana—que es un chico—ha nacido con el millón de Madrid para darle el pasto de sus frivolidades: prosa suave e imágenes gratas, novelerías bien olientes y motivos de murmuración, figurines, travesuras y todo así, por el estilo.

(De *La Tribuna*, de Madrid.)

AL MARGEN DE LOS LIBROS, por *Carmen de Burgos (Colombine)*.

Alvaro Retana, este joven escritor, muy moderno, muy lleno de gracia, que posee una gran fluidez de estilo y una gran elegancia en las descripciones, ha hecho un libro ameno e interesante. El libro tiene valor de documento histórico; tanta es su realidad, superior a la entrevista, en la que cada uno dice lo que quiere; aquí están sorprendidos en su verdad, y es la verdad lo que nos dicen.

(De *Heraldo de Madrid.)*

EL LIBRO, por *José Castellón*.

Alvaro Retana, joven y aristocrático artista, tan interesante en su triple personalidad de espiritual dibujante, inspirado compositor y exquisito literato, ha dado una gallarda prueba de su temperamento, hondamente observador, con su nueva novela *La carne de tablado*.

(De *La Tribuna*, de Madrid.)

LOS LIBROS, por *José María Castellví (Avinareta)*

Alvaro Retana escribe en un estilo ameno, flúido, ligero, y en este estilo de psicólogo frívolo está escrito su último libro, que, por su carácter y sus condiciones artísticas y anecdóticas, está llamado a ser un éxito grande de librería y a motivar muchos y encontrados comentarios.

(De *El Liberal*, de Barcelona.)

LA VIDA LITERARIA, por *Cristóbal de Castro*.

Para el buen gusto, la delicadeza y la aristocracia de Alvaro Retana, tenemos un saludo y un aplauso.

El problema de la Moral en literatura se resolvió ya en Port-Royal, por Fontenelle.

Ya no hay problemas de moral, sino de buen gusto...

(De *Heraldo de Madrid.*)

ELOGIO DE «LA CARNE DE TABLADO», por *Wenceslao Fernández-Flórez*.

Si yo hubiese de hacer una crítica de *La carne de tablado*, habría de ensalzar la maravillosa y exacta pintura de los tipos y del ambiente de ese mundillo del «género ínfimo», que Retana conoce como nadie. Es la primera novela española verdaderamente documentada que se escribe con ese asunto. Es amarga y es compasiva. Tiene, sobre todo, dos grandes méritos: el de la observación y el de ese *humour* que no es socarrón, sino alado, revoltoso, de Alvaro Retana. No conozco en España muchos escritores que valgan lo que él. En su género, desde luego, es único.

LA MAREÁNTICA, por *Ricardo Fernández de Arellano*.

No sé como recibirá la crítica *Los extravíos de Tony* novela especialmente atrevida y la primera

de este género que se publica en España. En el extranjero existen libros de este ambiente; pero justo es decir sin la deliciosa espiritualidad que distingue a la última creación del joven novelista.

Los extravíos de Tony es indudablemente la más personal y sugestiva de las creaciones de Retana. Sin la aristocracia literaria de Alvaro tal ambiente y tal tema hubiera exasperado al lector más pacífico. Sin embargo, Retana, refinado y experto, ha sabido velar tan pulcra y gentilmente la parte escabrosa de *Los extravíos de Tony* que nunca podrá decirse, en justicia, de ella otra cosa, sino que es *una novela muy atrevida.*

¡El mérito que supone hacer *una novela muy atrevida* de lo que otro autor hubiera hecho un libro inadmisible!...

JUICIO CRÍTICO, por *José Francés.*

Prescindiendo del carácter sensual que tienen los libros de Alvaro Retana, es de alabar en ellos la riqueza observadora y el acierto caricaturesco de los tipos. Ignoro qué resultado económico le producirán estas obras, aunque supongo y lo deseo ópimo; pero en Francia, por ejemplo, Alvaro Retana hubiera alcanzado la reputación de un Abel Hermant o un Henri Duvernois.

RETANA, NOVELISTA, por *Alfredo G. de Bellver.*

Si juzgamos a Retana por el interés que sus obras despiertan en el público, tenemos que proclamarle el novelista más ingenioso de la época.

REVISTA LITERARIA, por *E. Gómez de Baquero.*

Hay en Alvaro Retana, cualidades literarias que merecen mejor empleo que el de la literatura libertina. Prueba de ello es *La dama del Salón Mornant*, donde hay rasgos de imaginación y de composición que recuerdan a Oscar Wilde y a Jean Lorrain.

(De *El Imparcial*, de Madrid).

EL ARTE DE RETANA, por *Ramón Gómez de la Serna.*

Alvaro Retana es, para mi, preferible a Ricardo León, por ejemplo. Yo me sitúo en el Arte como después de hechas todas esas roturaciones que con abnegación hace Retana y todos los que atacan a la Virtud, que son muy pocos, desgraciadamente.

LIBROS NUEVOS, por *Fernando Herce.*

No es poco ya haberse consagrado, con sólo sus dos últimos libros, como un genialísimo satírico, de original vena humorística.

(De *La Mañana*, de Madrid.)

UNA NOVELA DE ESCÁNDALO, por *Antonio de Hoyos y Vinent.*

Acaba de publicar ahora otro libro aún más atrevido y convincente. «Ninfas y Sátiros», en que se cuentan historias asaz audaces y en que reconócense fácilmente los personajes, pero en que por encima de esto, que es ruido, hay una figura de verdadero arte, una bella figura novelesca: Lina.

Prudencio Iglesias Hermida.

Su novela *La carne de tablado* es sencillamente maravillosa.

(El Día, de Barcelona.)

DIGO YO, por *Luis de Orteyza.*

Afortunadamente las diosas de cuplé no saben leer, pues si supiesen y leyeran *La carne de tablado* despedazarían al autor.

Y en verdad que no merece morir a manos de las modernas Furias quien tan bien blasfema contra esas populares deidades, indignas de la popular deificación.

LECTURAS, por *Encarnación Osés.*

Alvaro Retana ha lanzado a la luz pública una novela de ambiente realista, por cuyas páginas desfilan figuras del tablado de varietés, dibujadas de una manera tan magistral, que al punto se reconocen los tipos que en ellas nos presenta.

(De *El Día Gráfico*, de Barcelona.)

EL CAPRICHO DE LA MARQUESA, por *Dionisio Pérez.*

Se trata de un gran escritor que olvidará las insaciables emociones de Sherezada y nos dará buenas novelas, que no tendremos que esconder bajo llave para que no nos sorprendan los amigos o la familia deleitándonos con ella.

(De *Nuevo Mundo*, de Madrid.)

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS, por *Pedro de Répide.*

Y con la más artística sencillez y un candor delicioso por su originalidad, refiere las más sabrosas enormidades que tantas mujeres desean que las digan en voz baja, no por escrúpulo ninguno, sino porque así creen que las disfrutan ellas solas.

UN CAPRICHO Y UNA DENUNCIA, por *Julio Romano.*

Y lamentamos que el señor fiscal, después de saborear las páginas de *El capricho de la marquesa*, haya denunciado la novela. Desde luego el señor fiscal no ha querido hacer el reclamo de un libro que pronto veremos en los bolsillos de todos nuestros senadores. De estos senadores amigos del Sr. Sanz Escartín, que piden a grito la estirpación de esta literatura candorosamente liviana, en la cual Alvaro Retana es maestro insuperable.

DE MADRID A BILBAO, por *Luis Uriarte.*

Alvaro Retana, espíritu inquieto, sutil y ultramoderno, ha retratado de mano maestra, en *La carne de tablado*, ese mundo mundillo de la farándula.

(De *El Liberal*, de Bilbao.)

EL ESPÍRITU DEL TABLADO, por *Antonio Zozaya.*

Una novela de ese originalísimo escritor que tan bien sabe espiritualizar las miserias y aun las groserías del pensar decadente—claro es que me refiero a Alvaro Retana—ha venido a helar nuestro entusiasmo y nuestra admiración por las artistas de variedades.

(De *El Liberal*, de Madrid.)

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

POR LA

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

BIBLIOTECA NACIONAL

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.° ..... 7'50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.°, 512 páginas. 7'50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.° .... 3'00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen ..... 3'00

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa ..... 3'00

Pesetas

Obras completas, por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.*—Tomo II: *El abolengo, María Victoria, Lo posible.*—Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren..., En cuarto creciente.*—Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata.*—IX: *Nido de Aguilas, Camino adelante.*—X: *Como buitres..., La fuerza del mal.*—XI: *La Garra, La espuma del champagne.*—XII: *Las zarzas del camino, Fantasmas.*—XIII: *El Conde de Valmoreda, Como hormigas...*—XIV: *El buen demonio, Lady Godiva*, cada tomo. 3'50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina..... 3'50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)..... 3'00

Coplas, por Luis de Tapia..... 2'50

Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz..... 4'00

La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés..... 5'00

La Negra, por Pedro de Répide..... 1'00

El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1'00

Barrio Latino, por Federico García Sanchiz..... 3'00

La guerra palpitante..... 3'00

Pesetas

Una mancha de Sangre, por Joaquín Belda..... 1'50

El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3'00

La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes..... 3'00

Mi Venus, por Joaquín Dicenta..... 1'00

Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen..... 2'50

Años de miseria y de risa, por Francisco Villaespesa..... 3'50

El paraíso de los solteros, por Andrés González-Blanco..... 1'00

Al son de la guitarra, por Federico García Sanchiz..... 2'00

Toninadas, por Manuel Linares Rivas..... 3'50

Una vida ejemplar, por Diego San José..... 1'50

La enemiga, por Darío Nicodemi... 3'50

El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1'00

En camisa rosa, por Felipe Trigo... 3'50

El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero..... 3'50

Al margen de la vida, por Baldomero Argente..... 2'00

La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa..... 3'50

Presentimiento, por Eduardo Zamacois..... 1'50

Rosalía Castro, por Augusto Gonzá-

Pesetas

lez Besada..... 2'50
Los cascabeles de Madana Locura, por Antonio de Hoyos y Vinent.. 3'50
Los Lázaros, por Abel Botelho..... 3'50
Las noches del Botánico, por Joaquín Belda..... 2'00
El caso clínico, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
Jesús que vuelve, por Angel Guimerá..... 3'50
La mujer española, por S. y J. Álvarez Quintero.. ..... 1'00
La procesión del Santo Entierro, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
La Providencia al quite, por Eugenio Noel..... 3'50
Terra incógnita, por el Marqués de Cortina..... 1'50
Memoria de un suicida, por Joaquín Belda..... 2'00
Campoamoriana, por A. Ferreira d'Almeida. ..... 1'50
Las chicas de Terpsícore, por Joaquín Belda..... 3'50
Los toreros de invierno, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
La dolorosa pasión, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
El secreto de la sabiduría, por Rafael Cansinos-Assens..... 1'50
Un pollito «bien», por Joaquín Belda 1'00
La Coquito, (sexta edición), por

esetas

Joaquín Belda..... 3'50
El martirio de San Sebastián, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
La atroz Aventura, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
Traviatismo agudo, por Joaquín Belda..... 2'00
Cada uno lo suyo..., por Manuel Linares Rivas..... 1'00
Las frecuentaciones de Mauricio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3'00
El hombre que vendió su cuerpo al diablo, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
El árbol genealógico, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 3'50
La diosa razón, por Joaquín Belda.. 3'50
Ninfas y Sátiros, por Álvaro Retana. 3'00
En cuerpo y alma, por Manuel Linares Rivas..... 2'00
La zarza de la esfinge, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 0'95
La trayectoria de las revoluciones, por Antonio de Hoyos y Vinent.. 2'50
Cobardías, por Manuel Linares Rivas (12.ª edición)..... 2'00
La Farándula, (4.ª edición), por Joaquín Belda..... 3'50
La verdad de la mentira, por Pedro Muñoz Seca..... 3'50
Anécdotas picantes, por Luis de Oteyza..... 1'50

	Pesetas
La bajada de la cuesta, por Joaquín Belda	1'00
El retorno, por Antonio de Hoyos y Vinent	0'95
Más chulo que un ocho, (3.ª edición) por Joaquín Belda	2'00
En el tejar de Frascuelo, por Fernando Mora	4'50


PLUS
VLTRA
HISPANIA